



**FREDDY
ORTIZ
NISHIHARA**

西原

日本国でにつけい人しょうせつ



Relatos del Sol Naciente

II EDICIÓN



ÍNDICE

1	PRESENTACIÓN.....	08-09
2	INTRODUCCIÓN A RELATOS DEL SOL NACIENTE	10-14
3	UNA DECISIÓN AL SOL NACIENTE.....	15-25
4	MAESTRO DEL ACERO.....	27-30
5	EL DILEMA.....	31-49
6	LA LEY DEL HIELO	50-54
7	PORQUE MI CORAZÓN ÉS Y SERÁ SIEMPRE JOVEN.....	55-61
8	ALGO MÁS QUE AMISTAD (AI NO COTO DAKE).....	62-66
9	HOTEL CÁPSULA... HOTEL CEMENTERIO (CAPSURE HOTERU).....	67-76
10	ABOGADO DE EXTRANJERO.....	77-87
11	POR UNA MUJER.....	88-95
12	ENCUENTRO EN NAGOYA.....	96-105
13	RETORNO AL AMANECER DEL 28 DE JULIO.....	106-111
14	¿PERUANO? (¿PERUYIN?).....	112-116
15	EL ÚLTIMO ANOCHECER EN TOKIO.....	117-123
16	EL ÚLTIMO DÍA.....	124-127
17	EL COLOCHO.....	128-137
18	(TÓMALO FÁCIL O MEJOR RÍETE DE TÍ MISMO) TAKE IT EASY	138-142
19	EL YAKUZA AMABLE.....	143-146
20	HIROSHI CHAN Y SU VISITA DE AÑO NUEVO.....	147-151
21	EN LOS ACANTILADOS DE MIYAQUEJIMA.....	152-164
22	EL REENCUENTRO: 80 años, después de la partida a los 110 años de la....	165-170
	Inmigración japonesa al Perú	
23	SAYONARA FUJI SAN(Adiós Fujiyama).....	171-174
24	PALABRA DE VILLANOS.....	175-197
25	DIAS DE FABRICA: GENEROSIDAD Y FRIALDAD.....	198-211
26	BIENVENIDA AL REINO DEL ALUMINIO ARDIENTE.....	212-227
27	LA LLEGADA A LA NUEVA TIERRA.....	228-232
28	COMO AMBULANTE EN HAMAMATSU SHI	233-237
29	HACIA LO DESCONOCIDO: MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS.....	238-249
30	E MUITO EXQUISITO DONA CECILIA.....	250-256
31	PERFECCIONISMO JAPONÉS A LAS PUERTAS DEL INFIERNO.....	257-263
32	SOBRE EL AUTOR FREDDY ORTIZ NISHIHARA.....	263-268

FREDDY ROLANDO ORTIZ NISHIHARA

“Relatos del Sol Naciente”

ISBN: 978-612-00-9845-5



“Relatos del Sol Naciente”

Autor-Editor: Freddy Rolando Ortíz Nishihara

Jr. Los Pacaes 1021- Canto Grande, SJL, Lima-Perú

Teléfono: +51 924 273 631

Email: fortiznishihara@gmail.com

Con el patrocinio del:

Centro de Conciliación y Arbitraje Asociación Para el Desarrollo
Integral APDI-UYAI

y del

Centro de Formación y Capacitación de Conciliadores
Extrajudiciales “Centro de Formación Sistema de Enseñanza
Nacional al Servicio Integral de la Paz NISHIHARA”
“SENSEI NISHIHARA”

Ilustrador Diseñador y Fotografía:

Iris Denilse Tuanama Bardales

Segunda edición, mes de Junio del 2024

Hecho el Depósito legal Biblioteca Nacional del Perú N° 2024-06521

ISBN: 978-612-00-9845-5

Relato digital disponible en:

www.librosyobrasfreddyortiznishihara.com

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización del autor.

**“Camino del sueño al alba
pintado de flores de sakura,
las carpas en el río
mi sonrisa al sol naciente”**

西原



**“El río infinito de la vida
y el saludo del amigo
presintiendo su partida
final en una sonrisa”**

西原



PRESENTACIÓN

Freddy R. Ortiz Nishihara, Abogado, Licenciado en Administración y gran ensayista, plasma en *Relatos del Sol Naciente*, peruanos en el Japón de los años '90, las experiencias y vivencias de un *nikkei* (por su ascendencia) y un extranjero (por su cultura), las vicisitudes de los foráneos en un país ajeno.

Narra con una pluma fácil, donde el lector se ve compenetrado con las diferentes situaciones y personajes protagonistas. Identifica el choque cultural, siente la marginación, sufre el racismo no sólo de japoneses y de sus connacionales más antiguos en la empresa donde labora, sino también de otros latinoamericanos que pretenden cobrarle el noviciado.

Descubre la amistad sincera, la interesada, la fingida o falsa. Captura los momentos gratos y tristes lejos de la patria y los expone con una grácil facilidad que permite al lector vivir in situ los acontecimientos. Enfrentó situaciones laborales en las que su formación profesional le permitió actuar con la solvencia y serenidad del que lucha por las justas.

Conoció el hambre, el temor y el abuso por parte de algunos malos empresarios y contratistas que pretendían aprovecharse de las necesidades y de la carencia de documentación de un alto número de *dekaseguis* (trabajadores temporales por contrato); sintió rabia, impotencia y frustración al darse cuenta que no todo es como lo pintan, que en el Japón también se “*cuecen habas*”.

De otro lado también se trata con mediana claridad los sentimiento de una cultura milenaria, los valores trascendidos en el tiempo, el

código de los samuráis, la nueva forma light de vivir la juventud con todas la facilidades que el dinero puede comprar, la repasada tranquilidad de la gente mayor y la eterna calma de los que ya no están.

Conocí a **Freddy R. Ortíz Nishihara**, allá por los años '80 y cuando tuve la oportunidad de ser su profesor en algunas asignaturas de pregrado y posteriormente, fui miembro del jurado durante la sustentación de su tesis para optar el título de Licenciado en Administración de la Universidad Ricardo Palma.

Dejamos de vernos por unos años hasta que una mañana retornó a la Universidad, conversamos durante un largo rato. Comentó acerca de sus inclinaciones literarias me mostró recortes periodísticos en los que había escrito artículos sobre diversos temas de actualidad profesional y social. Me contó sus experiencias en el país de nuestros antepasados y me pidió, como uno de sus "*más admirados maestros*" o sensei y paisano de la colonia, que hiciera la presentación de ésta publicación que tiene usted en sus manos, a lo que accedí con el mayor gusto.

Lima, 31 de Mayo del 2000.

MAG. LUIS YTO YTO
(Docente Principal de la URP)

INTRODUCCIÓN A RELATOS DEL SOL NACIENTE

Encuentros Migratorios entre los imperios del Sol

En 1899 el *Sakura Maru*, un vapor japonés, atracó al alba en el puerto peruano del Callao, luego de tres meses de travesía por el Pacífico. Desembarcó a su carga humana compuesta por 790 migrantes. Los adultos descendieron llevando consigo a los niños, así como los escasos y pobres enseres que traían. Sus miradas rasgadas parecían conjugar la esperanza e incertidumbre del futuro con la nostalgia campesina del pasado dejado atrás en el archipiélago que ellos conocieron siempre como *Nihon (Japón)*. Hacia el centenario de esa llegada, muchos de los descendientes (la mayoría) tuvieron éxito y han sentado sus raíces en este país que los acogió.

Entre 1990 y 1995, varios grupos de peruanos herederos, verdaderos, o falsos de esos pioneros, descendían con la misma sensación a la que se añadía la deslumbración del tercermundista con el modernismo por puerta de entrada: el aeropuerto de *Narita* en *Tokio*, capital del nuevo *Imperio del Sol Naciente*.

Luego de más de veinticuatro horas de viaje y escalas en las clases más económicas de una o dos aerolíneas, lograron igual que los nipones migrantes. La primera etapa de un sueño real o falso. Hoy son entre 80 000 las personas de nacionalidad peruana que trabajan y residen en el archipiélago o “*fábrica flotante*” como acostumbrábamos denominarlo en nuestras tertulias en *Tokio*. De esa cifra el 60% lo constituyen los ilegales y del 40% restante hay muchos no descendientes que supieron hábilmente hacer validar sus documentos falsos y ahora aparecer limpios ante

migraciones habiendo inclusive contactado con supuestos “familiares” japoneses.

Al contrario de lo que se podría pensar la adaptación a la sociedad japonesa no está en la sangre, ni en un rostro de japonés. Existen muchos casos de peruanos de éxito descendientes, no descendientes y también mestizos que cultivan ya los valores y la forma de ver la vida en las metrópolis niponas, con una lógica dosis de frialdad que se les impregnó.

Hay también patéticos casos como el de un peruano vagabundo, hijo de padre y madre japoneses, que fue hallado escarbando en los basurales por un religioso *nikkei* luego de más de diez años (según refiere el diario de la colonia japonesa *Perú Shimpō*), persona que apenas balbuceaba el japonés porque nunca se acostumbró al país, pero que sí vertió como un río toda su locuacidad en español, lengua que dominaba perfectamente y que no hablaba Dios sabe hace cuánto tiempo.

Todo migrante es un “*pasajero de un sueño*” como bien tituló su obra, mi gran amiga que ahora se halla en el paraíso de los ancestros *Montse Watkins*. Escritora de moda en el *Japón* de la década de los 90 del siglo pasado.

Al principio miles de descendientes de *Brasil, Perú, Argentina y Bolivia*, tuvieron que pagar minuto a minuto, día a día el precio de una vida mejor. Ellos llegaron a *Japón* con ilusiones vagas e imágenes congeladas en la visión de sus abuelos. Aquella imagen marketeada fuera del país y lo peor, creyeron con facilidad las promesas a veces engañosas, que les hicieron los contratistas.

La historia se repetía era lo mismo sucedido a los miles de nipones llegados a Sudamérica entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX a las diversas regiones de Latinoamérica.

Actualmente quedan aún en esas maravillosas tierras, de cielo e infierno conjugados la tercera parte de los 100,000 *nikkeis peruanos* que decidimos emprender el vuelo a Japón, la tierra de los ancestros a comienzos de los 90s.

Nos hallábamos entonces, en la franja comprendida entre los 18 y 45 años. En este caso también fue la crisis económica lo que nos impulsó a migrar. Según estudios del profesor *Rafael Tapia*, investigador peruano existen cuatro grupos de migrantes: El primero, el que pensaba en el retorno y que tiene una proyección de futuro hacia el Perú; en un segundo grupo están los que adquirieron la “*piel japonesa*”, se adaptaron y no volverán; en tercer lugar están los que sólo piensan vivir la vida y no ahorran, quizás nunca vuelvan y en cuarto lugar está el grupo de los inadaptados que viven al margen de la ley y sobreviven delinquiendo, y fueron en ese entonces más que ahora los causantes de la mala imagen de la colonia en el Japón y los que originaron que se restringa los ingresos a *nikkeis* y se propusiera una ley de deportación.

Aunque la verdad y sin ofender creo que gran parte de falsos *nikkei* o peruanos sin ancestro llevaron una mala imagen y nos perjudicaron a todos.

En general muchos esperaron los signos menores de recuperación para volver y dentro de ese grupo quizás muy pocos, llegamos a comprender que el alma guerrera heredada de nuestros ancestros nos ha formado para luchar y cambiar realidades. No esperando que otros hagan las cosas por nosotros y

con honor, trabajo, y respeto a los derechos de los demás crearemos desarrollo en donde estemos. Recordemos que muchos japoneses siempre pronuncian la frase “*dokodemo sumireba miyako desu*” a donde fuera, a donde viviera siempre será un medio ambiente bueno para vivir y ello sólo se logra con la práctica cotidiana de los anteriores valores con el sacrificio y la mística por transformar todo con coraje, valor, y creatividad. Quizás eso fue la visión de aquellos migrantes que arribaron luego de largos viajes de meses en vapores por quienes celebramos un centenario.

Esta obra contiene una serie de relatos que fueron publicados en mi primer libro el año 2,000 (publicado por la editorial *San Marcos*), así como en diferentes diarios de Perú y de Japón como el *Perú Shimpō*, *Cambio*, *Correo*, *Primicia e Internacional Press*, además he agregado nuevas historias que he ido recordando en estos últimos dieciséis años y por considerarlos a todos importantes hemos decidido agruparlos y presentarlos como un testimonio de vida a Ud., estimado lector.

Este es el prelude de un nuevo proyecto que me encomendó escribir mi madre antes de fallecer y que se titulará “*Mi bello sufrimiento*” y que será en coautoría con ella, contendrá algunos desgarradoras y muy tristes historias familiares que mi angelical madre me narró muchas veces sin contener el llanto, sobre la migración de su padre y la tragedia de nuestra familia durante la segunda guerra mundial

Condeno y denuncio aquí, la falta de respeto de la editorial San Marcos (que el 2000 sin contar con el contrato respectivo imprimió dos ediciones escritas y digitalizo la primera edición de esta obra), Es también deshonrosa y lamentable la actitud de la *Universidad de Michigan (EE.UU)* que también

digitalizo sin mi consentimiento el año 2008. Apareciendo falsamente como “titular”.

Aquellos dolores de la guerra y el saqueo del barrio japonés en Mayo de 1940, así como las terribles deportaciones, desapariciones y muertes (entre ellas la de mi abuelo *Uishi Nishihara* en 1,941 y posteriormente, la de dos de mis tías, el terrible dolor de mi madre, su madre y hermanos sobrevivientes por culpa de la oligarquía peruana temerosa del ascenso económico de los japoneses y la prédica odiosa del aprismo por la influencia yanqui), parecen heridas abiertas nuevamente en mí. Debido a mi posición de confrontación con la dictadura deshonesto de Fujimori, al publicar artículos en la prensa *nikkei*, así como en varios diarios del *Perú* me valió golpizas, torturas, graves heridas y esterilización forzada.

Posteriormente ello se continuo manifestando con la actitud hostil de las autoridades peruanas de la Dirección de conciliación del Ministerio de Justicia que han estado violando mis derechos laborales de manera injustificada como se ha venido probando fehacientemente en la propia vía administrativa y judicial, lo cual me ha venido produciendo afectación emocional con repercusiones diversas en mi vida, por lo cual deberé emprender el camino de una nueva migración, que seguro servirán de inspiración a un nuevo texto en el futuro.

Espero llegar pronto a *Michigan University* (ya que la *Embajada Norteamericana* no ofrece un canal de comunicación de buena voluntad y resarcimiento) a dialogar adecuadamente y a la editorial San Marcos, le estoy pidiendo cuentas en los tribunales sobre su accionar negativo.

Freddy Ortiz Nishihara, Lima Mayo del 2024.

UNA DECISIÓN AL SOL NACIENTE

*“He venido a Cipango
he venido por mis raíces
llegué cruzando océanos de aire y nubes
llegué cruzando villorrios y ciudades”*

Las pesadas maletas en el andén, colocadas en el mostrador de la aerolínea, el arcaico Aeropuerto *Jorge Chávez* y las sombras familiares en procesión, todos procurando mirarme y pensar que algún día no muy lejano yo volveré. *“Sé fuerte... nunca te des por vencido y regresa, cuando quieras, no te preocupes... el okane (dinero en japonés) donde sea se consigue”* y es mi adorada madre que al soltarme las manos no puede contener su llanto. Los altavoces dicen que el avión de *Ecuatoriana* saldrá en unos instantes para *Miami* y que, los pasajeros deben pasar la rampa de control.

Mi padre con su destacada cabeza brillante por la calvicie, se acerca también y me dice emocionadamente: *“Regresa con el escudo o sobre él escudo...como decían los griegos”*

“Papá, no jodas por favor, no lo obligues. Que regrese cuando quiera, no tiene ningún deber. ¡Freddy, vuelve cuando quieras, pero vivo!”. Es mi hermano menor Marco de cabellos largos y sonrisa amplia, palmeándome los hombros en señal de despedida.

“Hijito tus camisas, tu pantalón y tu chompa están en la maleta más grande... en la otra llevas azúcar, leche, frejoles y medicinas...” dice mi adorada madre, previniendo quizás para el caso de que, en el otro lado del mundo no hubiera esos alimentos, pareciera que me estuvieran enviando con

ellos hacia la otra vida como en las culturas antiguas, sólo faltaría que me trajeran un perro guía y compañero.

“*Claro mamá, gracias...*” respondo con una lágrima inevitable que resbala, al momento que siento un ligero temblor en las piernas y pienso muy internamente en arrepentirme de mi decisión, decir adiós al viaje y quedarme con ellos, aunque fuese una carga más para la economía familiar.

“*¡Gambate! (animo, fuerza en japonés) hijo... Cuídate mucho, come todo y no te desabrigues*” y es la última frase que pronuncia mi dulce madre, recordando aquella palabra japonesa que significa lucha y que aprendió de su padre.

“*Busca a la familia en Japón. Para que te ayude y escríbenos pronto*” es mi hermano mayor abrazándome y soltando algunas lágrimas sin importarle el qué dirán los demás.

Simultáneamente los brazos también se agitan en otros grupos familiares pequeños, como el de nosotros, y son los jóvenes hombres y mujeres que parecen repetir la misma escena y pasar uno por uno por el andén, mostrando su pasaporte y alejándose por la puerta del fondo como si nos dirigiéramos a otro mundo.

Mi madre miraba melancólica el cielo recordando que hace setenta años atrás otro joven habría repetido la misma escena para abordar un barco que lo traería a tierras extrañas... sólo el ambiente, las vestimentas y el idioma diferenciaban de seguro la escena, pero sería el mismo sentimiento.

“*Y volverá mi muchacho... ¿volverá mi muchacho?*” y era ella que inconsciente se quedaba parada con la mirada ida balbuceando la frase, igual que otras mujeres, rompiendo a llorar por el hijo o esposo que se iba a buscar trabajo al otro lado del mundo.

“*Vamos ya mamita... debe volver... seguro volverá, es un tigre... tora (tigre en japonés) ¿entiendes?*” y es mi hermano más joven que la abraza y la trata de alejar de esa puerta de acceso a la panza de esa máquina voladora que se llevará una parte de ella.

“*Vamos a la terraza, de allí lo vamos a ver subiendo... ¡corramos!*” dice papá emocionado al ver que los otros grupos se mueven bulliciosamente hacia allá.

El avión se ha estacionado en la pista y cual sombras nos acercamos con los equipajes de mano a abordarlo por la escalera oxidada del aeropuerto Jorge Chávez a comienzos de la década de los 90s luego del fuji shock, sintiendo la brisa marina en nuestros rostros, pero quizás el frío más profundo es el que invade nuestras almas... algunos, quizás nunca jamás volveremos a pisar tierra peruana.

Nuestras jóvenes siluetas agitan la mano, esperando que algunas de las sombras que observan ahí arriba en la terraza sean la de nuestros familiares que nos ha logrado ver.

Los minutos han transcurrido y el avión solitario parece empezar a rugir, luego de devorar a los mortales que voluntariamente ascendimos, luego cuál pájaro de acero comienza a moverse lentamente, da una vuelta y empieza su

rápido desplazamiento por la iluminada pista hasta comenzar a elevarse en medio de esta nublada noche invernal.

“Nihon (Japón,) se fue a Nihon, mi padre nunca volvió allá y él se va...”
musita mi querida madre que se quiere quedar observando el cielo gris y debe ser casi levantada suavemente en vilo por mis hermanos y papá.

“Toma tu pastilla para el corazón mamita” y uno de mis hermanos le acerca presuroso una cápsula de aspirina con un vaso de té caliente.

“Fue la decisión que tomó y yo sé que él, sí volverá... mi hijo es un guerrero”
dice mi padre, procurando darse ánimo a sí mismo y a toda la familia que con la cabeza gacha se retira del terminal aéreo más allá de la medianoche.

Veinte días después de aquella despedida, les llegó la primera carta que envié.

“Éramos veinte que íbamos para allá... estuvimos en Guayaquil y en Miami algunas horas, luego pasamos a Los Ángeles, donde hicimos el transbordo al gigantesco Jumbo 747 de Korean Airlines... no saben cuán atrasados estamos en infraestructura y tecnología. Nuestro aeropuerto es una pequeñez comparado con los otros por donde pasamos. Finalmente llegamos a Tokio.

Es como si uno entrara a otro mundo a través del túnel del tiempo imaginen estar viendo La guerra de las galaxias...”

Era la primera vez que yo *Freddy Ortiz Nishihara* salía del *Perú* con dos títulos bajo el brazo, los primeros lugares en mis promociones, pero sin ninguna vara o palanca.

Viviendo en un distrito populoso de la ciudad y no en un barrio “residencial” o pituco quizás ese fue uno de mis peores pecados. Viendo morir algo de mi autoestima de a pocos, cachueleando como profesor de inglés en una escuela de barrio, donde debía limosnear para cobrar la mensualidad, y como asesor explotado por una empresa de tesis universitarias que me pagaba la quinta parte de lo que les depositaba algún vago para graduarse con mis ideas.

Me había cansado de salir todos los días en los últimos años hacia San Isidro, Miraflores, o San Borja... caminando siempre enternado, sudoroso, y a veces hambriento, con un amplio Currículo Vitae lleno de certificados y recibir siempre la misma respuesta “*Ya lo llamamos Sr... ¿pero usted dónde vive?... no está en el mapa, ¡está muy lejos... es una zona peligrosa!*”, mientras un par de inquisidores ojos dejaban traslucir el clasismo y la discriminación al observar de donde venía.

“*Recuerden que vivimos aquí porque su padre siempre fue honesto, nunca le robó al pueblo... no lo olviden*” era la voz de mi padre resonando como un eco en la distancia, comentando en voz alta y acallando las protestas de nosotros sus hijos por el distrito donde debíamos vivir, a pesar que él había sido Director Regional de Educación y Sub-Inspector a nivel nacional.

“*El hombre se hace luchando contra la adversidad... nunca se acostumbren a lo fácil no dura...*” y era otra vez la voz de mi progenitor en la lejanía,

mientras hacia el transbordo en ese gigantesco y deslumbrante aeropuerto de Tokio hacia Nagoya.

Hasta ahora no había comprendido porqué mamá me enseñó el idioma japonés y luego me motivo a seguir estudios de esta lengua en el centro de idiomas de la universidad católica, yo me interrogaba para que perfeccionar más mis conocimientos en esa lengua muerta y sin sentido. Luego me auto convencí que sólo lo hacía por curiosidad y por complacer al ángel más sublime que conocí en este mundo, pues la verdad nunca me imaginé en viajar a Japón, pero ahora en el camino al país de mis ancestros comprendí cuán previsoramente fue mi progenitora.

“Quiero que ustedes hagan lo que yo no pude hacer... ustedes se realizarán por mí, lo que hagan será como si yo lo hiciera” y era la imagen de mamá sonriente dándome ánimos en mi pensamiento.

El grupo no era homogéneo sin duda, nunca había sentido presencias tan extrañas y disímiles en mi vida de ermitaño concentrado en los libros, los poemas, la música melódica y la belleza de las plantas.

“¡Oye carajo, llegamos a este país de mierda y cuánto tendremos que esperar para llevarnos un huevo de plata, para chupar, fumar la blanquita y tener todas las hembras del mundo!”.

“No creas que va a ser jodido compadrito, aquí todo está computarizado... sólo vas a mover los dedos para presionar los botones... lo demás lo hacen los robots”.

“Lo que quiero es comerme una ponjita... eso sí está interesante”.

“Yo me quito rápido nomás, aunque tenga que tirarme la plata del mejor banco o cuadrar ponjas”

“Aguanta compadrito hay que hacerlo finamente, se gana más y no te persiguen... se los digo por experiencia, yo trabaje en un Ministerio con Alan y por eso me voy tranquilo a hacer más billetes.”

Eran ejemplos de formas de expresión. de gente de submundos con los que jamás imagine rozar, no porque fueran pobres o aparentes “profesionales”, colaboradores del anterior régimen sino porque eran parte del hampa que siempre desconocí.

Algunos mostraban rostros taimados y cortes en el rostro y en las manos, otros lucían joyas y gestos cretinos despectivos. Me pareció que la mayoría de ellos no tenían nada de descendientes ni en la mirada o el comportamiento.

Había otros que como yo mostraban en silencio una preocupación mezclada con una dosis de confusión hacia estos sujetos que ahora nos tuteaban y que convivirían con nosotros, edificando nuevos infiernos inesperados en nuestras vidas.

“Oye chino... ya pe’ carajo, tú eres el único que nos puede sacar de esto... nadie habla, tú serás nuestro guía pe” y la frase me tocó mientras caminábamos confundidos entre grandes multitudes y niveles iluminados con enormes letreros y computadoras con mapas, rutas de vuelo, alimentos y hasta coloridos preservativos publicitándose en lugares estratégicos.

Sentí entonces el vértigo más grande al verme como un provinciano que se deslumbra frente a lo desconocido, quise ver las emociones en los rostros de los otros diecinueve que me acompañaban y noté que parecían aún más confundidos y aterrorizados, mirándome como el único guía que podía sacarlos de este laberinto y hacerlos llegar a buen puerto.

En ese momento un robot limpiador de basura, casi choca con dos peruanos que saltaron en el aire y comenzaron a esquivarlo como un toro, sin saber que tenía un sensor que le permitía detectar la presencia humana a un metro de distancia, algunos de los japoneses y otros extranjeros reían y hacían comentarios en diversos tonos contemplando esa escena tan graciosa.

“Está bien, voy a preguntar cómo hacemos el trámite para trasladarnos hacia Nagoya” dije y me acerque a uno de los cientos de mostradores del aeropuerto sintiendo que podría impresionar a la muñeca de porcelana atendiendo allí si le hablaba en inglés la dura respuesta me dejó perplejo.

“Está en Japón, es usted descendiente de japonés que viene a trabajar aquí... ¡diríjase a mí en japonés!” parecía haber algo de disgusto y prejuicio en aquella mirada nipona femenina, era el primer choque cultural que sentí entre dos mundos separados por más de cincuenta años.

“Lo siento, le hablaré en japonés... somos un grupo de nikkeis peruanos venimos a Japón por primera vez y quisiéramos que nos ayude en la tramitación... debemos hacer un trasbordo a Nagoya, donde nos espera nuestro contratista”.

La muchacha cambió un poco el rostro agostado por otro de una aparente sonrisa.

“Cada uno debe llenar este formato y luego deben traer todos sus pasaportes y dictarme, uno por uno los datos de todos, luego aborden el ómnibus por el terminal 5 y diríjense a la plataforma 3 por el lado norte a diez minutos... apúrese, su avión sale en veinticinco minutos”.

Los pasos rápidos y el desconcierto en el grupo, algunos les tiembla la mano o se han quedado paralizados, otros se equivocaron y malograron las hojas pidiendo por favor que se las llene yo. Cuando corría desesperado a tratar de ayudarlos, ocurrió el primer conflicto.

“¡Oye concha de tu madre... ten cuidado con tu mano, la próxima te mato... no soy una puta!” y la atractiva señora de cabellos pintado de rubio, minifalda provocativa y escote demasiado generoso que junto con su supuesto marido se van encima de otro que tiene el rostro cortado.

“Disculpen pe’ fue una casualidad..., tío dígle a su ñorsa que se calme, está rica... pero fue casual”.

“¡Vamos no hay tiempo de discusión el avión nos deja!” hice sentir mi voz dura recordando mis tiempos como dirigente estudiantil arengando a mis compañeros a tomar el rectorado de la universidad Ricardo Palma, empujándolos a correr hacia la puerta de embarque al ómnibus.

“¿Y nuestras maletas?... ¡qué pasa con nuestras maletas!” y es la pareja más joven, compuesta por dos “pituquitos” clásicos de ojos claros, en su primer viaje al extranjero.

Corrí al mostrador y la empleada me dice que el transporte es automático y que ya los enviaron hacia la otra nave, pero que le entregue los pasaportes de todos.

“Pero señorita, ¿cómo nos vamos sin nuestros pasaportes?...”

“Se los entregarán en Nagoya... debemos verificar algunos datos”. Parece mirarnos como bichos raros, quizás no entendió las palabrotas de los maleados que viajaban conmigo, pero los gestos o el lenguaje no verbal o para verbal si pueden interpretarse universalmente.

Nuestro grupo llega justo cuando estaban cerrando las puertas de embarque a través de un túnel que te lleva directo a la nave, sin tener que salir al aire y subir por las escaleras arcaicas que jalaban brazos humanos en Lima. Todo está computarizado y registrado aquí, hasta hay una radiografía automática de cada uno de los pasajeros para comprobar si llevan algún arma de fuego o alguna sustancia anormal al pasar el portal de ingreso.

“Mamá, papá, hermanos, finalmente luego de todas esas peripecias les cuento que logramos abordar el jet de Japan Airlines y partimos rumbo a Nagoya o rumbo a lo desconocido... es 25 de octubre de 1990, y, espero que la suerte nos acompañe en este camino, parece que somos el primer grupo heterogéneo de peruanos que llega... todos nos miraban como nativos extraños de algún sitio desconocido, más aún la gente que viene con nosotros nos hace quedar mal, hay muchos maleados, sospecho que muchos no son descendientes y debo estar conciliando a cada instante sus broncas... espero controlarlos”, es el último párrafo de la carta que le envié a mamá, a quien imagino llorando emocionada y entristecida al mismo tiempo al

recibirla porque al tratar de guiar bien este grupo estoy exponiendo hasta quizás mi propia vida.

Pero gracias a ella soy el espíritu joven y luchador donde ella mora desde siempre... así como su padre y madre entraron también a vivir en su corazón eternamente cuando era aún niña y los perdió en la confusión de la segunda guerra.

Mientras tanto, al otro lado del Pacífico, al amanecer de un nuevo día en un alojamiento temporal que daba a la playa yo identificado solo como Freddy Nishihara, desde ahora porque los japoneses sólo tienen un nombre y apellido, sentí que había tomado una costosa decisión al sol naciente... cuántos sueños de cristal estallarían y cuántos monstruos reales o de papel me aguardarían dentro de mí mismo o me acecharían en este nuevo mundo tan cercano por mi sangre y herencia cultural materna y a la vez tan misterioso, novedoso y duro por su realidad actual de cambios tan vertiginosos realizados casi a la velocidad de la luz, durante la postguerra, al que había arribado como guía de esa extraña “*mancha*” compuesta por peruanos de todas las sangres clases sociales y conductas impredecibles que también serían un nuevo riesgo y reto en mi nueva vida.



*Una decisión al **Sol** Naciente*

MAESTRO DEL ACERO

“Horizontes oscuros

sombras movedizas por aquí y por allá.

Los montacargas van y vienen cuál

robots programados

mientras tanto la máquina aguarda...

siempre me aguarda.”

Dedicado a Ono san, un gran amigo y maestro.

De pronto el rostro rechoncho apareció sonriendo tras las sombras metálicas de la vieja máquina de fundición marca Toyoba, su figura resplandecía a cada paso que daba en aquel gigantesco ambiente, que parecía la sucursal del infierno en ebullición por todos lados. Su figura resplandecía tras esa apariencia de guerrero en rápido desplazamiento: sus piernas extremadamente arqueadas simulaban a las de un jinete desmontado, bamboleándose rítmicamente con el pañuelo ajustado como una vincha ceremonial sobre la frente.

Parecía muy interesado en proyectar toda la confianza de que era capaz inspirar en el nuevo extranjero, esperando en la penumbra. Éste era un dekasegui (trabajador temporal migrante) de mediana edad estrenándose aún en su uniforme y quepí azul marino reluciente, sin pizca de grasa. Su mirada brillaba desesperadamente como la de un pájaro recién capturado, el encuentro de dos mundos distanciados por el tiempo y la geografía, pero provenientes de la misma raíz, se estaba iniciando.

El *dekasegui*, comenzó a observar todo cuanto había a su alrededor, como un recién llegado al infierno o al cielo que tantos añoraban en su país natal y por el que serían capaces de hacer cualquier cosa para conseguir el visado, intentaban hacer volar su imaginación para poder penetrar la incertidumbre que le creaban sus dudas sobre las noches que le esperarían en este mundo cerrado de inmensas paredes, charcos de aceite, enormes máquinas resoplando humo ardiente sobre los rostros de todos los operarios que tenían las toallas empapadas y las exprimían cada minuto en el suelo, como si las hubiesen mojado en algún gran recipiente.

Estaba concentrado, en su contemplación y en sus pensamientos entrelazados, cuando otra figura, una de dos barritas en un quepí blanco se acercó al otro con voz de mando y cosas ininteligibles para su incipiente y arcaico japonés de principios del siglo.

Sólo, se le grabó la palabra *setto* que luego entendería en su verdadera dimensión. Como algo relacionado a la instrucción que debería recibir para aprender a manejar los treinta y pico de botones de la vieja *Toyoba* escritos todos en caracteres *kamllis* (chinos). La noche empezaba a sentirla fría, más que todo interiormente. En un momento determinado todas las siluetas y sombras humanas a su alrededor comenzaron a moverse y a colocarse sincronizadamente en su propio aparato como si salieran a una gran misión de combate, mientras una melodía a ritmo marcial parecía motivarle a seguir ese ejemplo, contagiándose de algunas sonrisas y bromas de los que iniciaban la faena.

En ese momento la sirena más profunda y cercana que alguna vez escuchó en toda su vida le pareció como una bienvenida a este nuevo hogar de acero y vapor ardiente.

El instructor encendió la mole metálica con quien le tocaría a partir de entonces compartir sus días y noches; mientras, observaba anonadado el veloz desplazamiento de esos dedos ágiles sobre los numerosos botones marcados con caracteres indescifrables para un simple *nikkei* como él.

A un solo ritmo de estruendos y chirridos, todo el complejo comenzó a rugir.

El hombrecillo volteó el rostro con una sonrisa y movimientos de cabeza que procuraban decirle “*Yo sé que tú podrás*” y mezclando su cantarín japonés con un pésimo inglés le dirigió la palabra animadamente. Él reaccionó procurando memorizar cada uno de sus movimientos, de las frases del japonés moderno y rápido que utilizaba, para no quedar mal.

Los ojos rasgados fijos tenían algo en común, pero miraban diferente. Quién sabe de allí en adelante mucho los uniría, pero también los separaría en aquellas noches de insomnio... el viejecito, sonriente y aquel joven preocupado serán el maestro y su alumno en el arte de fundir las piezas para los más modernos vehículos que estarían circulando dentro de muy poco por autopistas de los cinco continentes con el rótulo de “*Made in Japan*”.

Mientras tanto alrededor de la noche se transformaba en madrugada al ritmo de los moldes de aluminio forjando piezas grandes, medianas, y pequeñas que caían sincronizadamente y programando el tiempo sobre la faja transportadora.

Hoy llegó un nuevo joven *nikkei* en busca de empleo. La labor de *Ono San*, comenzaba... quién sabe de ahí en adelante cuántas coincidencias y cuántas diferencias se presentarían entre maestro y discípulo, el encuentro se había iniciado con una palmada y una frase que caló para siempre en su alma:

“¿Estás listo para para la lección?... observa, pregunta y memoriza. Debes estar preparado para todo en esta vida. La próxima semana lo harás tú solo y no puedes fallar, ¡recuérdalo! recuérdalo serás un hombre del acero. Debes dominarte a ti mismo y pensar con la cabeza, si quieres regresar vivo, íntegro físicamente y triunfante al Perú”.



Maestro del Acero

EL DILEMA

*“Hoy estoy parado al borde de la incertidumbre,
pero mañana saldré cual caballero
andante a recorrer pueblos, conquistar
geishas y luchar...siempre luchar
contra mis monstruos y los del camino”*

El gigantesco Jumbo 747 de la *Norwest Airlines* reposaba aún en la nublada y fría pista al atardecer; sus luces centelleantes en la cola y la nariz indicaban que acababa de encender sus motores.

“En unos minutos más vamos para o Havai (Hawai), ¡qué acontece con você peruano?” Se dejó escuchar la voz chillona de Joao en portugués, recostado en su asiento y observando la silueta medibunda de anteojos metálicos ubicada a la diestra de la figura morena y de ojos vivaces de *Naazzem*, el paquistaní; en el asiento trasero la voz festiva de Preto Inoue comentaba *“Se imayinan carayo todos nois em Havai, paseyando y fodiendo americanas no waikiki beach”*.

Si alguien, contemplara las tres largas filas de la clase económica, notaría inmediatamente por los ojos rasgados la procedencia asiática de la mayoría de pasajeros, salvo algunos lunares morenos o rubios en el grupo.

De pronto, unos aplausos y los murmullos en japonés llamaron la atención general y todas las miradas confluyeron como guiadas por un imán invisible hacia una figura imponente de pie en el pasadizo era *Arakawa San*, el gerente

de personal de la Cooperativa Autogestionaria de producción NITTO; su metro ochenta de estatura y la mirada cortante silenciaron de pronto el ambiente y en japonés ceremonioso y refinado se dirigió a todos:

“Amigos todos, miembros de la familia NITTO, iniciamos el viaje de turismo anual de nuestra querida empresa hacia Hawai (América). Todavía son buenos tiempos para nuestra economía. Gracias a todos ustedes nuestras pantallas de TV, computadoras, calculadoras, y relojes, se venden por su buena calidad. En compensación recibimos buenos salarios, ahorramos mucho y por ello hemos sido y seremos tentados a visitar a los americanos y también a las americanas...” ésta última frase provocó una interrupción general, contagiándose la hilaridad hasta a las rubias azafatas americanas que no entendían japonés.

Todos gritaban *“¡Sacho esquebe! ¡Sacho esquebe!”* (gerente mañoso, gerente mañoso) él también sonrió brevemente, pero al hacer el ademán de continuar, el silencio se impuso automáticamente.

“Aplicando parte de la filosofía nuestra, nos divertiremos por igual, los directivos máximos de la empresa, los señores Obuchi, señalando en la primera fila a dos japoneses morenos y de cabellos muy canos, y todos nosotros los trabajadores; porque el ser humano es uno sólo recuérdendolo.”

Además, creo que todos tenemos algo en común, nuestro amor a Japón, ya sea porque nacimos aquí, somos descendientes o simplemente vinimos y sabemos que si el país gana cada uno de nosotros también. *“Por eso les suplico continúen con su esfuerzo en cada puesto que ocupen, aun si vinieran tempestades esforcémonos todos; finalmente, les decimos a los americanos*

que así como nosotros vamos allá a comprar, nos dejen también vender”.

Un estruendo de ovaciones y aplausos índico que había terminado.

Las figurillas en blanco, negro y dorado del dragón impresas en las latas de las cervezas japonesas *Kirin*, se elevaron por los aires junto a los coloridos trazos rojos de la marca *Budweiser*, mientras que las voces en coro pronunciaban ¡*Kampai!* (salud). Una chillona *oboasan* (señora), tan china de alegría que no se le veían los ojos, era la primera en levantar la mano para anotarse con la aeromoza en el concurso informal de Karaoke iniciado.

Afuera el jet se elevaba ya de la pista y tomaba altura sobre el océano rumbo a *Hawai*.

“*O peruano*” para los brasileños, “*peruyín*” para los japoneses. El primer ciudadano conocido de ese extraño país que sólo se veía en los noticiarios, cuando hablaban sobre terrorismo, cocaína, el *Amazonas*, *Machu Picchu* o algún nativo con chullo parado al costado de una llama. Alguien a quien sólo les ligaba los ojos rasgados y ese apellido japonés “*Nishikawa*”, volvió la mirada hacia la ventanilla, contemplando el cielo púrpura sobre las nubes hasta que se sintió tocado por una frase en medio en inglés “*hey you, Mr. Nishikawa... puede continuar con la historia, realmente sonaba muy interesante*”, era *Naazeem*, el esposo de *Michiko Sama*, la supervisora de calidad más sensual de la empresa.

“... *Me estabas diciendo que eso sucedió hace dos años... no temas por brasileños, ni japoneses, creo que los que tenemos aquí no entienden mucho el inglés, habla con confianza*”, mientras su mirada se dirigía de reojo al frente, al costado y hacia atrás.

Los brasileños mientras tanto no paraban de celebrar y brindar, *Takemae San*, el japonés más próximo. Con su silueta de pequeño hipopótamo de cabellos largos cedía a un apetito incontrolable y devoraba un *ovento* (merienda típica de un viajero japonés).

La mirada entre animosa y orgullosa de *Nishikawa San*, animado por el aroma de la cerveza se reflejó una vez más en las nubes púrpura y reinició su relato.

“¿Sabes, Naazeem, quién se iba a imaginar?, la décima parte de los consumidores tokiotas se quedarían desabastecidos de sus panes favoritos, dulces o salados quizás por días; todo por obra y gracia de 180 gaiyines (extranjeros) peruanos y brasileños...”

Ya el “*Cholo Chacalón*”, lo había pronosticado. “*Los más jodidos serán los que comen esa mierda rellena de Kare* (pan relleno con masa picante con ají preparado al estilo de India y Paquistán, manjar preferido de los japoneses y lo más asqueroso para nosotros).

Al amanecer de ese día primaveral del Año del Perro en el calendario budista, la planta N° 2 de la empresa *Kimuraya Bakery*, en Saitama había amanecido con varias banderolas indescifrables para los nipones. Unas en español otras en portugués; “*¡Hoy no trabajamos... Viva la huelga!*”, “*¡Alto a las contrataciones de la mafia!*”, “*¡No a la reducción de horas extras... sí a los aumentos!*”, eran algunos de los textos escritos en las telas de fondo blanco y letras color rojo.

Coincidentemente esa semana se había cambiado a gran parte del personal administrativo. Particularmente los gerentes de planta. Todo era barullo en el alojamiento de los 180 panaderos; los blancos uniformes le daban al lugar la apariencia de un hospital psiquiátrico o de la *Cruz Roja* en campaña.

“*Camarada o estás con nosotros o te echas a los ponjas*”, me cuadró el “*Characato*” (arequipeño), volteando su quepí. Mientras todos los demás peruanos le gritaban en tono de burla “*¡characatos no!, ¡extranjeros no!*” y él respondía con una mirada entre de desafiante y de broma “*esto también le interesa a la nación arequipeña ¡¿entendido?!*”. Los brasileños nos observaban entre asombrados y divertidos.

Sugawuara, el imberbe adolescente japonés convertido en nuestra pequeña mascota, husmeando y compartiendo todas nuestras costumbres como una experiencia alucinante se acercó y mirándonos de pies a cabeza sólo atino a sonreír y balbucear “*crazy, mimna wa crazy*” (locos, todos están locos).

“*El Matador*” y la “*Bestia de Huacho*” que ese día empezaban su descanso semanal habían traído imperceptiblemente dos latas de litro y medio de cerveza y abriéndolas colocaron un vaso en la mano del ponjita cerrándole el gesto de sorpresa con un *kampai* (salud). La “*Bestia*” me palmeó rudamente intentando hacerse escuchar por todos “*¡Viva la huelga carajo!, ¡abajo los sucios imperialistas japoneses, y salud.!*”.

La nueva frase del observador *Sugawuara*, “*mimna peruyin wa chigao*” (todos los peruanos son diferentes entre sí). Era una realidad concreta, pues todos éramos un mosaico de colores, estratos y hablábamos con giros y gestos diferentes.

Por la necesidad de hacer dinero aquí, se trataban en el mismo nivel el quebrado empresario apodado “Mandrilo”, el ingeniero trujillano “*Super Witi*” (apodo que nunca descifré) el serrano Gonzáles, ex profesor, dirigente gremial despedido en el Cuzco, o el huancaíno cobrador de micro llamado por todos “*Chacalon*”, el limeño *nikkei Inoue*, uno de los pocos con cara de japonés y con apariencia de relojero del Mercado Central, amén de los mencionados antes y de otros muchísimos más que sólo conocíamos por otros apodos. Sólo algo que nos identificaba: La misma lengua, la misma bandera, la música criolla, los huaynos o la salsa y los apellidos japoneses verdaderos o falsos que llevábamos.

Los japoneses eran homogéneos en rasgos, gestos, y vestimentas, mientras los brasileños sólo se diferenciaban en *nikkeis* puros, mestizos, cónyuges no *nikkeis* y niveles culturales.

Nosotros habíamos llegado al colmo de tener un peruano bamba (falso): “*El Colucho*”, un militar colombiano desertor que huyendo de los dos fuegos pasó por el Callao, para comprarse el pasaporte.

La primera vez que le dijeron que era “*Chalaco*” (natural del Callao) sólo respondió con un “*¿Qué es eso?*”.

Pero el día había llegado en que todas las sangres se sintetizaron en una identidad, por conveniencia.

Joao Gushiken, el líder de sección y traductor brasileño se me acercó y palmeándome dijo en portuñol: “*Qué fazemos peruano, a yente no quer trabayar, está brava, ¡nosotros somos los traductores oficiales...*”

“Haremos algo, ya se nos ocurrirá... calma carayo” le respondí.

La llama de la rebeldía y la furia comenzó a traducirse en gritos, golpes y patadas, en muros, cabinas telefónicas y máquinas automáticas de ventas de bebidas instaladas en el patio.

“Peruano sua yente está mais brava, pense rápido o tudo se va a foder”.

De pronto la puerta del segundo piso, sede de la administración central, se abrió silenciosamente y cual topo explorador husmeando el peligro de un lado a otro, apareció la cabeza de *Yamanashi San*, el único coordinador que no había sido cambiado y a quien conocíamos todos, aspiró, hondo y con el rostro encendido de nerviosismo, descendió rápidamente como el *Kamikaze*, que debe cumplir su orden y se dirigió a paso resuelto hacia nosotros.

“Buenos días señores. ¿Qué significan los carteles en su lengua? ¿Pueden traducir por favor? Creemos en ustedes porque son bisagras entre nosotros y sus compatriotas, son traductores nuestros o gente de confianza de ellos, ¿por qué no entran a trabajar hoy?”.

Alrededor los lemas inventados y gritados a todo pulmón contagiaban a todos, inclusive a los brasileños quienes para no desentonar intentaban imitar nuestro español.

El *“Cholo Chacalón”*, *“Witti”*, el *“Matador”*, la *“Bestia”* y el brasileño negro de ojos japoneses apodado *“Muleque”*, rodearon entonces con sus miradas agresivas al japonés quién empezó a transpirar copiosamente.

La “Bestia” sólo atinó a decirme: *“Carajo, camarada, no te vayas a vender, tú eres de los nuestros, diles todo lo que pedimos a estos hijos de mala madre”*.

Todo enmudeció en ese instante y frente al silencio y las miradas cruzadas de tensión y desconcierto, me dirigí al japonés intentando calmarlo.

Yamanashi San, le hablo despojándome de mi cargo de traductor, como peruano que soy. Todos lo apreciamos y conocemos su don de gente porque trabaja día a día, codo a codo con nosotros en la planta... sabemos que ha cambiado la gerencia y han empezado a contratar gente que un traficante peruano está trayendo cobrándoles cincuenta mil yenes por cabeza, eso ha reducido nuestros ingresos, por eso le pedimos que transmita nuestro pedido de aumento y exigimos un compromiso de su parte para no reducir las horas extras, por eso las protestas...” *de pronto los estribillos de “¡diálogo, diálogo!” y “¡gerentes, queremos un acuerdo!” me acallaron.*

El nipón averiguó con Joao lo que querían decir y éste le respondió lacónicamente *“lo que dijo Nishikawa San, señor”*. El joven portavoz fingiendo quizás una sonrisa comprensiva y un asentimiento forzado de cabeza, se dio vuelta y se retiró con el pañuelo empapado de sudor en la mano.

Transcurrieron 30 largos minutos de tensa espera, durante los cuales no parábamos de cruzar miradas y de especular sobre lo que vendría.

“Seguro que nos botan a todos y traen filipinos o chinos”, bromeó la “Bestia”.

“No creo, Somos los únicos que tenemos visas... bambeadas, pero visas” le respondió *“El Colocho”*.

“Cuidado compadre, están agarrando carne, por si acaso aquí somos cinco descendientes verdaderos con visas de verdad”, comentó enfurecido *Inoue*.

Finalmente, la puerta de la oficina a donde en incontables veces subíamos a pedir uniformes nuevos, medicinas para los enfermos, calcular las liquidaciones por retiros y conciliar los problemas entre obreros peruanos y japoneses... se abrió apareciendo los rostros fríos y duros de dos viejos con rostros de bulldog uniformados con los distintivos de gerentes y a los que acompañaban Yamanashi san y otro peruano de ojos azules y cabello ensortijado.

La gente al identificar a este último como el traficante *“Yamamoto”* concentró sus miradas de rabia en él.

“Yamamoto, concha de tu madre”, “¡traidor...!”, “¡Traficante mal nacido!”, “¡ya vas a ver lo que te vamos a hacer!”

El sudor copioso y los latidos fuertes me recordaban que los traductores ya no tendríamos la confianza de los *ponjas* y ello significaba la disminución de nuestros premios si no fuera el despido: atrás quedarían las noches sensuales en lechos de terciopelo sintiendo el dulce contacto con las pieles y los labios de las dulces muñecas de porcelana oriental o la franqueza de las americanas ardientes que nos acompañaban todos los viernes por la noche, cual modernas geishas japonesas en los Karaokes y discotecas al ritmo de

madrugadas inacabables, de alcohol, de canto y de poesía en el *barrio de Ropongi*.

“Pero... siempre hay un pero, ésta era la prueba para demostrar la otra imagen que representábamos cotidianamente recorriendo pasillos, sudando como todos, amasando el pan en los hornos, embolsando, engrasándonos debajo de las máquinas y sirviendo de nexo coordinador entre dos culturas.”

“Es nuestro mejor abogado, confiamos en usted, ¡ayúdenos por favor!” era la voz del “*Colocho*” y su mano colocada en mi hombro, cual ángel de mi consciencia, me impulsó a tomar la decisión.

Joao, parecía haber leído mi pensamiento y levantando los brazos pidió calma para que todos callaran.

Uno de los japoneses con pinta de *Fumanchú*, por su gordura y calvicie, con voz cortante y de moderno guerrero *Shogun*, nos espetó: *“¡Señores nombren a sus representantes!”*.

Frente a la consulta inmediata y dada la obvia respuesta, Joao dio un paso al costado renunciando a su condición de traductor oficial.

Luego mis pasos me llevaron como un autómatas tras él; Yamanashi San con la diestra levantada y su eterna sonrisa nos invitó a subir a la oficina, la multitud nos acompañaba agolpándose tras de nuestros pasos y coreando la frase *“¡No se vendan carajo!”*. Al cerrarse la puerta de la oficina, una larga mesa con ocho sillas e igual número de tazas con té verde humeante y una bandera del sol naciente colocada en el centro, nos dieron la bienvenida. Se

estaba dando inicio al ritual japonés de la negociación, sólo que en esta oportunidad no serían gerentes de grandes corporaciones los que discutirían, sino gerentes y operarios extranjeros.

El canto melodioso grabado de algún pájaro tropical marcó 4 veces que eran las nueve de la mañana en el reloj de pared.

El tiempo y la discusión transcurrieron lentamente en la habitación llena de aroma de café y humo de tabaco, con nuestra posición y el empecinamiento de ellos para contratar más personal y reducir las horas extras.

Cuando el pájaro cantó marcando las dos de la tarde, Joao se levantó violentamente y dijo:

“Nosotros sólo pedimos un acuerdo justo y el respeto a las promesas de la gerencia anterior”.

El negociador japonés, de más baja estatura, de piel colorada como un tomate, le suplicó que se calmara y se sentara proponiendo: *“¿Y con un aumento de 50 yenes más volverían a trabajar?”.*

Como impulsado por un resorte, mi diestra se levantó automáticamente.

“Señores, el acuerdo tomado por nuestros compatriotas, de quienes somos simples voceros es:

- 1) No a la reducción de horas extras por nuevas contrataciones irregulares*
- 2) Aumento de 100 yenes por hora”.*

La figura del peruano misterioso que los acompañaba en silencio se irguió entonces como picado por una serpiente. *“Señores, considero que no deben*

aceptar esa propuesta porque es una imposición de un grupo de revoltosos, gente sin cultura y personalmente creo que una cuestión de entendimiento personal con los señores traductores... finalmente, no olvidemos que hay un acuerdo con el señor Minoru, para colocar personal nuevo que ya ha sido embarcado en Perú”.

Joao, contraído más sus ojos rasgados, semejando un bárbaro mongol a punto de ultimar a un enemigo y guiado quizás por sus criterios extremadamente racistas dirigió un pequeño discurso.

“Hermanos, este señor no parece tener nada de sangre japonesa, ¿confiaremos en él más que en nosotros mismos?, ¿Confiamos en una persona que es 100% peruana? Los únicos traductores oficiales somos los dos representantes presentes aquí, quienes si somos nikkeis”.

La silueta del misterioso compatriota hizo otra vez el ademán de réplica, pero un prudente jalón del brazo y una lapidatoria mirada en japonés del gerente lo silenciaron.

“¿Es la última exigencia para que vuelvan al trabajo señores?” fue la frase final del negociador en jefe, quien nos encaraba con su rostro de un perro akita en posición de atención.

Nuestra respuesta simultánea fue *“¡sí señores!”*. Luego un silencio sepulcral se dejó caer mientras los gerentes y su asistente se alejaban a un rincón de la habitación a dialogar en voz baja, al costado de una réplica en miniatura del castillo de Nagoya; el rubio quiso entrar al grupo pero fue sacado de un violento empujón.

Al darse vuelta tuvo que chocar con nuestras miradas como cuchillos en el aire, me dije para mí mismo *“qué forma tan inoportuna de conocer un compatriota en la tierra del sol naciente”*.

“Peruano igual que você, seu compatriota ¿no?” dijo, entre broma y en serio Joao.

Utilizando la misma lengua del brasileño, le respondí: *“Sim pero tem tudo tipo de peruanos, como tem tudo tipo de brasileiros tambem Joao”*.

Con ánimo conciliador me acerqué entonces al desconocido dirigiéndole la palabra:

“Mucho gusto. Nishikawa a tus órdenes, somos todos peruanos ¿por qué todo esto?”.

“El Huachano” para servirte, mi chapa japonesa es ‘Yamamoto’, *“Compadrito, entiéndanlo, son miles de dólares ¿saben?, los hago mis socios y salimos de este país de mierda a los EE.UU. ó al Perú, pero con un huevo de plata... piénsenlo”*.

“No joda você ‘Huachano’ o ‘Yamamoto’ como sea que se chame, Nishikawa es un bon peruano, él piensa en su yente y lucha por ella”, dijo Joao en *portuñol*, mientras hacía el ademán de empujarlo hacia atrás; pero, mi mano se interpuso a tiempo.

“Déjalo brashico, yo me entiendo con él” y me dirigí al *“Huachano”* con una mirada de furia:

“¡Compadre eres una mierda y nosotros sabemos que no lo somos, al fin y al cabo he chocado con tantos como tú, que han jodido la imagen del nikkei en el Japón”.

Una voz en japonés acercándose a la mesa de negociaciones cortó de golpe nuestro diálogo.

“Señores, hemos acordado cumplir con sus demandas si lo consideran conveniente lo haremos por escrito, comuniquen a todos que deben volver al trabajo.”

“Usted Nishikawa San, ya no es más traductor el señor Yamamoto asumirá su responsabilidad”, al oír esta frase, las piernas me flaquearon y mis labios enmudecieron, recordando que no sentiría más las caricias de *Yumico Chan* y quizás me alejaría para siempre de la metrópoli y sus placeres.

“Pero Nishikawa San es...” intentó argumentar *Yamanashi San*, pero la voz cortante del gerente lo silenció con un *“¡cankenai!”* (no tienes nada que ver).

Mi cuello frío sintió de pronto el calor del brazo largo y velludo de Joao, quien dirigiéndose a los negociadores japoneses dijo: *“¡renunciamos los dos señores!”*.

“¡Está bien, tienen una semana para desalojar sus habitaciones y buscar otro empleo... eso es todo señores!”. Fue la última frase que pronunció el Gerente General antes de darse la vuelta.

Salimos de la oficina, llevando a cuestas una mezcla explosiva de sentimientos contradictorios.

Afuera la mancha de huelguistas en espera había crecido con las mujeres sudamericanas y las japonesas parejas de algunos peruanos... algo milagroso sucedía: Se había perdido el miedo.

El negro “Chaman”, con su amplia sonrisa *chinchana* fue el primero en *acercarse y cuadrarnos*:

“Carajo, ¿qué fué? informen pe”

Joao agitando los brazos y alzando la voz se dirigió brevemente a todos: *“Nishikawa no va a falar, lo haré yo en portuñol. Conseguiremos tudo lo que ustedes pedían; pero nosotros nos jodimos, no trabajamos mais, entienden. ¡Suerte pues para vocés y fuerza carayo!”*.

Los gritos de confusión y de rechazo al “huachano” como nuevo traductor mentándole todo y mandándole a donde había nacido llenaron el aire puro de aquel mediodía, mientras los árboles de cerezo empezaban a deshojarse lentamente.

Los abrazos y las sonrisas que conjugaban la alegría y la tristeza eran como breves rocíos de consuelo en nuestros corazones.

“¡Luego, de la chamba todos al cuarto de Nishikawa a reír y llorar carajo, traigan música y trago!” voceaba como canillita de diario “*Super Witi*” subido en una banca para hacerse oír mejor. El “*Cholo Chacalón*” lo complementó con su vozarrón de *achorado* de El Agustino “*Sí, a las 9 de la*

noche carajo, también veremos cómo jodemos a ese concha de su madre del “Huachano”.

Dos días después, de aquella reunión animada con casetes de salsa, valeses y huaylarsh, sabor a comida peruana y abundante cerveza japonesa. Las sirenas policiales nos despertaron a las 6 de la mañana; inicialmente pensé que era una batida para capturar ilegales y deportarlos.

Uno a uno fuimos en el patio. Mientras Joao hacía las veces de traductor y la policía preguntaba: “¿Quién hirió a Yamamoto San o Gonzáles San?”, (como descubrieron que realmente se apellidaba el “Huachano”).

Según el sargento, de la policía metropolitana de Tokio éste fue encontrado sangrando con un corte superficial en un brazo y con la nariz rota, en su opinión “*sólo quisieron darle un susto o una lección*”.

La policía, procedió a separarnos a aquellos que teníamos los ojos rasgados de aquellos que no pudieron huir a tiempo y que no tenían nada de japonés (gracias a ello se salvó el *charapa Atunama*, un peruano aguarunas cien por ciento nativo que también tenía los ojos rasgados).

Al continuar el interrogatorio con nosotros, *Inoue*, el relojero del Mercado Central, dio un paso adelante para decir por intermedio mío como traductor “*Señor, nosotros no sabemos nada, miren nuestros rostros, nuestros pasaportes, somos nikkeis verdaderos con visa y no nos juntamos con los otros*”, mientras la camilla que transportaba al “*Huachano*” pasaba por el dintel de la puerta principal y éste no se cansaba de gritar a voz en cuello “*¡ya se jodieron todos, hijos de puta!*”.

Luego de este día incidental, nos enteramos que la mitad de los operarios clandestinos habían tenido la oportunidad de escapar a esta batida y a su deportación como ilegales.

Nunca se supo, quién tomó la justicia con sus propias manos entre las sombras de aquel amanecer; pero luego de tres días en las calles “Chacalón”, la “Bestia”, “Mandrilo” y “Witi”, regresaron a sus labores cotidianas en la fábrica.

Una semana después, con media fabrica deportada al Perú, *Joao* y yo salimos para siempre de la panadería en busca de nuevos horizontes “*para nunca mais voltar*” como repetía el *brashico* a cada paso que daba.

Al acercarnos al estanque de los gigantescos peces carpa de colores, el presentimiento de la despedida fue notorio. *Joao*, comenzó a vaciar dos bolsas repletas de pan de la más alta calidad, mientras alcanzábamos a tocar las bocas de algunos ellos emergiendo del agua y acariciando nuestros dedos; al darnos vuelta y colocar a cuestras nuestros pesados equipajes, mientras observábamos el jardín de crisantemos florecientes sentimos unos presurosos pasos a nuestras espaldas y una voz conocida que nos llamaba en japonés “*¡Gushiken San! ¡Nishikawa San!*” al detenernos y colocar nuestras pertenencias en el suelo, nos encontramos con el rostro nervioso y la sonrisa excesivamente cordial de *Yamanishi San*, quién nos dirigió la palabra en tono implorante:

“Por favor, la administración ha decidido pedirles que se queden, accediendo a la solicitud unánime de sus compatriotas debido a que el nuevo traductor que nombramos será deportado por falsificación de documentos y

estafa, acepten la oferta por favor, se los suplico... sabemos que han habido mal interpretaciones, pero...” Joao Gushuken fue cortante en el uso del portugués y en un gesto demasiado agresivo a mi parecer me tocó con fuerza el hombro derecho, para decirme:

“Déjalo carajo, filhos de puta, que se fodam”.

Como no tenía ningún resentimiento personal con *Yamanishi*, sólo atiné a decirle: *“Usted es una muy buena persona, fue un honor trabajar aquí, pero nos vamos, adiós y suerte ¡gambate ne!”* (fuerza sí) al mismo tiempo que me colocaba la vieja mochila al hombro y le daba la espalda, sintiendo que su mirada confusa y parpadeante se conjugaba con la frustración más terrible latiendo en sus entrañas.

Mientras avanzábamos, aún sin rumbo, el sol naciente besaba el océano y un tren bala cruzaba en el horizonte frente a la planta, indicando quizás que seguiríamos como ríos errantes en la tierra de nuestros ancestros...

Volví al presente en este instante. Las luces se habían apagado en el interior del avión que pasaba por unos baches aéreos y *Naazem* roncaba recostado en su asiento.

En la oscuridad de la nave, sentí la voz de Joao, susurrando y sonriendo desde el otro asiento, *“Carayo Nishikawa, fué un buen dilema ¿no?”*.



El Dilema

LA LEY DEL HIELO

*“Barrera invisible
barrera infranqueable de la nada
ustedes en un lado del muro
y yo en el otro.
No, no es el idioma
no, no es el género
es la jungla de sus ideas
es la jungla de sus prejuicios”.*

“Peruano ninguem quer falar conmigo filhos de su mae” (peruano nadie quiere hablar conmigo, hijos de su madre) y el llanto humano, el desfogue de sus sueños y pesadillas recostado en el calor humano de mi hombro.

“Me voy en bora (me voy), pero nunca voy a voltar para Brasil... voy a morir aquí, sólo quiero decirle que nunca voy a olvidarlo peruano... gracias a Deus que hallé a você, sepa Ud. que los brasileiros sólo damos gracias a Deus... Suerte para Ud. y su país”.

“Ojalá que sean libres algún día” y secando sus lágrimas se alejó hacia el puerto cargando sus maletas en su vieja bicicleta.

“El Profesor”, había llegado como todos en una mañana de verano en el vapor *Akuma Maru* a la isla, con su larga cabellera hippie al viento.

Sus lentes que parecían estallar y aquel rostro inconfundible de matemático oriental. Siempre callado y silencioso diferente al resto de sus compatriotas.

Un día me acerqué con un poco de temor, “*você e novo que faze por aquí...*”

Su mirada, aparentemente prepotente se iluminó al ritmo de mi sonrisa y un gesto de amistad sincera que muchas veces deseé que otros me transmitieran y no el frío o la agresividad en el gesto.

Porque, algo que aprendí con los años es que el lenguaje humano no sólo se transmite con las palabras.

“Peruano... un placer, yo también hablo español un poquito, pero hablo..., Machu Picchu, el Lago Titicaca y la guerrilla que tienen ustedes, ellos sí luchan por ustedes. ¿Pensaré que estoy loco?... pero me gusta mucho el silencio, soy profesor de Matemática en Sao Paulo. Uds. dicen hembrita rica, cirear, pendejo”, y se echó a reír como liberando sentimientos contenidos que con los suyos no podía soltar.

Desde ese momento siempre lo saludaba. Los suyos lo miraron desde el comienzo como un bicho raro que no tenía cura, él indudablemente era superior a ellos en muchas cosas, pero ellos no lo entendían así.

Siempre me pregunto por los Andes, los incas y Abimael Guzmán, “*Algún día seremos libres ¿sabe?*”. Era lo único que no me gustaba de él, pero por lo demás no merecía la frialdad de sus paisanos, siempre recuerdo que nunca debemos tratar a los demás como no nos gustaría que nos traten a nosotros.

Un día vi un gran movimiento entre ellos, hablaban con mucha jerga y con violencia se había atrevido a defenderse de “*Preto*”, el más admirado matón del grupo y por ello habían peleado entre aceite y máquinas.

Todos apostaban por su ídolo y como colegas quedaron para el final de la jornada al concluir la faena.

“Qué acontece contigo, por favor, no les haga caso, amigo son foda, pero...”

“¡Peruano vai en bora! (peruano váyase!)... no se quede, debe descansar para trabajar mañana. ¡Esto lo resuelvo yo solo!” y los lentes parecían estallarle de rabia, y las manos temblarle nerviosamente, mientras me respondía en portuñol (portugués mezclado con español)

Al día siguiente, me enteré que el ídolo había sido humillado, y se habían dado muy duro; pero lamentablemente el mando japonés decidió responsabilizar y advertir de despido sólo a *José Nakahara*, el “*Profesor*” por dos motivos: No tenía apoyo del 99,9% de los brasileros, y no era muy hábil con las manos como su rival trabajando y ya había deteriorado algunas piezas valiosas.

Para colmo de males, debido a una trampa preparada por sus compatriotas y por su dificultad en las manos al día siguiente su máquina comenzó a producir piezas falladas. Frente a esto uno de los supervisores a quien se le iban las manos fácilmente, lo empujó brutalmente y le increpó duramente, aunque después intentó sonreír en son de burla.

El *brashico*, se comió su cólera y después lloró detrás de su máquina, creo que sólo lo vi yo; pero a la hora del almuerzo era como si se tratara de un extraño hostil para todos. Ninguno de sus 180 compatriotas le dirigió la palabra. Hasta los otros extranjeros ahí presentes: dos bolivianos, el paquistaní y yo, el único peruano recibíamos bromas y miradas de sus paisanos, él sólo insultos y desprecio.

Nunca jamás entendí, por qué tanta deshumanización y maltrato.

Pasaron las semanas y era lo mismo todos los días. Creo que eso no lo podría aguantar ni el más curtido de los operarios japoneses.

Un día de invierno, llegó al escritorio del Gerente de Producción, otro informe del supervisor brasileño culpándolo de hacer fallar los aparatos de trabajo debido a su incompetencia.

Yo sabía que no era para tanto, intenté persuadirlos, pero no se pudo hacer nada.

“Peruano você no foda e problema de brasileiros entendi”.

Sólo sé que los desayunos, almuerzos y cenas, eran una tormenta para José o “*Yo sé*”, como él lo pronunciaba, nadie lo consideraba ni siquiera como un objeto y a la hora de trabajo también era terrible estar bajo su piel, con los gritos destemplados de los suyos y de los japoneses hasta los 2 bolivianos comenzaron a llamarlo *el “Loco”* les denominé “*las hienas*” desde entonces, debido a su cobardía y falsedad.

Un día de aquella estación frígida, él decidió salir para siempre de ese mundo, pero antes vino a despedirse del único que le hablaba y le daba

palmas en el hombro, comprendiendo sus gestos nerviosos y quizás sus ideas totalmente radicales y extremistas.

Confieso que también lloré por él, de rabia, de incomprensión y le deseé lo mejor. Espero que haya encontrado el camino que la Aritmética, el Álgebra y la Geometría jamás le pudieron enseñar para la vida, en las aulas, y todavía esté superviviendo.

El eco de su voz aún lo escucho involuntariamente cuando entro a una biblioteca y veo uno de esos seres semejantes a los que los americanos llaman Nerds. *“Peruano nunca volveré a Brasil... voy a morir aquí.”*



La Ley del Hielo

PORQUE MI CORAZÓN ÉS Y SERÁ SIEMPRE JOVEN

*“Fuyu San
partiste sigilosamente
ocultándote en las sombras
mientras Morfeo nos adormecía”*

Siendo las 7:45 horas de la mañana, marca el indetenible y modesto reloj *Casio* de pared colocado frente a la amplia sección de pasadizos limpios y gigantescas maquinarias formadas en tres largas filas color verde-aluminio brillante, moles de acero diseñadas en diversas formas cuadradas y cilíndricas, con los tableros de botones rojo y negro todavía en off.

Mientras, se siente el rugido motorizado de un monta-carga que va y viene del gigantesco camión tipo nodriza subiendo las cajas con los productos terminados listos para ser llevados a la planta ensambladora.

“¡Casi tiempo de entrar a la faena, ¡carajo!”, maldice y sonrío resignado con su rostro chicha, *“Chacalón”*; y *“Goto”* como picado por un insecto deja de acariciar su máquina con la franela blanca de olor a bencina e irguiendo el tronco y su rostro serio de lentudo intelectual o relojero japonés del Mercado Central, responde haciendo bilis *“¡para eso hemos venido, ¿no?!”*

Como telón de fondo, el brasileño *Preto Ishikawa*, sonrío orgulloso y complaciente al sentir que el japonés *Iguchi* agarra sus testículos en muestra *“so de amizade y no homosexualidad”* como entenderíamos con el tiempo, proclamando a los cuatro vientos: *“chin chin wa ooki ¿ne?”* (*oh tus testículos son enormes ¿no?*) y el *“Matador”* que sonrío maliciosamente, al

mismo tiempo que empieza a danzar una salsa al ritmo de su walkman y de las miradas que cruza con sus encandiladas admiradoras japonesas que gesticulan coquetamente sacudiendo sus cabezas en lo que parece ser un “*si*” acompasado y repetido.

Momento matutino de informales encuentros entre gentes de diferentes rasgos y sexos hablando en tres lenguas al mismo tiempo e identificándose sólo por aquel monocromático uniforme y quepí color azul marino. Pero... algo llama poderosamente la atención general y la desvía hacia el callejón de entrada al patio: Pasando el inmenso dintel, esquivando charcos de nieve y barro originados por la última nevada, una figura que conjuga fragilidad y vitalidad se esfuerza pedaleando diestramente y dirige con mucho equilibrio una destartalada bicicleta color plomo, comprada probablemente en una tienda de cosas de segunda mano.

“¡La tía no se cae!, ¡qué destreza compadre!” proclama a los cuatro vientos la gigantesca bamba del negro “*Chamán*”, con cara de palomilla “*Chinchano*”.

El sonido del freno en seco golpeando el resbaloso piso, los pasos suaves y la mirada transparente de un par de satisfechos y orgullosos ojos rasgados, enmarcados en blancos cabellos y una silueta encorvada, nos permiten identificar a *Shimizu San*, la abuelita *u obaachan* (como la llaman ellos) más veterana de la empresa *Yto Kogyo*, fabricante de autopartes para la Toyota.

Su frágil figura y su rostro sirven de telón de fondo a mi imaginación sobre el pasado presentado en crónicas de la postguerra. Sólo mi cuerpo está aquí, mi mente ha volado a su juventud, teniendo como fondo sus propias palabras,

y aquel inolvidable mediodía en que empalagó nuestros labios con *Kaki* (aquella deliciosa fruta japonesa) cultivada en su propio huerto.

“Comíamos hasta gorriones y saltamontes... ¿ciudades?, no había ciudades, sólo escombros calcinados y la promesa que nos hicimos...de levantar todo con nuestras propias manos...aun sin dormir y con los pulmones que nos reventaban”

En ese momento Maeda, el Colorado y Gordinflón, profesor trujillano, me trae al presente cuando comenta con su acento norteño *“Muchachos, ¿ustedes saben que ellos hicieron del Japón lo que es ahora?”*

“¡Lo hicieron y lo hacen profe!”, respondo emocionado, pues seguro hoy como entonces se coloca su mandil y sin perder un minuto enciende su máquina de empaquetado de bujías, programándola con el increíble desplazamiento de unos reumáticos dedos sobre los caracteres chinos en los botones.

“¿Se imaginan?”... si en el otro lado del mundo supieran que su pieza Toyota original ha sido embolsada por una viejita como esa” concluye *“Goto”*, con un guiño y un gesto de afirmación que le bajan las gafas.

“¡Shigoto!, ¡Shigoto!” (¡A trabajar!, ¡A trabajar!”, resuena tras de mis hombros, la voz de mando del supervisor Narahashi san, que *“casualmente”* ha rozado con sus botas un depósito de petróleo al encender una máquina, empujándonos cual mano invisible hacia nuestros aparatos de lucha blandiendo martillos, alicates y guantes al ritmo de la misma melodía matutina de siempre, cantando a los héroes anónimos y *“al amor al trabajo*

por un nuevo mañana... de muito dinheiro e mulheres” como complementaria Ishikawa.

“Será un largo día de mierda, de 12 horas, pero no lo sentiré con la tía al costado” Musita cual oración a Sarita Colonia *“Chacalón”*, mientras agita su negra y lacia cabellera descubierta. Todos sabemos que más que fuerza física, necesitamos mantener la moral y un ánimo positivo frente al futuro.

Estar arriesgando la vida, exponerse a una mutilación o quemadura lejos de los tuyos o pensar que no todo anda bien allá al otro lado del océano, porque el gobierno *“sinceró la economía”* o porque como le ocurrió a *“Goto”*, la mujer se acuesta *“con otro”* y le premia con el sudor y las amanecidas del marido en la distancia y si añadimos a ello los traumas y fobias de otro medio ambiente cultural, tenemos una combinación que muchas veces jode internamente y perturba el trabajo, además de la monotonía rutinaria de piezas que caen del horno al rojo vivo cada dos segundos, para que las moldees sin parar con tu martillo y alicate; los malos tratos de algunos japoneses extrañados de que la mayoría de *“nikkei”* peruanos con los mismos rasgos orientales no hable su lengua y sólo algunos lo hagan imperfectamente y sin dejo agregándose a ello que el punto débil de la mayoría de estos pocos *“intelectuales”* está en las manos, quienes quizás entendemos el lenguaje de las palabras; pero a quienes nos falta la experiencia y la aptitud debida.

Irónicamente ahora nuestro orgullo nacional se sustenta en la habilidad de los que fueron obreros o técnicos en Perú, quienes superan a veces a los mismos japoneses.

A nuestros jefes, les interesa más tu habilidad con las manos y si eligieran entre un hábil trabajador extranjero 100% y uno de sus descendientes puro racialmente, pero manco, seguro que optarían por el primero.

Aquí adentro no diferenciamos el invierno del verano, ni el día de la noche, siempre los mismos altos muros grises, el penetrante olor a aluminio y acero fundido de los hornos de cada máquina, las temperaturas de más de 50 grados en el ambiente, los charcos de lodo petróleo derramado así como los residuos metálicos acumulados en todo el piso... algo deprimente y que te puede enloquecer imperceptiblemente ante tus propios ojos.

Como sucedió con *Nakata*, el empresario que llegó endeudado y con muchas esperanzas, pero que seguro nunca se recuperó; porque fue regresado al Perú, por llorar inconsolablemente mirando desesperadamente por la ventana cada salida del sol y subir a la camioneta de transporte del personal como si lo estuvieran llevando a la silla eléctrica.

“¡Algún día seremos libres y ricos en el Perú, Nishi!” pronuncia cual proclama desde su máquina Carlos, pero mirando sus ojos color cielo y sus veinte años me *pregunto “¿realmente seremos libres?, ¿de quién depende esa libertad?, ¿ser libre es trabajar poco o no hacerlo?, ¿no es éste un estado de la mente?, ¿acaso los japoneses nunca serán libres o son libres a su manera?”*.

Dos años después, el tiempo ha pasado como las hojas de cerezo que se llevó el viento. Mis pasos vagabundos han recorrido gran parte de la isla mayor llamada *Honshu* y ahora por designios del destino me hallo muy lejos de aquella ciudad y de todo compatriota. El rostro festivo del negro *“Chamán”*

se me viene melancólicamente a la memoria con su blanca sonrisa y los ojos vivaces que a sus cuarenta y pico de años le hacían aparecer como un chiquillo. “*Socio, daría cualquier cosa por saborear una pachamanca, un ceviche o sino, una mujer peruana*”.

Vuelvo a la realidad, estoy en la estación ferroviaria de *Kita Suzaka*, prefectura de *Nagano* y son las 7:30 am. Espero abordar el tren.

Es otro duro invierno y la nieve vistió todo de blanco otra vez. Hombres y mujeres llegan lentamente en largas y ordenadas filas como pingüinos evitando resbalar.

De pronto una silueta muy familiar para mí, esta vez sin bicicleta e impulsando su humanidad en una silla de ruedas se acerca a la plataforma de ascenso y sintiendo una quemazón en el corazón, corro emocionado a ayudarla, como lo hubiera hecho cualquiera que la conocía tanto como nosotros, pero caigo en la traicionera nieve, recuperando el impulso me pongo de nuevo en pie para continuar a paso ligero evitando esta vez el resbaloso hielo seco y sin importarme los convencionalismos formales alzó la voz para pronunciar su nombre: “*¡Shimizu San*”, “*¡Shimizu San!*” (¡Señora Shimizu, señora Shimizu!) y entonces contempló emocionado la misma mirada de los ojos rasgados conjugando satisfacción y serenidad.

“*Shimizu san, hisashiburi desu, mada gambaru ne?*” (Señora Shimizu, es un placer volverla a ver, realmente está bien conservada...). Entonces ella respondió con la frase clave para entender a un octogenario joven de espíritu. “*Kokoro wa itsumo wakai cara sa...*” (porque, mi corazón es y será siempre joven).

Ésa fue la última vez que la vi, charlamos demasiado sobre el pasado común en la planta que unió nuestras vidas por un tiempo. Especialmente porque ella recordó el lado bueno: las anécdotas vividas y al final, luego de perder cuatro trenes. Atinó a comentar con voz maternal:

“¿Sabes muchacho? La conclusión a la que llegué es de que los japoneses somos algo duros y demasiado exigentes, ustedes brasileños y peruanos algo relajados y demasiado alegres... pero las máquinas nos soportaron a todos y gracias a ellas todos vivimos y pudimos avanzar un poquito ¿no?”.

La nieve, color de sus cabellos, había empezado a caer otra vez y su sonrisa eterna se quebró en algunas lágrimas que me contagiaron.

“Anata no densha desu Shimizu sama” (Su tren... señora Shimizu) murmuré al tiempo que un joven japonés me ayudó a impulsarla a la puerta abierta del vagón más cercano. .

Su diestra mano agitando el viento y aquel eterno corazón joven reflejado en un gesto de alegría, son los mudos recuerdos del último *“sayonara”*. Aquel invierno anónimo perdí el premio a la puntualidad y enfrenté con la misma mirada de comprensión de esa parte de ella que mora desde entonces en mi alma, la dura reprimenda de aquel lunático jefe de sección... pero esa es otra historia.



*Por que mi **C**orazón es y será **S**iempre **J**oven*

ALGO MÁS QUE AMISTAD (AI NO COTO DAKE)

*“Flor pálida de sakura,
Misteriosa Mariposa primaveral
la luz de tus ojos brilla en mis sueños,
como el sol naciente
cuando se refleja en el océano al alba...”*

Era la última vez que vería su hermosa cabellera de color bambú, la geisha ataviada con uniforme azul de fábrica estaría allí, turbando algo más que sus sentidos y su corazón.

El frío de la tarde invernal recorría su cuerpo, sin embargo un calor interno y extraño quemaba en su alma. Recuerdo aún su voz grave e ingenua mencionándolo en nuestra última tertulia al ritmo de salsa, soledad y sabor de cerveza *Kirin*: *“Sabes nisan, era la conjugación más extraña de sentimientos y sensaciones al atardecer”*.

Los letreros de la *Cassio Company*, se encendían ya y los últimos cuervos se alejaban croando a sus refugios, mientras él tenía la sensación de haberse auto condenado a la pena máxima de la burla, pensó que quizás no hubiese sido necesario venir, pero ya estaba allí con toda su humanidad reflejada en una mirada de desconcierto, pero a la vez de tenacidad.

Ella venía ya acompañada por un grupo de supervisores y obreros, mientras que en el aire flotaba el inconfundible olor de su recatado perfume de loto.

En ese preciso instante, la bicicleta se le ladeó un poco, porque las piernas le flaquearon, pero simultáneamente tomó aire profundamente y sus ojos se inyectaron de un valor imaginario.

Pensaba en español, mientras en su corazón confluían extraños torrentes intentando hilvanar sentimientos en japonés.

Era la dualidad perfecta entrando en contradicción en la penumbra de su alma mestiza al anochecer.

Sabía que tenían la misma raíz nipona, que era tan humano como ellos, que aquí era sólo un *dekasegui* (trabajador temporal) por necesidad y que no moriría, sin embargo se sentía como un pez que intenta salir de la pecera.

Las voces en japonés se fueron definiendo en figuras femeninas y masculinas de diversas edades que él conocía muy bien. Al llegar el grupo intentó actuar con la ceremoniosidad del *Samurai* de la serie de la TV, figura que siempre soñó encarnar teatralmente y tal como lo había aprendido, quizás en forma no muy fiel de sus ancestros, sonrió y gesticuló con la cortesía y afabilidad excesiva que lo caracterizaron; luego se dirigió resueltamente a ella, quien contagiada del sentimiento quiso expresar algo más de lo que permitían las circunstancias aparentes y el cuerpo.

Se olvidaron entonces de todos por un instante, entrelazaron sus manos y él pudorosa o “*cojudamente*” como comentaría un latino puro, le dio el último beso en una mejilla, pero las manos de ella no quisieron soltar las suyas hasta que una carcajada y una palabra obscena en japonés los trajeron otra vez a la

realidad, entonces sacó del bolsillo aquel presente que probablemente nadie sabría nunca qué era y lo colocó entre sus manos.

Ella, le dijo en inglés algo que sólo él entendió, y respondió en la misma lengua, y venciendo su timidez extrema, pero procurando grabar las palabras en el corazón él añadió “*Kimico Chan... sayonara aisteru*” (Kimikita adiós, te amo). Ella, permaneció estática y con aquella sonrisa de ingenuidad y dulzura oriental (que a veces nos hace sentir la auto identificación con alguna pequeña y bonita mascota), hasta que uno de los curtidos *oyisan*, compañero de las cotidianas jornadas del círculo de calidad, la tomó por la cintura y con una carcajada indescifrable, porque él nunca entendió ni comprendió completamente el lenguaje de las formas y entre en broma y en serio dijo en japonés “*Ella es mi novia*”, completado con el gutural inglés “*mai girlfriend*” (my girlfriend) “*mimna no girlfriend*” (la mujer de todos). El espíritu de pertenencia al equipo se estaba cerrando como la ostra que encierra su perla y se hunde para siempre en el fondo marino.

Él, sólo atinó a morderse el corazón para sonreír irónicamente y despedirse del grupo con un “*mimna san sayonara, guenki desune*” (adiós a todos y mis mejores deseos). En respuesta recibió algunas risillas y frases que le malinterpretaban, unos se acercaron para abrazarle y otros simplemente le miraron de lejos con respeto y simpatía. Sabían que el extraño “*Perú-Nihon*” (peruano - japonés), era más que obrero en su país, hablaba en varias lenguas y había sido uno de los líderes de sección por un tiempo, pero conocían también que cometió el error de enamorarse de una supervisora de línea, por quien sentía algo más que simpatía aquel viejo *cacaricho* (gerente).

Finalmente, la blanca y delicada figura femenina se elevó como si la impulsara la cresta de una ola humana. Lo último que pudo ver fue esa suave mano color nieve agitando el viento.

El sabor frío de aquel invierno y la mirada del adiós rasgando su alma, son las únicas imágenes de ella viviendo en sus sueños y por eso a veces se pone melancólico en las nubladas tardes limeñas o cuando contempla la salida de la media luna y recuerda que alguna vez al otro lado del Pacífico el año de 1993, derramó algunas lágrimas, bebió *biru* (cerveza) y cantó con sus leales camaradas del círculo en aquel Karaoke atendido por filipinas incontables melodías que hablan de separaciones, sueños y desilusiones hasta que el nuevo sol naciente apareció otra vez en el horizonte y decidió dejar el pueblo en una mañana fría sin nombre, continuando su jornada errante en el país de los ancestros, durante aquel año de la rata.



Algo más que Amistad

HOTEL CÁPSULA... HOTEL CEMENTERIO

(CAPSURE HOTERU)

*“Una selva de cemento y el alma siempre cálida,
unos cuántos pasos, la firmeza de un par de ojos
adormecidos al amanecer
y una sonrisa de miradas hambrientas
desean compartir un momento
en esos sus corazones llenos de silencio y soledad”*

La noche está fría en las luminosas calles de la periferia de Tokio, el viento sopla con fuerza. Presagiando quizás el paso de un tifón mientras en la vía de acceso al puerto, un letrero se enciende y se apaga, dándole a la noche una apariencia de fiesta navideña próxima. En caracteres japoneses y occidentales mezclados se lee “*CAPSURE HOTERU... OPEN, WELCOME*”, (Hotel Cápsula... abierto, bienvenidos).

Pasos van y vienen por las aceras. La estrechísima puerta se ha abierto al detectar el sensor, mi casi voluminosa presencia en el umbral al mismo tiempo una campanilla electrónica suena y se activa un agradable sonido de recepción.

Frente al mostrador un joven japonés, con apariencia de sufrido, provinciano o marginado, ganándose la vida trasnochando se pasa rápido las manos por los ojos y contiene un bostezo con su mano para luego haciendo gala de toda la ceremoniosidad y cortesía propias del país de los cerezos saludar con reverencias, una sonrisa demasiado amable para ser verdadera y

movimientos de cabeza asintiendo excesivamente (al ritmo de lo que podríamos traducir con un “*si, si, si señor*”). Pasa enseguida a explicarnos sobre el servicio que ofrece este tipo de alojamiento, al que entró por primera vez en mi vida “*o mais pequeno hotel neste mundo, ya verá você*” suena aún como un eco lejano que se quedó en la Isla de *Miyaquejima*, la voz de *Joao, el brasileiro*.

“*No hay alternativa, son las 12 de la noche, un hotel normal cuesta \$ 100 como mínimo y estoy cansado*”, me digo a mí mismo; mientras el japonés, adivinando mi pensamiento y utilizando una hábil estrategia negociadora me dice enfatizando sus palabras con las manos “*nisen gojiaku en dake desu*” (son sólo dos mil quinientos yenes, casi veinte dólares), como un autómatas abro la billetera, sacó los dos billetes azules y la moneda con la flor de crisantemo grabada, colocándoselas sobre el mostrador.

Acabo de entrar a un hotel miniatura o, específicamente a un hotel “*cementerio*”, como lo denominan los latinos en Japón. Al frente, compartiendo el ambiente y su humildad, sentados en una salita pequeña observando un programa del campeonato de luchadores sumo en un televisor de segunda o de pronto de “*Gomi*” (lujoso basural japonés), un aparente nativo del país junto a otro huésped de aparentes rasgos filipinos o tailandeses fuman y gesticulan animadamente comentando sobre el luchador que ha salido del círculo y perdido la pelea.

“*Señor, disculpe, su cuarto es en el sexto piso y en el sexto nivel, ¿tiene equipaje? Ésta es la llave de su caja de seguridad, allí guarde todo lo que desee por favor*”, y el idioma japonés me trae otra vez a la realidad.

Respondo, en la misma lengua agradeciéndole y preguntándole por la ubicación de aquella bendita caja de seguridad “*roca*” (del inglés locker o caja con llave), su mano se extiende recta señalando hacia un estrecho pasadizo al frente; pero algo me detiene, miro al piso y veo el desnivel, oh Dios, debo cumplir con el ritual de entrada de siempre.

Desamarro mis zapatos, sosteniéndome en el estante donde se guardan zapatos de todas las marcas y colores, viejos y nuevos.

Sintiendo las disimuladas miradas, de los asiáticos del frente y en forma aparentemente experta coloco los zapatos en el casillero coincidente con el número de la llave del “*roca*” que me han dado, calzando inmediatamente las sandalias correspondientes.

En ese instante la campanilla vuelve a sonar, aspiro involuntariamente un suave perfume y una dulce vocecilla femenina saludando, me hace voltear de reojo y ver una muchacha envuelta en un grueso abrigo de piel de castor y con una gorra de visera en la frente, cargando un pesado equipaje, quizás una de las escasas damas que concurren a este tipo de alojamientos, probablemente una universitaria provinciana de paso por Tokio.

Veo mis manos y me doy cuenta que me han entregado una bolsita en el mostrador, la abro con curiosidad, son dos toallas una *yutaka* (especie de ropa de *Samurai* que sirve como pijama) y un jabón, es tiempo de seguir el ritual colectivo antes de entrar al cuarto a dormir. Bajo por una escalera y frente a mí, se hallan dos cortinas, una con el símbolo kamlli (escritura japonesa de origen chino) de hombre y otra con el símbolo de mujer.

Un latino distraído que se metió por equivocación al *Ofuro* (baño común de las féminas porque no había entendido el símbolo, sale abochornado y trata de disimular su mirada pícaro frente a los rostros severos de los hombres japoneses, luego decide volver a la sala de entrada para esperar seguro que todos se vayan para que él pueda entrar. Aún se sienten los ecos de los gritos escandalizados de estilizadas vocecillas femeninas, justo en ese momento llega la chica del gorro, con el cabello suelto y su *yutaka*, se ve realmente hermosa, Es tiempo de entrar y la cola avanza, entramos cinco y salen cinco del anhelado ofuro.

Me mira de lejos y yo también, cómo desearía dominar el arte de la telepatía para decirle lo hermosa que es... de pronto un anciano sonriente me dice “*hermano avanza... la chica es hermosa ¿no?, pero es nuestro turno*”; sólo atinó a responder en el idioma de los ancestros con un “*hai oyichan...*” (*si abuelito*), cuántas desilusiones y vagas esperanzas inundan mi alma, y mi corazón solitario procura aún hallar un norte femenino en la tierra de mis ancestros nipones.

Mis pasos avanzan y entramos al vestidor, donde realizamos un informal ritual colectivo de *strip tease* masculino, luego somos un grupo de hombres en cueros avanzando en fila india.

¿El baño colectivo de la muerte en un campo de concentración?... No, acabo de entrar, como ya es costumbre desde que llegué a este país, al “*ofuro*”, una especie de baño grupal, donde todos nos miramos de cuerpo entero. A mi derecha un abuelo que se afeita y conversa animadamente con otro que tiene el cuerpo totalmente tatuado con figuras de dragones, flores y serpientes: Un *yakuza* o mafioso; siento un ligero escalofrío. Más allá un joven que sonrío

mirándose vanidosamente sus partes nobles frente al espejo, comparándolas de reojo con las de los otros, y en la poza de agua hirviente a 100 grados centígrados un personaje barbudo y calvo que parece retorcerse de placer relajamiento procurando evadir el mundo que le rodea, pronunciando a cada instante la frase “*¡ah, ah!, qué bien se siente.... qué bien se siente!*”, seguro que está a punto de terminar, porque para entrar al pozo del placer primero tienes que bañarte, esa es la norma no escrita.

“*¿El hermanito es nikkei de Brasil?... ¿brasileño?*” y me estremezco un poco al notar que el pintado me dirige la palabra animadamente, mientras se restriega la espalda con la toalla de cuerpo que sostienen sus dos manos.

“*No, soy peruano hermano*”, entonces él parece asustarse, pero sonrío y luego me pregunta si traje un poco de cocaína o si conocí a algún terrorista le respondo en tono de broma que yo soy un jefe terrorista y le pregunto qué le parece. “*Boku wa terrorista gurupu no sacho dodesuka?*” Me mira entre aterrorizado y confundido y luego le digo que es una broma con una carcajada ruidosa al ver su rostro totalmente desencajado como el de una ardilla a punto de ser devorada por un depredador.

El diálogo se ha iniciado y los rostros de tres o cuatro rodeándome y preguntando me hacen sentir una celebridad acosada para firmar autógrafos en esta especie de centro nudista.

“*Todos los latinos tienen los testículos grandes como los míos ¿no?*” pregunta el joven mirando de reojo.

“*La otra vez vi una mujer peruana, que creo se presenta al Congreso con su trasero enorme pintado con el número 13... nuestras mujeres lo tienen*

pequeñito y también sus pechos”, Es el abuelo que sonríe y dibuja con sus manos dos cuerpos de mujer en el aire.

“¿Peruano?... Perú... sí, hace mucho tiempo lo recuerdo, mi tío salió de casa, sólo llevaba una pequeña y vieja maleta de mano. Se despidió, dijo que volvería... mamá lloraba, porque se iba su único hermano menor, y yo también. Dijo que se iba para ser rico y para que no comiésemos sólo saltamontes y arroz, que nos enviaría dinero... cuando me abraza por última vez a sus piernas mojándole el pantalón con mis lágrimas, dijo que regresaría pronto.”

Era el barbudo de la tinaja, quien volvía a la realidad y dejaba su aislamiento para integrarse al grupo con una mirada de su pasado infantil otra vez.

Cuando los otros cuatro entramos a la tina ardiente, él todavía seguía allí por curiosidad y por querer continuar participando.

Aquellas dos horas me parecieron el baño más largo que tuve en mi vida y se hubiese prolongado por toda la noche quizás si no fuese porque entraron otros usuarios del servicio.

“Hoy ni mañana podré volver a casa, me quedaré aquí en Tokio... no hay elección, trabajo es trabajo ¿no?” parecía quejarse el abuelo, mientras notábamos que al levantarse, exprimiendo su toalla corporal sus testículos se reducían al tamaño de un frijol.

“Abuelo, pero, tú volverás a casa, mira al hermano, él no ve su casa por años ¿no es así peruano?, y yo que no tengo a nadie y vivo, porque vivo...” era el joven filosofando y sonriendo, mientras terminábamos de secarnos y

colocarnos *yutaka* y sandalias. Luego todos nos dirigimos en grupo hacia el ascensor para enrumbar al sexto piso donde nos ubicaron.

La máquina se detiene en el tercer piso y un personaje canoso y muy alto entra susurrando al detectar mi presencia “*extranjeros, todos malos y peligrosos*”.

Cuidado, él entiende el idioma...y es *nikkei*”, es la respuesta del barbudo enervando sus cejas y sonriendo el aludido se pone rojo como un tomate y sólo atinó a agachar la mirada, esperando que el ascensor llegue lo más pronto posible a su destino.

Al llegar a nuestro piso, el primero en bajar y alejarse a paso de liebre fue aquel cretino, los demás lo siguieron despidiéndose amablemente. Quise permanecer un rato en la salita de estar, mientras revisaba el *Japan Times* del día, acomodándome en el sofá.

“*¿Entiendes el inglés no peruano? Qué buena cabeza; pero sabes, es mi aniversario... ¿me acompañas?...*” Era el de la cabeza rapada que junto al yakuza se acercaban con una botella de whisky, tres vasos descartables y una bolsa de hielo para brindar.

“*Hermanos, son muy amables... les agradezco*” (hay circunstancias en la vida en las que no puedes decir no, bajo riesgo que te malinterpreten).

“*Ese idioma... Lo detesto, creo que el hermano sólo debería hablar japonés en el Japón ¿no?*”, es toda la sinceridad del yakuza, expresado en un gesto de desprecio y quizás rencor hacia todo lo que provenga de las tierras del tío Sam, quizás recordando además de Hiroshima y Nagasaki las terribles

crónicas de destrucción, escombros y los efectos que causaban las bombas incendiarias en los barrios matando miles de hombres, mujeres y niños, así como el trato abusivo a los civiles, particularmente las violaciones de niñas y sus asesinatos durante la ocupación, crímenes que se han proyectado hasta los tiempos actuales cerca de las bases norteamericanas que quedan hasta ahora, puedo entonces comprender ese rechazo al inglés, entonces le respondo diciendo:

“Realmente no puedo leer todos los dos o tres mil caracteres kamllis chinos que se usan, pero nuestro idioma el japonés es uno de los mejores, por eso mismo es difícil... pero a mí tampoco me gusta la cultura americana solo leo las noticias por necesidad, además soy nikkei y se lo que los yanquis hicieron y hacen hasta ahora aquí en nuestra tierra hermano” es lo que se me ocurre decir con firmeza y empatía en ese momento.

“Oigan, olvidémonos de los americanos... es mi cumpleaños y me siento contento, porque estás aquí tú, alguien que es parte de este país y del otro adonde se fue mi tío... el Perú está aquí compartiendo con nosotros” es el barbudo que ha destapado la botella y empieza a servirnos colocando un poco de hielo en cada vaso, la etiqueta del whisky dice *Suntory*, hecho desde 1947 en el Japón.

La noche ha avanzado y parece que recién empiezo a sentir los mareos de alta mar, hemos conversado de todos los temas, desde el emperador y los *“estúpidos”* que se mataban antes a su nombre” hasta la vida en el Perú, sus carencias y placeres y la soledad en Tokio.

“Ah, qué sueño, peruano, pero esto no se queda así, hay mucho de qué hablar todavía” es *Watanabe San*, el de la cabeza reluciente quien parece

tirar la toalla en sus continuas preguntas sobre los Andes, los incas, los terroristas y las mujeres de voluminosas formas.

“Señores, mañana tengo mucho trabajo, el jefe nos envía a vigilar la venta de las tarjetas telefónicas mágicas (adulteradas)... saben, a veces los iraníes nos roban y no nos dan las cuentas exactas, después debo supervisar la llegada de diez nuevas chicas de Tailandia, eso sí que será placentero, pero de todas maneras paso por hoy” explica con un bostezo que estiran la cabeza de la serpiente y la flor roja grabadas hasta el comienzo del cuello del pintado.

Todos nos levantamos entonces y con la reverencia habitual nos decimos buenas noches, pero nos dirigimos hacia el mismo cuarto...

La gigantesca habitación madre está casi a oscuras, alguien que sale a miccionar baja por la escalera de su “nicho” y se cruza con nosotros. Me pongo a contar los mini cuartos son 18 a un lado y 18 al otro (6 verticales y 3 horizontales).

“A mí me toca en el cuarto piso allá arriba, qué alto...” y el yakuza sube por su escalera.

“Qué suerte la mía, estoy en el segundo nivel...” dice el pelado, mientras avanza rápido y se mete a su casillero de 2,50 metros de largo por 1 de ancho y 1,50 de altura.

Miro mi ticket en la penumbra y veo que me tocó en el último piso, cuatro casilleros encima de *Watanabe*, subo lentamente, abro la cortina y prendo mi luz es como si mi deseo de sentirme alguna vez como un difunto se hiciera realidad en esos momentos.

La cama está muy bien arreglada, hasta hay un televisor y una radio, pero sólo puedo estar sentado o echado sin moverme, pero compruebo que realmente está diseñado para ser muy cómodo y placentero.

En ese momento se me viene a la memoria el fino rostro y el talle sensual de la muchacha, pero el deseo voyerista se esfuma cuando siento el concierto de ronquidos y me contagio de ellos, pensando que no debo alterar la paz de este sepulcro, donde todos merecemos el respeto por una noche, mientras nuestras almas vagan en diversos sueños en blanco y negro o a color ... o quizás pueda reencarnarme y tener los deseos más exóticos y lujuriosos en mi otra vida que empieza cuando me libero de este cuerpo.



Hotel Cápsula

ABOGADO DE EXTRANJERO

*“No me muestres como un enemigo en apariencia
muéstrame como un amigo en potencia
Oh Señor, transforma mi pesimismo en optimismo
mi temor irracional en valor racional”*

Habían salido de la oficina prefectural del Ministerio de Trabajo en Nagano Ken, con las más amplias sonrisas de triunfo, mientras los representantes laborales de la empresa contratista sólo atinaban a titubear y aceptar la orden que el funcionario redactaba en un acta. Aquel hombre de leyes no podía creerlo, *el gaijin* (extranjero), también sabía mucho de derechos y códigos como él.

Su mirada se perdió un instante en el vacío para recordar la última y patética imagen de la supervisora de aquella empresa que habían o había logrado derrotar aquel personaje misterioso caminando a su diestra.

“Por favor señor Sato, reflexione y vuelva a trabajar con nosotros... sabe, ha habido un malentendido y usted es muy importante para nosotros, por favor” dijo en tono susurrante de plegaria acercando su atractiva figura la funcionaria de enlace del *Kogyo* (empresa), como tratando de cambiar su mueca de incredulidad y rabia por una falsa sonrisa coqueta.

El silencio fue la única respuesta de aquel *brasileño* desgarbado y prematuramente sin cabello.

Él como abogado, sólo atinó a decir: "*Lo siento señorita, el problema ya ha sido resuelto por los señores funcionarios, le ruego no molestar a mi patrocinado*".

"*Algo más que agregar sobre este caso?... ¿no le quedó claro a la empresa que debe indemnizar al señor Sato por haberlo despedido siendo un trabajador productivo y sin mediar motivo alguno?*" preguntó en tono serio y frío el funcionario del ministerio de trabajo

Entonces ella, seguida por *Marcio Ishi*, funcionario de la misma empresa y compatriota del que ella y los gerentes habían considerado como insignificante y tímido lentudo, incapaz de asumir su defensa, se levantó con el gesto fruncido semejante al de una "*poseída por el diablo*" y se retiró señalando que su empresa cumpliría con la indemnización lo más pronto posible, de acuerdo a la ley japonesa.

Marcio, con su gesto de predicador evangélico alcanzó a guiñar y sonreír disimuladamente a su compatriota.

En la noche de ese extraño día, el joven letrado alejado ya de todo aquello y reunido con sus colegas en aquel Karaoke, al ritmo de sus melodías preferidas y soportando la excesiva sensualidad de aquellas empalagosas filipinas que rozaban sus senos y piernas con su cuerpo, comenzó a comentar que era la primera vez en su vida que era testigo de una brillante defensa por parte de un extranjero *nikkei*.

“No sabes que los nikkei tienen nuestra sangre, ¿qué te asombra Shiguera?”, le espetó *Konishi San*, el más veterano del grupo, mientras proponía un brindis, reflejando el brillo de su cabeza rapada en el vaso.

“Es que él no es puro, es mestizo, hijo de japonesa y de extranjero. Probablemente un indio, su rostro es muy oscuro para ser nikkei” en ese momento todos se echaron a reír y a continuar burlescamente con la descripción *“tiene colmillos pronunciados y las orejas muy largas”* dijo uno, otro agregó *“tiene el cabello rubio también”*. Mientras sus carcajadas invadían todo el recinto.

“No... no tiene cabello, habla casi perfectamente nuestra lengua, además del portugués, el español y el inglés, además es muy tímido con las mujeres, pero su dominio de las leyes y su retórica son admirables”, entonces observo las profundidades de su copa de whisky, como si comenzara a sumergirse en ella mentalmente o como si se tratara de la bola de cristal de una adivina que procura ver el futuro.

Empezó a recordarlo todo, desde que comenzó a curiosear lo que sucedía en la sala de audiencias, pensando que se trataba de algún filipino o tailandés ilegal que necesitaría de sus servicios como abogado de oficio en la oficina de asuntos laborales, hasta que uno de los funcionarios le pidió que lo asesorase, porque, aunque hablaba perfectamente el idioma como japonés nativo no leía perfectamente los caracteres *Kanji* (escritura china).

“¿Y qué pruebas tienen las partes para probar lo que afirman?” dijo el juez en tono duro.

“Señores, soy Sergio Sato Pérez y asumo mi propia defensa, y éste es mi testimonio, las pruebas de mi despido corren a cargo del empleador, allí al frente”.

La mujer de cabellos rubios y ojos rasgados y el flacucho acompañante, sólo atinaron a sonreír.

“Señor funcionario, el señor Sato no entiende mucho nuestra cultura y creo... creo que necesita de apoyo psicológico, creo que ha malentendido lo que queríamos decir...”

El inspector japonés habló mientras se bajaban sus lentes y dejaba traslucir su mirada *“A ver veamos el expediente de trabajo... habla perfectamente el idioma, les sirvió como traductor y aquí dice que es muy colaborador y laborioso... ¿tiene algún problema mental o ser calvo es para Ud., lo que tiene de malo? ¿por qué dice que necesita un médico señorita?”.*

Sergio, recordó entonces que cuando tuvo que cerrar su bufete de abogado en *Sao Paulo*, no había muchos clientes... Collor de Mello había jodido al país, pero al escuchar a la japonesa supo que ella tenía algo de razón. Él huía de algo más que eso... quizás de sí mismo, se había cansado de ser el torpe y el objeto de la chacota.

Aquel que sólo conseguía una garota (chica) en un burdel por cinco minutos, el tímido encerrado entre cuatro paredes y quizás debía buscar al otro lado del Pacífico gente como él: académicos de laboratorio, sabios inteligentísimos y muy respetuosos, que fabricaban disciplinadamente robots y producían un invento cada cinco minutos.

“Allá en Nihon es diferente... ellos miraran lo que tienes aquí y aquí”, le dijo tocándole la cabeza casi rapada y el pecho, su madre los días que llegaba ebrio a casa y se acostaba pensando en la cercanía del viaje.

“Si, me iré y volveré acompañado por una de esas recatadas damas del sol naciente” se dijo alguna vez, pero hoy mirando a la traductora y viendo lo que sucedía comprobó que se había equivocado.

Se preguntaba golpeándose con el pensamiento dónde estaban el respeto, la honra, la solidaridad que siempre le habían enseñado como padre nuestro idealizando tanto al país de sus ancestros.

“Oiga Ud. yo lo hallo normal, ¿qué hizo en la empresa... , se desnudó o habla incoherencias?”, era el funcionario mediador, interviniendo otra vez.

“No, Ud. no lo entendería” dijo ella... poniéndose roja... él, este... ” y ella comenzó a titubear.

Sergio, se arriesgó entonces a intervenir, pensando muy dentro de sí que la verdad la iban a saber tarde o temprano.

“Señor, yo estaba enamorado de una supervisora de operaciones... la semana pasada la encontré haciendo el amor con el gerente de operaciones de planta, en su automóvil... ¿sabe?, yo paseaba por las afueras de la ciudad con mi bicicleta y los encontré y solo hui, pero Ud. es la primera persona que se entera, no se lo dije a nadie más; y, aun así lo hubiese gritado a los cuatro vientos no sería una causa legal para mi despido, y Ud. lo ve en mi legajo, que es el único medio probatorio, ya que la declaración propia no tiene sustento sin ese medio”.

Y otra vez Sergio, se veía como un estúpido escribiéndole versos románticos a aquella puta que comenzó a buscarlo cuando apenas llegó a aquella planta hace nueve meses, procedente de *Nagoya*, y se sujetó la cabeza con las dos manos como queriendo sacársela de raíz; pero quizás ella lo había hecho bajo presión, además él no le había declarado su amor todavía.

“¿Te pasa algo?... es doloroso ser despedido sin razón ¿no?”, dijo el abogado mientras le palmeaba el hombro.

El funcionario definitivamente había cambiado de rostro y miraba seriamente a la representante de la empresa.

“No entiende porqué lo sacaron... no hay razón alguna... no hay pruebas de nada, no cometió falta alguna y ver a un hombre y una mujer juntos no será honorable para algunos, pero es permisible legalmente cuando uno no tiene la culpa y la pareja no ha guardado la reserva del caso”.

“No señor, él... no ha comprendido, no lo hemos... despedido... se ha apresurado a venir hasta aquí”, dijo la alcahueta del gerente intentando ganarse con una sonrisa al mediador.

“¿Ud. Vino antes que lo despidieran?, ¡Claro que no señor!, en éste texto redactado por la propia empresa dice ‘despedido’, pero no hay motivo alguno que lo justifique más que aquel relato de manga donde el jefe aparece desnudo con la subalterna. Eso no es motivo válido”.

“Señor funcionario, la empresa le da... la bienvenida nuevamente y solucionamos el problema definitivamente”, dijo por última vez la mujer en tono de súplica.

“Bueno, es una fórmula conciliatoria muy buena, pero creo que le deben algo más que eso... yo como ser humano, como si fuese nuestro hermano nikkei, lo sentiría así, pero depende de él”.

“Sato San, acepta la fórmula o no?”, fue lo que Shigueru Nakayama le dijo como abogado defensor, *“personalmente creo que no sería ventajoso en lo económico y no recibiría compensación alguna, por otro lado la carga sentimental no es buena”.*

Sergio, recordó aquella tarde del anterior verano, cuando él estaba concentrado en su soledad y el trabajo y escuchó aquella vocecilla de ángel tentador a sus espaldas.

“Eh... Ud. es brasileño ¿no?, ¿sabe? yo trabajo allí al frente y me encargo de supervisar la calidad de nuestros productos, me han dicho que Ud. es el que mejor entiende nuestro idioma y que nos ha ayudado en la enseñanza del programa de computadoras que revisa la calidad... Yuki San, a sus órdenes”.

Desde ése momento siempre comenzó a buscarlo al caer la tarde y pedirle que le tradujese del inglés al japonés algunos textos de canciones de *Rod Stewart* o de *Las Águilas* y él se veía tan inspirado que le escribía poemas espontáneamente; observando aquella piel tan blanca, los ojos de muñeca de porcelana y su hermoso cabello largo que le llegaba a la cintura.

En una de esas tardes y como jugando ella le siguió al comedor y entre las burlas de sus compatriotas brasileños y los propios japoneses, se sentó en la misma mesa del comedor y comenzó a frotar sus piernas con las de él, fue un enorme impacto emocional y cultural, pues sabía que las mujeres en Japón eran sumamente recatadas (otro mito que se quebraba). A partir de entonces ella le sirvió el té y le trajo el menú, como si fuese su mujer.

Aunque no se declaraban nada, para él, le bastaba mirarla y tenerla al frente, pero siempre dudaba cuando ella le frotaba las piernas delante de todos y luego se negaba a salir con él a pasear en un lugar más íntimo.

“¿Acepta o no la fórmula señor?” era el funcionario acercando el rostro y tratando de esbozar una sonrisa, quién le hacía volver al presente, cortando sus remembranzas.

“No señor, hago uso de mi derecho y expreso mi voluntad de no conciliar por obvios motivos extrajudiciales que Ud. Entenderá, pues en Japón volver adonde uno renuncio implica un peligro laboral y/o emocional”.

Y luego, sucedió lo que tenía que suceder, el abogado japonés quizás sentiría que había ganado o le había ayudado a ganar, pero Sergio estaba harto de todo y deseaba huir de aquel pueblo lo más pronto posible.

“¡Señorita Kobayashi, señor Marcio!, lo siento, pero no hay nada conciliable con su empresa. Yo no cometí ninguna falta y fui injustamente despedido ¿Cuándo me acerco a hacer efectivo mi cobro indemnizatorio?” eran los anteojos vidriosos conjugados con el brillo de su cabeza rapada y el tono color encendido de la rabia iluminando su rostro.

“¡Ahora mismo, dentro de una hora en la oficina central su dinero estará listo!, se lo diré al gerente general...” el rostro de ella que ya empezaba a desdibujar la falsa afabilidad de geisha transformándose en la bruja de los cuentos de terror occidentales.

“Señores pido permiso para hablar con mi compatriota en privado...” era Marcio, el traductor y asistente nikkei brasilero de la empresa que se paraba y llamaba a una esquina de la oficina a su compatriota, para hablarle bajito, en su lengua, la misma que sonaba demasiado dulce y totalmente inentendible para los nipones allí presentes.

“¡Y Marcio!, ¿você también quiere convencerme a volver?”

“No, mi amigo... ganaste, sé que es difícil entenderlo, pero tú les demostraste que un brasileño también sabe defender sus derechos ¿Sabes?, estoy orgulloso de ti”, quiso abrazarlo, pero la mirada de rabia de la japonesa le hizo desistir y cambiar su gesto por uno adusto... e inclusive dio un puño en el aire y dijo en japonés como queriéndose hacerse oír por todos.

“Ah, mi amigo no entiende ¡maldición!”.

“Yo en su caso tampoco lo hubiese hecho y que sirva de lección para que su gerente sea más reservado y no mezcle lo personal con lo profesional”, dijo con sarcasmo el funcionario del Ministerio de Trabajo japonés.

“Señores, ha concluido la conciliación, no hemos llegado a ningún acuerdo, los derechos del señor Sato han sido violados por la empresa Yama Kogyo, por tanto de acuerdo a la ley... le corresponde una indemnización, por favor coloquen sus sellos personales en esta esquina señores intervinientes”.

Algunas horas más tarde en el edificio de la empresa, el joven abogado recibió el sobre que sin mirarlo le entregó el gerente general, los otros cuatro, entre ellos la mujer, actuaban como si nadie estuviera presente.

El *brasileño*, recibió un documento para estampar su *inkan* (sello personal con el apellido japonés), previamente él había leído el contenido, y revisado que se trataba sólo del cumplimiento de la sentencia indemnizatoria.

Sato, parecía desesperado por salir del lugar y sólo atinó a entregar la hoja y guardar el sobre sin contar el dinero, parecía que sus lentes iban a estallar de nervios, pues todo era tenso a su alrededor.

Salieron a la avenida rápidamente con la sensación de haber escapado de una guarida de ratas, entonces al letrado voluntario asesor de extranjeros se le ocurrió llevar al *brasileño* hasta la estación del bus. Así lo hizo.

Sentía orgullo de haberlo ayudado, pero no lo entendía aún. ¿Cómo podía ser tan listo este extranjero desgarbado que ni siquiera cuidaba su apariencia personal?

Sato, pensando en la gratitud que le habían enseñado, pero no queriendo herir el honor del voluntario, dándole parte del dinero ganado le alcanzó las dos botellas de vino y las cajas de delicioso chocolate *brasileño* que llevaba en su regazo.

La sonrisa de *Shigeru*, se iluminó por un instante, pensando que quizás hubiera sido mejor que el *nikkei* hubiese perdido la vergüenza y le hubiera

dado una parte del dinero al mismo tiempo que abría la puerta del auto y respondía a la profunda reverencia y el *domo arigato* del extranjero.

Mientras observaba a *Sato*, abordar el autobús que lo sacaría de la ciudad, vio que nuevos grupos de esas gentes mezcladas con algo o con nada de japonés en el rostro, descendían con sus pesados equipajes; entonces se quedó mudo pensando que Japón ya no sería nunca más el mundo homogéneo de siempre y que los descendientes de los inmigrantes que se fueron a conquistar América habían vuelto para reconquistar el lugar de sus abuelos, pero qué diferentes eran ahora.



Abogado de Extranjero

POR UNA MUJER

*“Noches de pasos perdidos y rosas que
se venden a media luz.
Sabor exótico de la noche impregnada
en cada estación...
en cada mirada lujuriosa...
en cada paso jadeante”.*

El rostro lleno de sangre seca, mezclada con el sudor del anochecer veraniego y unos pasos desgarrados que se dejaban llevar por la inercia. Los rascacielos que parecían moverse siguiéndolo, los rostros que a veces volteaban a mirarlo con curiosidad, rostros que aparentaban indiferencia o realmente eran indiferentes a su figura.

No pensaba en nada ni en nadie, era sólo el momento y el descuido total, quizás la libertad que nunca encontró. Sintiéndose con una coraza insensible al fusilamiento de centenares de miradas y pensamientos inquisidores.

No sentir nada y disfrutar sólo el aire puro, el sabor de sus propios pasos dentro de esa muchedumbre anónima que le parecía sólo un bosque humano, sin vida... de pronto algo lo trajo a este mundo, una mano en el hombro y otra vez la sensación de volver al infierno de la realidad, con las muchedumbres uniformadas con terno, Kimono, uniforme de fábrica o ropa de las ricas putas que se venden semidesnudas en las puertas de los Karokes, mientras que los expresos de trenes urbanos se cruzaban a increíbles velocidades en las plataformas aéreas.

Alcanzó a preguntar en japonés “¿qué cosa?”, el otro al ver su mirada perdida le dijo forzándolo a volver a la realidad “¡oye carajo!, vuelve a la realidad. Nishikawa ¿qué te pasa compadre?”, entonces empezó otra vez a sentir el temor a las miradas que lo herían contemplándolo, sintió las cuchilladas de las burlas y las palabras ofensivas.

Las lágrimas empezaron a fluir cual torrente incontenible.

El otro lo arrastró a un lugar más apartado, cerca al desierto templo budista con los dragones guardianes grabados en piedra, como únicos testigos.

“No llores, compadrito, ¿qué pasó? Cálmate”.

La mirada, entonces recuperó un poco del brillo y reconociéndolo por fin dijo en perfecto español “¿Sabes? Pinokio, todo fue por una mujer... una puta japonesa...”

La otra figura, no alcanzaba a comprender todavía las frases incoherentes, matizadas por el llanto, sólo sabía que aquél hombre lo ayudó siempre en la empresa y merecía que ahora le pagasen con la misma moneda.

La noche anterior, *Alfredo Nishikawa*, había salido con la esperanza de ver otra vez a aquella hermosa chica de mirada ingenua que la semana pasada le había impresionado en aquel Karaoke llamado *Yuriko*.

Nunca había tenido suerte con las féminas, pero “una raya más al tigre... y quizás ahora si la ves compadre” como le dijo Carlos, el *play boy* cholo más conocido por estos lares.

Tomó un baño, se relajó en el *ofuro* (baño ardiente relajante), se perfumó recatadamente, como le gusta a las *ponjitas*, y se vistió al ritmo de una melodía de amor de los *Bee Gees*.

Era su día franco de 14 horas desde el anochecer al amanecer.

Con esa sensación de libertad y de alcoholizarse a ritmo de blues y de melodías japonesas, en caso de que no resultase nada, caminó apresuradamente y tomó el autobús de las siete para dirigirse a la estación y abordar su tren.

“Rumbo a Ropongi, la ciudad de las discotecas... Esta vez sí puede ser”, se dijo mientras el expreso se detenía en la estación donde debía cambiar de tren. Se cruzó raudamente con multitudes que iban y venían. Abordó el nuevo tren de color naranja, como el barrio del placer y el puterío que le esperaba.

Las puertas de los establecimientos resplandecían con las luces de todos los colores inimaginables y las bellezas en minifaldas que dejaban ver casi toda su anatomía, quienes paradas repartían volantes y te invitaban a entrar a una discoteca latina o americana, un burdel o un Karaoke. Él sólo buscaba con anhelo el letrero de *“Yurico”* snack bar-Karaoke.

Caminó algunas cuadras hasta que finalmente el edificio con dos leones de plástico que botaban agua por la boca le indicó que había llegado. En la puerta un par de atentas anfitrionas le dieron la bienvenida y le invitaron a pasar, Jane, la australiana, le saludó con un beso y le dio un chape bárbaro, otras europeas: rusas, checoslovacas y hasta una inglesa le llamaban desde

la barra para elegir las, pero él sólo buscó la mirada oriental de *Aki Chan*, la única que le había hecho sentirse un poquito enamorado.

No la halló y cuando pregunto a las otras le dijeron que estaba con dos soldados americanos. Dirigió su mirada hacia donde le indicaron y la vio intentando defenderse de las manos de aquellos marinos en día de franco.

Ella, al verlo se levantó y quiso seguirlo, pero los dos pares de manos se lo impidieron de un tirón.

Él, que siempre le había temido al conflicto, las multitudes y a la soledad, se acercó sintiendo que su personalidad se descontrolaba y se dirigió resueltamente a ellos para pedirles que la dejaran libre.

Los americanos se pararon y le mentaron la madre en inglés, uno de ellos un moreno aparentemente salido de *Harlem*, le dijo crudamente que la había violado y que esperaba un hijo de él, “*¿No es así cariño?*”.

Ella, como única respuesta sólo pudo zafarse y guiarlo a otra mesa. Dos rusas, hablando un pésimo inglés se acercaron para sustituirla. Él, sorprendido como estaba, mientras escuchaba una voz que cantaba *New York, New York* de *Frank Sinatra*, sólo se dejó guiar a ciegas.

Pidió, un par de cervezas y luego mientras hacía el primer brindis le preguntó si era cierto. Su respuesta lo dejó absorto “*claro que lo del hijo es falso, aunque no llevo la cuenta de mis abortos, pero él es uno de mis amantes, sabes que si tú me das dinero, también tengo sexo contigo ¿quieres? ¿Sabes? soy provinciana y debo subsistir en Tokio*”.

“¡Gracias por ayudarme, ahora lo querían hacer entre los dos y querían pagar sólo uno, “gracias por rescatarme otra vez”, mientras tanto se escuchaba que alguien cantaba One more day in Paradise (un día más en el paraíso) de Phil Collins.

El rostro de *Nishikawa*, parecía no entender y recordaba las imágenes de recato femenino nipón vivas en lo que había leído, lo que le habían dicho en la familia, en la colonia. Sólo atinó a pedir la canción *Kawa no nagareno youni de Mizora Hibari* y brindar diciéndose para sus adentros *“qué más da que embriagarme y huir de todo esto, carajo”*.

La mujer le agarró la mano, viendo que *Nishikawa*, sonreía tristemente y miraba al vacío. Ignorándola.

“Yo soy mala mujer, yo también pensaba como tú... pero en Tokio, debes sobrevivir y haces lo que debes, para conseguir dinero, quizás algún día encuentre un hombre rico y además con tu corazón dulce... ¿sabes?, me gusta tu ingenuidad, pero no tienes dinero”.

“Sabes mujer, sólo te pido que te cuides y respetes, el resto no me importa”, susurro el en la semioscuridad cómplice del salón mientras ella le besaba las mejillas y pegaba su cuerpo ardiente llegando a acariciar sus testículos.

Él inicialmente se sorprendió y quiso tirar violentamente la mano de ella, pero no lo hizo, pensando que ello estaba incluido en el precio que pagaba por cada cerveza.

La noche transcurrió entre botellas y botellas de cerveza, cantos en inglés, japonés, y español, aplausos de los concurrentes que lo consideraban la estrella número 1 del canto en ese Karaoke.

Hasta que ebrio de desilusión más que de alcohol decidió dejar el lugar e ir en busca de otro puerto que pudiera tener algo más emocionante.

“No me dices nada y te vas... sin llevarme, serían sólo 50 000 yenes la noche para ti”, le dijo la vocecilla inocente de aquel ángel caído en su camino.

“Quizás otro día, cuando tenga ganas de joder... pero no era lo que buscaba hoy ¿sabes?” y le dio la espalda, sintiendo que las luces de colores le acariciaban el rostro y sus pies se elevaban hacia lo desconocido mientras su corazón flotaba al ritmo de *How deep is your love* de los Bee Gees.

Dio una vuelta por todas las discotecas, desde las de punks de cabellos pintados, hasta los salsódromos de latinos y siempre sintió que la soledad lo guiaba como un perro lazarillo, hasta que decidió pasar por aquella casi desolada esquina, donde los ascensores esperaban a los que subían a los establecimientos de los pisos superiores.

Sólo fue un instante, el cuerpo ya no le daba más, de pronto sintió un par de brazos que lo sujetaban por la espalda y frente a él, el rostro del americano negro golpeándolo con todas sus fuerzas, intentó defenderse y hacer uso de las artes marciales, apenas logró deshacerse unos instantes de los marines que con su metro noventa lo volvieron a agarrar, luego de una corta persecución y continuaron con la golpiza hasta dejarlo inconsciente y sangrando.

Sólo sintió que volvía en sí, cuando dos policías bajaron de un patrullero y lo levantaron para llevarlo a una comisaría, para tomar sus declaraciones.

Lo tomaron con mucho cuidado y le llevaron a la estación charlando en japonés fluido, mostrando preocupación y respeto, pero cuando le preguntaron por su documento de identidad japonés y saco su documento de identidad como nikkei sudamericano, dejaron de tratarlo amablemente y todo se complicó aún más cuando le interrogaron sobre quién le hizo eso y él respondió que fueron dos marines americanos, los policías le dijeron que no podían hacer nada y que no volviese más por esa zona roja.

“No es recomendable, que le sirva de lección, es una zona peligrosa”. Dijo el que parecía ser el jefe superior

“Pero señores, ¿ni siquiera me van a curar las heridas que me causaron?” argumento como protestando por la falta de amabilidad.

Como respuesta a su pregunta sólo le dieron unos vendajes para que no siguiera sangrando y le pidieron que abandonara la estación.

Salió sintiendo que sus venas le estallaban de rabia y frustración, quiso arrojar a alguna vía férrea, pero no tuvo valor, se fue a otra cantina y siguió bebiendo, los yenes salían y salían incontinentemente de sus bolsillos.

Hasta que entró al bar otro moreno, que aparraba a una japonesa y cuando éste le preguntó por qué lloraba sólo atinó a pedirle que lo matara, el nigeriano y su mujer sonreían y parecían tan divertidos viéndolo sufrir solo.

“¿Sabes?, sólo te mataría si estuviera seguro que iba a obtener a tu mujer como mi trofeo, pero como no tienes una ¿por qué te mataría amigo? ja, ja, ja”.

Él, se levantó y a partir de entonces perdió la noción de todo y de todos los que le rodeaban.

Cuántas veces había deseado ser la nada y desconectarse del mundo real, para sentir sólo sus fantasías internas que hablaban de perfección, dulzura, de sonrisas, recuerdos y humanidad.... vivía libremente su mundo interno y sentía sólo el cielo, el mar y la presencia de los árboles como únicos seres vivientes aparte de él, los demás no existían... Lo había logrado, era libre por fin, como la estrofa final de la canción de Nino Bravo *“libre como el viento”*. Hasta que, sintió aquella mano en su hombro trayéndolo otra vez a este mundo de carne y hueso, para bien o para mal.



Por una Mujer

ENCUENTRO EN NAGOYA

*“Aquí vives como mariposa exótica
muy exótica para el gusto nipón
¿Sabes?... el sabor de tu belleza
aún está fresco en mi piel”.*

La noche avanzaba lentamente en la estación de los incontables pasadizos y el millón de luces. Afuera, en la gigantesca avenida de cuatro pistas, los relampagueantes neones con caracteres *kanas* y *kamllis* le daban el toque presente en el *Hong Kong de Jackie Chan o Bruce Lee*.

Un enjambre de tipos enfundados en largos gabanes cremas, plomos o marrones mostrando los ojillos autómatas de asalariados o “*salary men*”, como le llamaban los japoneses.

Algunas damiselas, de elegantes abrigos aterciopelados salidas de una discoteca o de vuelta de un encuentro amoroso y muchos veinteañeros de apariencia estudiantil o bohemia con los cabellos rubios pasaban alejándose a paso rápido para abordar los sincronizados taxis desfilando en fila india frente a la fuente nocturna iluminada con destellos de mil colores o descendían por las escaleras automáticas para tomar alguna línea del metro en el orden central.

Dentro de la estación, el expreso de las once convocaba por vez última a los pasajeros.

Mientras tanto en la periferia de la salida norte subrepticamente algunas sombras furtivas comienzan un extraño agrupamiento alrededor de las cabinas de teléfono internacional ubicadas a unos metros en el camino hacia el mítico *sakae*.

El taconeo es indudablemente demasiado sonoro y rítmico para ser japonés. En menos de diez minutos las sombras se irían definiendo en figuras femeninas de carne y hueso.

Las minifaldas de color escándalo mostraban sin pudor desde un par de piernas bien contorneadas hasta los encajes y ligas más sexis visibles con claridad a la luz de aquella noche iluminada artificialmente, los rasgos étnicos apareciendo tras las máscaras de polvo facial, sombras y carmín indicaban que eran de otras tierras, pero indudablemente la mayoría tenía el sabor cadencioso y rumbante del encanto latino sobre la piel.

A los pocos minutos otras siluetas de aspecto masculino comenzaron a llegar y a revolotear oteando una y otra vez las curvas y los rostros más bonitos o más baratos para escoger en el mercado abierto.

Los rostros de estos clientes denotaban a todas las sangres y grupos sociales. Había desde aquellos cuya indiscutible ascendencia los confundían con nativos del país, los de linaje falsificado o legal, y aquellos mestizos indefinibles, tirando para uno y otro lado. Los ecos de sus conversaciones en portugués y en español denotaban una mayoritaria presencia latina.

Sin embargo, como telón de fondo y revoloteando entre las sombras se podía vislumbrar otras presencias más extrañas.

De lejos parecían yanquis o europeos por la estatura, el físico y la piel clara en muchos de ellos, pero las miradas y la lengua enredada los delataba como gente del golfo Pérsico.

Ellos vigilaban aquel “*rebaño*” en alquiler y a la vez realizaban otro negocio rentable, ofrecer “*milagrosas tarjetas telefónicas*” baratas y muy extrañas que le duraban más del tiempo normal.

En realidad, los negocios no eran propiamente de ellos pues cada cierto tiempo un auto de lujo se estacionaba a prudente distancia en la esquina y sus ocupantes de rostros camuflados por los “*Rayban*” los llamaban en japonés perfecto, les pedían cuentas y ordenando tareas se despedían con una sonora palmada en los hombros acompañada de un “*ánimo muchachos... cuídense*” y luego partían raudamente haciendo rugir sus coches de lujo en la noche.

En ese marco las horas transcurrían al ritmo de sombras negociando precios o intercambiando algunas sensuales caricias.

De pronto una silueta más, de paso desgarrado y siguiendo el rumbo de aquella corriente se acercó trastabillando, mezclándose a la mancha, llevando dentro de sí las ansías más grandes de compañía atizados por unos tragos de más a cuestas.

Comenzó como los otros a consultar senos y caderas ondulantes mientras el frío del alba y el licor conjugados le hacían palidecer y cerrar más los ojos dándole la apariencia de un *ponja* nativo en busca de aventuras. Estaba entusiasmado con aquella idea fija de levantarse una hembra y parecía

modular sus pasos a ese ritmo cuando inesperadamente algo en la siguiente muchacha de la fila absorbió toda su atención en una mirada que todos conocemos cuando la sorpresa se conjuga con la duda y el terror a lo que consideramos que no puede ser.

Toda la ebriedad, pareció desaparecer de golpe como si le hubieran arrojado un vaso de agua en el rostro frente al hermoso rostro, motivo de aquella reacción. Sintió que el calor más ardiente le hormigueaba en las mejillas y empezaba a recorrerle el cuerpo.

Mientras que, en la figura femenina frente a él, la expresión automática de puta fue transformándose en otro que representaba vergüenza, inocencia, dolor y asombro conjugados.

En ese minuto de silencio, en la memoria de *Juan Ichikawa* y de seguro en la de ella también, comenzaron a fluir como un río de imágenes las inolvidables tardes de los ochentas cuando se conocieron y compartieron momentos dulces que sólo dos adolescentes enamorados pueden disfrutar despreocupándose de todos y de todos al salir del colegio.

Allá quedaban las melodías de *Julio Iglesias* y *José José*, que escuchaban mientras caminaban o revisaban libros y revistas en la librería del parque Universitario.

Allí quedaban también como mudos testigos las bancas del paseo Colón donde se encendió la llama aquella a la luz de las estrellas, mientras aprendían a amar, jurando jamás decirse adiós.

La lejana adolescencia volvía a hacerse presente en este lejano país al otro lado del Pacífico. Para Juan era la misma silueta deseada con unos años más a cuestas.

Sólo que el uniforme y las insignias se habían trocado por esa vestimenta arrechante, aquellos bellos ojos seguían siendo los mismos a pesar del rouge, las sombras y las pestañas artificiales, procurando darle un aire de malicia que no lograban.

Las miradas parecían haber recuperado el brillo aquel de adolescentes enamorados y sobre todo de eternos amigos en todo el sentido de la palabra por unos minutos el mundo del sexo a su alrededor desapareció y eran sólo ellos dos.

“¡Susana!... ¿me recuerdas?” dijo él procurando controlar el resorte que lo impulsaba a besarla y tocarla como antes, ella palideció e intentando una sonrisa respondió con un “¿eres tú”... *Chino?*, no se pudo controlar después de tantos años con la esperanza de volver a hallarlo y le tomó las manos instintivamente, sin esperar la respuesta afirmativa.

Ante aquella situación tan extraña, los demás presentes en aquel prostíbulo callejero comenzaron a interesarse y curiosear ubicándose detrás o al costado de la pareja.

“*Ésta es buenísima, atiende bien en la cama*”, dijo un rubio cuarentón de rostro pecoso, seguro migrante quebrado de *Miraflores o de La Molina*.

“*Es muy cariñosa*”, agregó un veterano de ojos rasgados, mientras exhalaba el humo de su cigarro.

“*Cómo estás amor, yo te pago más*”, dijo un moreno de probable origen chalaco y le mostró dos billetes de diez mil yenes.

Un agresivo *achorado* le espetó con violencia “*ya compadre, vuela. No hay tiempo que perder, ella no es Julieta ¡carajo!*”

Ellos, sólo respondieron alejándose un poco más en dirección a la esquina que daba al paradero del bus que todas las mañanas se dirigía a la ciudad portuaria de *Yokohama*.

“*Tengo muchas cosas que decirte... mejor vamos a otro sitio*”, susurró indeciso él. Susana respondió confundida que primero debía hablar con un tal *Alí*.

Al preguntar por este sujeto, *Juan* no debió esperar mucho por la respuesta pues por detrás de ellos y a una velocidad inusitada se acercó un gigante de cabellos marrones semiondulados y con unos mostachos a lo *Omar Sharif* cargando entre sus puños un paquete hinchado de tarjetas adulteradas.

“*Doshtan meu amor*” (qué pasa mi amor) dijo mezclando un mal japonés con su pésimo español.

Ella, con una vocecita casi inaudible, sólo atinó a decir *tomodachi des* (es un amigo).

“*¡Anata wa baku no okane! ¡a trabajo! a trabajo merda, puta! (Tú eres mi dinero! ¡a trabajar puta de mierda!)*”. Era el bigotudo persa que

expresándose en una mezcla gutural de japonés y español la sujetaba con sus dos brazos, la abofeteaba y luego la lanzaba violentamente al aire, haciéndole perder el equilibrio.

Juan dudó un instante, un largo instante, pues siempre había procurado esquivar las tempestades y las broncas por más pequeñas que fuesen y más aún si se trataba de otros; pero esta vez mirando a esa frágil figura, parte de su juventud que había procurado reencontrar miles de veces en sueños frustrados le animaron a patear violentamente en los testículos a aquel abominable extranjero que trataba por vez primera.

“¡Te crees valiente, yamete conerro (déjala bastardo)... déjala carajo!” saltando al mismo tiempo hacia atrás mientras observaba que el iraní había sido sorprendido y se retorció de dolor pronunciando frases incomprensibles en su idioma.

Pero el gigantón se fue incorporando lentamente y con una carcajada confundida con un bramido desenvainó un puñal corvo, que camuflaba en la basta de su *blue jeans*.

“Cuidado, el irako ha sido soldado” dijo el achorado con un parecido al *Chapulín* de los *“Shapis”*.

“Ellos han tenido experiencia de guerra... es un veterano cuidado chino”, agregó el rubio pituco.

Fueron algunas de las frases del círculo que se había abierto para observar aquella lid desigual entre aquel gigante de casi dos metros y Juan que llegaba sólo al metro setenta.

“¡Hijo de ra puta... *Shinde!*” (hijo de puta muere!) y fue la primera embestida esquivada airosamente por Juan.

Durante unos diez minutos eludió las sucesivas puñaladas y los golpes del persa, pero al final el efecto de los tragos bebidos, la diferencia física y la experiencia del puñalero en el frente de guerra, hicieron su efecto en un instante.

El “*Chino*”, terminó acorralado, mientras sudaba inconteniblemente y sentía que los pulmones le iban a explotar en cualquier momento por falta de oxígeno... entonces en un abrir y cerrar de ojos la mano del gigantón se extendió fácilmente mientras en su mente bullían recuerdos del frente e imaginaba que Juan, estaba uniformado y los obuses caían por doquier mientras había conquistado una trinchera en la batalla por los pozos petrolíferos de *Basora*, su diestra se hundió entonces en la carne del adversario hasta que sintió que había tocado fondo en algo plano y semiblando.

“*Ah... ah, oh mi Dios... Susa...na*” era la voz de *Juan*, sintiendo que un dolor profundo nunca conocido en su vida, le abría un costado del vientre y penetraba hasta lo más profundo de sus entrañas.

Se estremeció y pareció sentir que, ya no controlaba más sus movimientos, cayendo pesadamente al piso, mientras que un líquido hirviente y rojo como la ira e impotencia que le embargaba comenzaba a fluir imparable coloreando aquella vereda de sabor a sake, cigarrillos y lluvia, mientras *Susana* corría desesperada hacia él y con toda su alma gemía pidiendo ayuda a los demás presentes al tiempo que sus blancas manos se teñían de rojo al

intentar inútilmente cubrir aquel boquerón... una filipina se le acercó también y trató de colocar un pañuelo blanco, como un gesto de solidaridad.

El puñalero, huía con los ojos desorbitados por una calle que daba a un puente desolado a esa hora.

Un compatriota del agresor, llegó hasta ellos para inútilmente en gesto de musulmán creyente pedir perdón lloriqueando un poco y diciendo con un español casi incomprensible “*Alí... desgraciado... malo, Alá... Dios... Grande*”.

Los ánimos estaban caldeados y muchos latinos maldecían a los del otro grupo mientras las miradas expresaban indignación acumulada por el trato a sus mujeres, parecía que iba a ver un enfrentamiento en cualquier momento, porque se habían formado espontáneamente dos grupos insultándose en japonés y español, salvo los indiferentes de una u otra nacionalidad que se fueron rápido o se quedaron para observar desde lejos.

Hasta que alguien dijo: “*¡Van a llamar a la policía... huyan carajo!*”. En ese momento todos dirigieron simultáneamente sus miradas hacia una cabina telefónica brillando como un escarabajo gigante en la esquina distinguiendo que una anónima sombra masculina hablaba con movimientos y señas muy nerviosas, los demás presentes al darse cuenta salieron despavoridos a la carrera y en diversas direcciones, sólo una colombiana que dijo ser estudiante de Medicina en su país se acercó un instante para sumarse al grupo de ayuda que con sólo pañuelos abiertos procuraban parar el río imparable que salía.

“Esto se parece a la guerra en mi país... cuando caen militares o guerrilleros, pero no te preocupes Susana estamos en un país civilizado y yo sé que ya llegan a salvarle la vida...”

La luz de la luna había tomado un color amarillento opaco, mientras que dos sombras se abrazaban casi petrificadas, rodeadas de dos mujeres que no importándoles la deportación y en un vivo gesto internacionalista y humano compartían el llanto de una amiga, esperando el sonido de alguna sirena salvadora cortando el amanecer...

Éste había sido un encuentro muy especial y trágico en Nagoya, algo que quién sabe, marcaría las pesadillas y recuerdos de muchos de los presentes en la estación de las mil luces y trenes bala volando en diversas direcciones.



Encuentro en Nagoya

RETORNO AL AMANECER DEL 28 DE JULIO

*“Estoy aquí otra vez volveré a vestir la piel del pasado
volveré a mi prehistoria,
en alas del viento floté en la senda del abuelo
que fue un viejo velero
hoy es un Boeing supersónico
he vuelto... no lo creía, pero he vuelto”.*

El sol de la mañana, comienza a iluminar tenuemente a la fundición, las manos con algunas ampollas y llagas permanentes por tener que rozar todas las noches el acero al rojo vivo, el cuerpo sudoroso y con algunas perforaciones del aluminio que ahuecaron el uniforme o los zapatos.

Las piernas y brazos como si hubiese jugado vóley y fútbol durante 12 horas seguidas. Es la debilidad más extrema que se haya conocido, que hace respirar doble y caminar casi arrastrando el cuerpo, sintiendo un dolor extraño en los pulmones.

Somos como vampiros que han vivido la noche, mientras otros entran y entonan los himnos al trabajo.

Nosotros salimos como un batallón de prisioneros de guerra en larga marcha de regreso a descansar a nuestras barracas.

“Oyasumi (Buen descanso)” le digo a los japoneses.

“Eu sonñaré que estou fodiendo a la minina más gostosa ¿sabe peruano?”
(soñaré que le hago el amor a la chica más linda) me grita al oído Roberto el
brasileño, con su rostro de roedor gigante.

Los chinos y los malasianos, nos miran de lejos y algunos de ellos van a la
cocina para abrir los tapers de comida con sobras de la noche anterior y
devorárselos rápidamente, sin importarles el qué dirán.

Los peruanos y brasileños, los mirábamos asombrados y les pusimos por
apodo *“los gatos come sobras”*.

Mi bicicleta negra me espera como una amiga fiel en el estacionamiento, que
es un cruceo de entradas y salidas de personas que salen o llegan.

Oyasumi (buen descanso), me repite el portero con una cordialidad
automatizada.

Acelero, la marcha y me voy alejando de la sucursal del infierno empezando
a pedalear con más fuerza. Mi cronómetro marca chanco indica que son las
8:30 am. Ahora vuelo a la libertad sobre dos ruedas, porque tendré mi día de
descanso luego de una semana que pareció infinita.

El dolor de sien y los calambres a la pierna me hacen detener
inesperadamente justo en un cruceo peatonal.

El congestionamiento peatonal y vehicular es terrible a ésta hora: oficinistas
o *“salary men”*, secretarias y obreros, así como colegiales de diversas edades

abarrotan con todo tipo de vehículos las autopistas en el camino al centro de la ciudad.

Estamos en una estación intermedia, entre el verano y el invierno, pero aún se siente un frío que cala los huesos a esta hora, poco a poco cruzo el camino hacia los arrozales, el canal gigantesco que canaliza las aguas, con sus botes coloridos, y me detengo un rato contemplar a aquellas aves que vienen y descienden en picada para salir con un pez en la boca, son los famosos cormoranes.

Por otro lado, un grupo de patos salvajes nadan agitando lentamente las aguas, mientras que pescan peces más pequeños y acomodan la paja para formar sus nidos, entonces me digo en voz alta: *“aquí también la vida es trabajo”*.

Pero, pienso que ellos tienen una ventaja, su libertad y el aire puro que respiran, mientras que nosotros nos encerramos entre cuatro paredes recibiendo órdenes y más órdenes, hasta algunos gritos de combate ofensivos, cuánto me gustaría no tener ni pitos, ni sirenas, ni bastardos horarios o supervisores observándote cada minuto desde que entras hasta que sales, paso por los sembríos de manzanas y unas de calidad A, con la alta tecnología que los sustenta.

Una inclinación reverencial y la sonrisa sencilla de un campesino, acompañado de un saludo matutino me hace sentir identificado y recordar a las comunidades del Ande peruano por donde pasé, en mi niñez y adolescencia cuando papá era director de colegios.

Escucho, un coro de voces infantiles y luego distingo dos largas columnas formadas por sombreritos amarillos y cascos blancos que vienen en sentido contrario. El mayorcito líder del grupo, ordena ponerse en fila india para dejar pasar al *oyisán* (tío o señor) al mismo tiempo que hacen una reverencia y saludan al unísono con un “Ohayo gozaimasu oyisan” (Muy buenos días señor)

Ya falta sólo un poco, ¡fuerza carajo! , me digo a mí mismo, mientras siento que las venas de las piernas se me van a reventar.

De pronto, dos cuervos disputando un poco de basura me hace recordar que la jornada de ayer fue muy accidentada, un brasilero y un argentino se trezaron alrededor de las máquinas entre charcos de agua, grasa y aluminio ardiente por cuestiones que liberaron sus demonios interiores por un instante, hasta que el *Jancho* (jefe de sección) los separó con un bramido.

A las 3:00 am. de la madrugada, la máquina del *brasilero Sato*, explotó y todos tuvimos que correr a guarecernos de los proyectiles de acero hirviente y líquido que salían en todas direcciones hasta que en una operación rápida el líder de sección y otros tres que lo acompañábamos, cubriéndonos con planchas del mismo metal como escudos, logramos llegar hasta los controles que se estaban incendiando y apagarlos, pese a que el líder se quemó las manos y mi uniforme se prendió un poco.

Nunca me imaginé que, esto sucediese en el mismo Japón, donde suponíamos que la tecnología y las normas de seguridad eran el pan de cada día, ahora comprobaba que en realidad eran parte de los mitos que nos internalizaron a los *nikkeis* y extranjeros en general.

Otra vez se me viene a la cabeza que mi rostro trasnochado, el quepí, así como el uniforme azul impregnado de hollín, grasa, perforaciones de aluminio y acero líquido me dan la apariencia de sobreviviente de alguna guerra, volviendo a casa, con el fondo de la canción de *Mizora Hibari*, “*Como un río, nuestras vidas son como ríos que buscan la felicidad y esperan días más claros*”.

Con las últimas fuerzas me acerco a la cabaña y me digo para mí mismo “*hogar, dulce hogar*”, pero nadie sale a recibirme nunca, a veces me imagino que mamá me está observando y va a salir... sólo lágrimas son las que me salen, cuando me doy cuenta que ellos sólo viven en mi corazón.

Estaciono la bicicleta y me encamino al cuarto, como un día más que paso en el Japón.

Tomo toalla y jabón, a la vez que enciendo la cocina para preparar el desayuno. Luego de media hora salgo limpio del *ofuro* (baño de agua caliente y relajante) y con ganas de irme a dormir profundamente, cuando veo en el calendario que hoy día es 28 de Julio... Corro a encender la radiograbadora y coloco mi casete preferido que es una mezcla de melodías japonesas, huaynos peruanos, valeses de la costa, baladas en inglés o portugués y salsas caribeñas

El cansancio, ha desaparecido como de milagro y mecánicamente tomo dos cervezas de la refrigeradora y me decido a chupar solo.

“*Salud por ti... Perú*”, me digo entre emocionado y quizás ebrio de patriotismo y soledad.

Hoy, soñaré que realmente soy libre, que regreso a casa, beso a los viejos, abrazo a mis hermanos, que les puedo ayudar económicamente y que puedo andar por las amplias avenidas sin temor a morirme de hambre o ser ofendido por alguno de los encopetados que por su piel o por su argolla y porque viven en una zona “*pituca*”, te dicen que no tienes buena presencia para ocupar un puesto, para el que te has preparado y has demostrado ser el número uno en la Universidad... hoy, es el día de nuestra independencia, y aquí al otro lado del Pacífico siento en su real dimensión la palabra Libertad, sólo sé que volveré y les demostraré que yo pude hacerme sólo con estas dos manos y éste espíritu libre de guerrero.



Retorno al Amanecer del 28 de Julio

¿PERUANO?
(¿PERUYIN?)

*“El sufrimiento y el dolor más profundo
en un rostro de allá
la bestialidad y la rudeza en otro
que viene hacia mí
la burla y el escarnio allá en la esquina
la indiferencia, la alegría, la humildad
en otras circulando en la línea”.*

De pronto aparecí, en el terminal descendiendo por la escalera automática del andén; los altavoces repetían constantemente que en la salida N°5 se encontraba estacionado el *shinkansen* que había arribado de *Tokyo* y que prosiguiendo su ruta saldría en quince minutos hacia la ciudad de Osaka, instando a los viajeros a abordar a tiempo culminando con el acostumbrado *onegaishi masu* (por favor).

Los murmullos del tumulto de grupos, bajando y subiendo a distintas velocidades me mantenía atento, para evitar chocar con alguien; pero de pronto apareció esa figura humana fulgurante de palidez y de tristeza muy profunda, su tipo era definitivamente diferente al tipo clásico japonés.

Cual fantasma vagabundo él, también buscó mi mirada huidiza como diciéndome telepáticamente: “*Eh tú*”. Entonces reaccioné rápidamente de

mi aturdimiento inicial y me di cuenta casi inconscientemente, preguntando: *¿peruyin?... ¿anata wa peruyin?*” (¿peruano... tú eres peruano?) .

Su mirada se encendió, definitivamente la misma raíz, pero nunca lo había visto antes, trató de esbozar una sonrisa ocultando su expresión inicial, luego las palabras empezaron a fluir como un río en desborde, era como si estuviera con alguien a quien esperó durante mucho tiempo, un pariente o un amigo íntimo.

Su juventud, se desdibujaba en ese rostro ojeroso, estaba debilitado, y cubierto de vestimenta gris por la ausencia de aseo.

“Duermo en el terminal, sólo como de vez en cuando, alguna sopa enlatada o una carretilla... Okane nai” (no tengo dinero), susurró en voz muy baja. Luego gesticuló mucho para contarme su historia aparentemente cierta.

Había llegado, hace aproximadamente un año y diez meses, llevó una vida nocturna y romántica muy envidiable para cualquier mortal, recorriendo las *boites* y Karaoques más prestigiados como todo solitario en el país del sol naciente, pero ahora por razones del destino no tenía *“chamba”*.

Lo corrían de todos lados, porque no se acostumbraba o no podía más (a simple vista parecía un prisionero de guerra que había llegado a su límite de resistencia).

La visa, se la vencía sin contar con un garante y no sabía qué hacer para conseguir uno, no sabía en conclusión cómo salir de ese atolladero que la vida lo puso por delante, no hablaba mucho o, mejor dicho, casi nada del

idioma japonés (*nihon go*). Luego recordó a su madre a la que nunca había olvidado, pero que ahora se hallaba lejana, al otro lado del Pacífico.

En ese momento sus ojos dejaron resbalar una lágrima que él secó inmediatamente.

Le ofrecí un refugio temporal en mi modesto departamento, aunque fuese solo por unas horas, quizás podría alimentarse, asearse y recuperarse para volver luego a la realidad de mañana con nuevos brillos, pero no aceptó, parecía todavía existir un resquicio de orgullo extraño en su persona, lo que se reflejaba en su mirada.

Entonces, sin pensarlo dos veces revisé mi libreta de apuntes, lleno de datos de organizaciones humanitarias y de contratistas diversos que había podido coleccionar durante todas mis estancias; tomé un papel en blanco y un lapicero donde anoté los que le podían servir y entregándole le dije: “*Apunta compadre...*”

Su gesto, de esperanza me gratifico enormemente, ahora quizás podría sobrevivir y salir de este torbellino que el destino puso en su senda, quién sabe tarde o temprano también la pondría en la mía, entonces miré el cronómetro y pensé que era la hora de retirarme y al momento de hacerlo lo miré procurando transmitirle fuerza.

“*Suerte hermano... saldrás adelante... nunca te rindas ¿sí? Los peruanos valemos ¡viva el Perú carajo!*”, apreté su puño y le coloqué 500 yenes, trató de rechazarlos diciéndome en voz suplicante: “*No te molestes cuñao... tengo fuerzas todavía*” pero tuvo que sostener las monedas para que no cayeran al

piso y llamaran más la atención de algunos de los transeúntes que estaban viendo, sin entender nuestro idioma pero si el lenguaje de los gestos: un drama en vivo y en directo. Algunas de las señoras (*obasan*) ya comenzaban a mirarnos con demasiada curiosidad, tratando de auscultarnos con un aire de misterio y quizás de simpatía.

Un grupo de jóvenes burlones, hacían comentarios agresivos con relación a los extranjeros, y pude entender por qué mencionaban que no sentían simpatía por la presencia de los extranjeros.

“Extranjeros malos, pésimos... ellos no tienen el espíritu de lucha nuestro, son unos cobardes, llorones y sentimentales que no resisten el trabajo como hombres”.

Luego, comenzaron a contar algunas de sus supuestas experiencias con extranjeros que comprendí a medias, aunque no quería oír lo que hablaban y menos aún en ese momento.

Mi amigo, miró alrededor como si se sintiera solo totalmente, y movió la cabeza sarcásticamente, parecía que estaba acostumbrado a comprender los gestos más no las palabras.

Finalmente, estrechó mi mano con una mirada que procuraba darse ánimos y dárme los a mí también, quién sabe si algún día nos veríamos otra vez, pero en ese instante éramos dos peruanos fuera de la patria.

“Te pasaste choche... búscame cuando vayas a Lima, que te vaya bien, chau...”

Volteó y trastabillando se perdió entre la multitud que se desplazaba hacia el sector de las máquinas automáticas de té y café.

La noche comenzaba a caer y aquel temor irracional a la soledad, volvió a presentáreme otra vez mientras me desplazaba por los inmensos corredores del andén N°6 a la espera del expreso de las 6: 50... bostecé y fijé mi mirada en los neones rojos y amarillos escritos con caracteres japoneses, mañana sería otra jornada de lucha contra mí mismo en la fundición.



¿Peruano?

EL ÚLTIMO ANOCHECER EN TOKIO

*“Rascacielos enormes y templos
budistas antiquísimos
sueños que vuelan a la velocidad del
tren bala diario
kimonos colóricos, ternos y cabellos
pintados de rojo
atardeceres junto al mar, amaneceres
al sol naciente”.*

“Si alguna vez me preguntaras cómo es Tokyo, al anochecer te diría que es un espectáculo de colores indescritibles...”

Las dos sombras, caminaban por el centro de la plaza mayor restaurada mientras que decenas de taxistas tocaban sus bocinas y se detenían para preguntar si deseaban sus servicios pero ellos parecían ignorarlos olímpicamente.

“¿Nunca extrañaste volver para allá? Sabes que la vida está jodida en este país”.

La mirada husmeando entre las sombras y las sonrisas sarcásticas mientras observaba que varios grupos de jóvenes mujeres se paraban en las esquinas mostrando sonrisas falsas y competían entre ellas para mostrar mejor sus escotes y las minifaldas provocativas. Sólo se volteó a responder cuando la voz masculina de un travesti le invitó a acompañarlo a un hotel por sólo 15 soles y se sintió irritado y asqueado por la propuesta.

“Sabes, donde fueras siempre encontrarás gente de todo tipo y yo ya quería volver, me cansé de vivir en el cielo y en el infierno al mismo tiempo... ahora camino junto a ti, libre de todo y de todos, quizás esto también es un infierno y cielo a la vez, pero estoy cerca de mi gente”.

Luego, mientras se sentaban en una banca de la plaza San Martín un orate cruzó la avenida diciendo incoherencias en un idioma extraño para uno de ellos.

“Es idioma japonés... él está hablando en japonés”, dijo el más joven y de ojos rasgados; tratando de observar las facciones del loco, mientras sus ojos se abrían desorbitadamente y amenazaban con estallar.

“¿Qué está diciendo compadre?”, preguntó con una curiosidad increíble la otra silueta más voluminosa y de sonrisa cachacienta.

“Pobrecito, piensa que está caminando en Tokio acompañado de su novia japonesa a la que mira y llama imaginariamente... aparentemente habla de la luna y las estrellas”.

“Pero cuéntame, ¿cómo es Tokyo, al anochecer?”

“Es un espectáculo de colores indescritibles, símbolos incomprensibles para el profano y palabras del alfabeto románico centellando como avisos luminosos de marcas introducidas al vocabulario mundial tales como National, Panasonic, Hitachi o Toyota. Los pachinkos, equivalentes a las casas de juego y tragamonedas de Lima, pero en colosales estructuras y diseños arquitectónicos, los night clubs promocionando hot shoots o disparos calientes con las chicas más hermosas y cariñosas del Asia,

mientras que en los suburbios las gigantescas y bien iluminadas instalaciones de las fábricas se ponen en movimiento, iniciando la jornada nocturna.

Los enjambres humanos suben y bajan desplazándose entre las estaciones, los puentes, las escaleras automáticas y los rascacielos brillantes de limpieza y modernidad; los bellos y amplios jardines con ebrios y parejas recostados en el grass o sentados en las bancas...”

Concentrado en su pasado sintió como si su mente se sumergiese en un flashback, de pronto se vio en la isla, luego de un largo y tedioso viaje en el ferry, sabía que no volvería nunca más a sentir la brisa marina mientras sudaba copiosamente cargando sus herramientas de trabajo, balanceando equilibradamente su cuerpo en la torre ubicada a 150 metros sobre el mar...

Allá abajo, podía ver como puntos minúsculos a las aletas de los tiburones, esperando quizás que alguien perdiera el equilibrio o simplemente porque les gustaba jugar alrededor de la costa.

Entonces pensó que ya no tendría que soportar más los gritos destemplados y los empujones de los ingenieros y los capataces exigiendo más rapidez en los amarres del fierro o la preparación y colocación de la mezcla que traían los gigantescos camiones cada 10 minutos. Por fin había dicho “*sayonara*”, a todo ese mundo tan lejano y tan cercano de *Tokio* a la vez.

Empezó su último recorrido, en aquel ferrocarril de 10 rieles y niveles, donde trenes de todos los colores pasaban casi rozándose a velocidades increíbles...

Subió al andén y de pronto se coló a la multitud haciendo cola para ingresar al tren verde de la línea Yamanote que iba a partir de la estación de Shinjuku.

En un segundo, todo ese mundo se puso en movimiento y el vagón empezó a pasar estación tras estación.

Primero, estaba *Shin Okubo*, donde las colombianas, tailandesas, chinas y rusas te ofrecían sus encantos por algunos miles de yenes, luego seguía *Ueno*, donde los iraníes te ofrecían sus milagrosas tarjetas electrónicas adulteradas que duraban tres veces más que las tarjetas normales y en donde se alojaba aquella legión de mendigos alcohólicos y/o vagabundos llamados homeless o sin hogar que nunca imaginó que existiera en el Japón.

Pasó luego por *Akihabara*, donde las tiendas venden lo último en inventos, algo que quizás fue creado sólo hace algunas horas; finalmente llegaba *Kanda*, con el sabor del relajo por el día libre que tomaba para ir a tramitar el visado que le permitiría permanecer un año más como un ciudadano de segunda categoría en el país de sus ancestros.

Un grupo de bulliciosas colegialas, mostrando sus piernas seductoramente y coqueteando con un grupo de extranjeros que las miraban con ojos de malicia, le distrajo temporalmente en sus pensamientos lejanos. Hasta que los tres hombres, descendieron haciendo bromas en un idioma que sonaba al persa y una de las muchachas les alcanzó una hoja con un aparente número telefónico; alrededor todo era tensión o indiferencia de parte de los varones japoneses, quienes nunca miran a las mujeres por más provocativas que éstas se presenten.

Lo único que recordó fue, que muchas estudiantes quinceañeras se ofrecían en los alrededores del parque de *Ueno*, por dinero o propinas de millonarios japoneses y también de algunos *gaijines* (foráneos) que les gustaban... en éste caso lo hacían por simpatía o “amor al arte”.

Luego, fijó otra vez su mirada en la ventana del tren que había abordado por última vez en sus recuerdos, entonces el pasado comenzó a fluir con la fuerza de una melodía incontenible y seductora como su vida cotidiana durante más de tres años en éste archipiélago o “*fábrica flotante*” como le llamaban muchos.

Sus recuerdos volaron al atardecer lluvioso en que descendió del Boeing 747 de *Korean Airlines* en la ciudad, pensando que había llegado para conocer el país de la perfección completa, y luego comenzaron a pasar como los trozos de una película a color, todos los lugares que había recorrido, los rostros que conoció, sus grandes triunfos y los grandes recuerdos así como también las grandes decepciones que vivió en las regiones diversas que recorrió como trabajador eventual o *dekasegui*. Desde los crudos inviernos en Nagano, desde la nieve lo cubría todo de blanco y las noches eran tan heladas que uno quería dormir abrazado a la estufa, hasta los eternos veranos y primaveras tropicales en la *Isla de Miyakejima*.

Desde las más pequeñas aldeas, donde la gente se guardaba temprano, a las urbes metropolitanas que permanecen abiertas las 24 horas del día.

Se veía dentro de la fundición soportando los 500 grados centígrados en la fundición de esa prefectura llamada *Aichiken* y se veía también con el uniforme y el casco de obrero de construcción en las alturas más increíbles

y finalmente en ese mundo mágico que fue el campo de sky donde gozo cada día de su trabajo. Estaba en un aparente estado catatónico durante una o más horas cuando de pronto sintió una voz ebria que le rozó con su aliento a whisky que lo despertó con sus palabras que calaban hondo

“Hermanito... algún día viviré libre, nadie me dirá lo que debo o no debo hacer no, soy seré libre... Jaamás entiendes, jaamás moriré de Karoshi (muerte por exceso de trabajo)... Sabes cuánto cuesta mantenerlos a ella y a mis hijos... no haré más horas extras... me iré a la montaña a pescar y beber libre de todo ¿sabes?, sólo miraré naturaleza y sueños... si, eso haré, saldré”.

Entonces coincidentemente con lo dicho por aquel personaje desvaneciéndose en un asiento, pensó que había llegado el momento de descender y con la sensación de no estar obligado con nada ni con nadie y de haber logrado parte de sus sueños, el extraño *gaijin* (extranjero) que algunos ya miraban con curiosidad se levantó como sonámbulo y con una carcajada descendió en una estación desconocida que escogió al azar. Había tomado una última decisión, se despediría cantando en un Karaoke hasta más allá de la medianoche, disfrutaría por última vez de la cortesía comprada a las modernas geishas de Karaoke, comería un *ramen* (caldo típico del Japón) bien servido y luego se alejaría para bien o para mal de la jaula dorada que había mantenido vivas sus esperanzas y sueños más íntimos, volando a la libertad nuevamente.

Mientras tanto en su presente, los últimos noctámbulos se retiraban de los bares que todavía quedaban abiertos en la avenida La Colmena y las sombras de dos ebrios tambaleantes avanzaban contemplando que en el horizonte se

apreciaba ya la silueta del nuevo sol naciente que aparecía reflejándose en el monumento al generalísimo San Martín y brillando sobre toda la capital peruana.



Último Anochecer en Tokio

EL ÚLTIMO DÍA

*“Hoy el cielo soltará sus lágrimas
hoy las nubes, sus párpados vaciarán
aquellas emociones más profundas
humedecieron los campos por doquier”.*

La tarde estaba fría como nunca antes, el *fuyu* (invierno) se empieza a sentir con más fuerza” sería el comentario generalizado en algún momento del día.

Mientras tanto, las luces de la planta se encendieron en secuencia iluminando, como todos los días, a los pozos de tratamiento del agua pesada, dándoles la apariencia de las fuentes nocturnas en alguna de las grandes ciudades.

Para aquel hombre de edad mediana, con destacado perfil *semijaponés* (de mestizo) o *semigaijin* como le bromeaban algunos era definitivamente el último día contemplando aquella parte de las instalaciones que lo cobijaron dos largos años con sabor a melodías japonesas y *taisho* (ejercicio matutino de fortalecimiento) en las mañanas, el *ovento* (la merienda) insípido del mediodía y el sudor acumulado al anochecer...

El uniforme que alguna vez fue nuevo, ahora parecía plomo, por lo descolorido y grasoso en que se hallaba, pero seguro podría pasar aún como vigilante privado en su país. Ese color era la sinfonía unicrómica que identificaba a los hombres y mujeres, japoneses y *gaijines* (extranjeros), brasileros o peruanos.

Había sido indudablemente su segunda piel durante diez o más horas diarias seis veces por semana.

Se puso a meditar observando el cielo y un avión que pasaba iluminado intermitentemente el cielo y que dejaba un eco en el aire. Había sido una nueva experiencia, en todo el sentido de la palabra, muy dura al inicio, pero resistió y logró vencerse a sí mismo, logrando hacer lo que otros aguantaron solo días, semanas o meses.

“Parte de mi juventud quedará como el testimonio mudo” pensó, mientras empujaba el transporte de desechos llamado *“lifto”* y descargaba luego el material plástico que no servía por vez última.

Al retornar, se halló de repente situado en medio de un callejón de miradas masculinas y femeninas ubicadas alrededor de las máquinas y de las zonas de empaque del producto que diariamente fabricaban, *“si alguna vez hubo naturales fricciones y malos momentos se olvidan ahora”*..., susurró para sí mismo.

El primero, en acercársele fue aquel *hancho* (jefe de grupo) duro que le hizo morderse las entrañas muchas veces dándole por un lado secretos y por otro críticas constantes a voz en cuello. Aprendiendo a entender con él y otros operarios que las pasadas de mano de Japón no eran cuestión de homosexuales, sino una muestra de amistad y bromas. Ésta vez le dio una palmada acompañada de un sonoro: *“¡Donde estés siempre recuérdanos y siempre lucha... ten fuerza!”*; y, con su acostumbrado paso rápido se alejó a continuar supervisando la labor en las máquinas que todavía estaban encendidas.

Las chillonas *obasan* (señoras) y los otros compañeros de la sección se sumaron a la fila de los apretones de mano y a las reverencias acompañadas de frases de despedida en japonés, portugués y español.

Entonces, en ese momento se sintió plena y finalmente identificado con este mundo al cuál le costó acostumbrarse al ritmo de la línea corriendo a cada segundo, a los horarios programados fijos, a la minuciosidad estricta en la revisión de la calidad y a las tareas compartidas con los robots musicales que iban y venían llevando los materiales por toda la sección y a los que el primer día, él como todos los peruanos evitaba con un salto a un costado, pensando que de lo contrario iba a chocar uno y deteriorarlo, cuando en realidad ellos tenían sensores que detectaban la presencia humana más cercana y estaban programados para eludirla a un metro de distancia.

Fuera, al otro lado del Pacífico lo esperaban otra vez la inseguridad por el futuro, un sentimiento inverso a lo que sintió cuando salió dos años atrás de su país natal.

Dio una última mirada a todo y a todos, agitó la mano y con una voz entre emocionada y de última broma que procuraba hacerse oír dijo en japonés; “*¡Adiós a todos... me voy al otro mundo!*”, algunas mujeres le respondieron en coro, con sonrisas y miradas de fraternidad verdaderas o falsas: “*¡Que te vaya bien hermanito... cuídate, vuelve si puedes ¿sí?*”.

Entonces, bajó las escaleras seguido de las miradas de todos. Abordó su ya veterana bicicleta negra de carreras y se alejó camino a la tienda de menús preparados listos para llevar o “*bentoya*”, como lo venía haciendo todas las

noches desde que llegó al país de los árboles del *sakura* (de los crisantemos) que sólo florecen una vez en cada año, como el presagio de cada invierno.

“Pasaré esta Navidad con los míos”, fue el último pensamiento que le acompañó, mientras observaba los grupos compactos que iban y venían como enjambres de y hacia la estación de tren, donde destacaba en un aviso luminoso en caracteres *Katokana* (uno de los alfabetos japoneses) *“Gambate”* (¡siempre lucha... sé fuerte!) y triunfarás como *Kazu* (nombre de una de las estrellas japonesas del fútbol entonces)”.



El Último Día

EL COLOCHO

*“Nuestra amistad pura y cristalina
como un manantial nunca se secará
ayer nos conocimos en Nihón
hoy nos separamos en Nihón
la vida es tal cual una barca
que te lleva de puerto en puerto”.*

“... Sabe camarada, aún quedamos dos de los que Ud. dejó, su servidor y “Super Witi”..., probablemente yo regrese a mi Colombia natal dentro de dos meses y seguro enfrente un juicio o un pelotón de fusilamiento por desertor, como me advierte “Witi”, no sé si lo dice por convencerme para que me quede y lo espere, la verdad me da pena, pero han sido siete largos años... dos vividos con Ud. ¿recuerda ese día?... de “la entrevista”?...

Ahora empiezo a hacer las compras para la familia y creo que sí pude lograr mi sueño, pero nunca seré el mismo, ahora soy peruano también y aunque sólo hubiese sido chalaco de palabra, aprendí a pensar mucho como Uds. “Chacalón” fue cogido y encerrado en la penitenciaría de Gumma... parece que comenzó a malearse el muchacho, siempre lo visitaré hasta el último día de mi regreso, pobrecito... y a Ud. ¿cómo le va en el Perú?, Ojalá bien. Hasta siempre. Su amigo el “Perucho Colocho”.

Terminaba con esa frase la carta que acababa de llegar del ahora lejano Oriente, parece que sucedió ayer, pero fue hace muchos años atrás.

Hace mucho tiempo atrás, también la tarde caía lentamente mientras uno a uno habíamos despertado rápidamente para ir a nuestros puestos de trabajo, pero mientras esperábamos entrar en acción con el cambio de guardia a las cinco en punto, enfundados en nuestros pantalones y casacas de combate blancas como la nieve del invierno nos concentramos en la plazuela improvisada sobre las bancas color de nuestro uniforme, al costado del jardín y la piscina de los peces carpas que de rato en rato sacaban del agua sus largas bocas para pedirnos pan.

“No pude dormir carajo y estoy aquí casi desde el mediodía” se quejaba *“Mandrilo”*, mientras bostezaba. ¿A sus cincuenta y cinco años la vida se vería diferente? Me preguntaba una y otra vez.

“Tírese la paja y verá cómo se queda dormido al toque, tío. ¿Ése es tu secreto, no Nishikawa?” era la *“Bestia de Huacho”*, que me dirigía la palabra sonriendo y abriendo la boca más de lo debido.

De pronto, el moderno ómnibus de la empresa, traspuso el umbral trayendo al personal nuevo y a los postulantes a alguna vacante. Todos habían llegado en ropa de calle: japoneses y peruanos o brasileros.

Y desde la ventana del edificio del frente la mano del supervisor *Amano*, que me llama apresuradamente, su rostro parece demasiado expresivo y gentil.

“Te necesitan como traductor Nishi, mira al ponja allá” y es Super *“Witi”*, que me empuja con sus dos manos.

Subo, apresuradamente las escaleras y espero que ésta vez no tenga que intervenir en algún tipo de conflicto o que a alguien se le haya ocurrido renunciar y solicitar informe sobre sus beneficios sociales, y que se trate sólo de entrevistas o presentaciones formales de los novatos.

Arriba las figuras ya han tomado asiento alrededor de la mesa y de los sonrientes entrevistadores japoneses. Uno nunca sabe con ellos hasta dónde llegan los límites de su hipocresía o si están hablándote con verdadera sinceridad.

“Dales la bienvenida a nombre de la empresa, luego pregúntales de dónde vienen, cuánto tiempo tienen en el Japón y qué han aprendido” es el gerente *Matsuyama*, que me pide dirigirles la palabra.

De pronto uno que parece brasilero, se levanta orgulloso y en perfecto japonés dice que no necesita de traductor, se va al costado a dialogar con *Amano san* el otro gerente entrevistador.

Se ha reducido mi trabajo, me digo, mientras suspiro aliviado y veo sólo cinco personas que se me acercan y me hablan con la mirada, pero no sé de qué país son.

“No hablamos nada de japonés, por favor ayúdanos pe’ compadre”, es el más veterano, un peruano hijo de padre y madre japoneses. Me sonrojo en parte de rabia y en parte de vergüenza.

Empiezo mi labor con cada uno de ellos y voy avanzando uno a uno explicándoles las condiciones de trabajo nocturno solamente y la forma de

pago así como las ventajas que tendrán si son “*seleccionados*” y se quedan a trabajar en la empresa.

Es que la necesidad de mano de obra es galopante en éste periodo del año, que es difícil que rechacen a alguno de estos “*postulantes*”.

Tenía que aparecer por algún lado, me dio su pasaporte y lo vi bien, decía República del Perú. Era uno de los nuevos modelos de color guinda, la fotografía mostraba su rostro casi rubicundo y lleno de pecas... Manuel Ishiro Martínez, fecha de nacimiento 23 de junio de 1967, lugar Callao, etc., etc.

“Aquí dice que Ud. es chalaco y que tiene 25 años de edad. ¿Cuántos años tiene en el Japón y qué aprendió a hacer?”

“Soy. Soy del Caca... Callao y sí tengo... esa edad...”

Todos volteamos los ojos de curiosidad al ver su reacción extremadamente nerviosa y aquel dejo en español extraño para casi todos, pero que de inmediato me permite descubrirlo como no peruano.

“¿Es Chalaco no?” le vuelvo a preguntar en un tono de voz bastante amigable; también me doy cuenta que seré responsable de su selección, y si por mi culpa contratan un peligro social seré el único a quien deben reclamarle todos.

“Este... no le entiendo, qué me está hablando...”, su rostro desencajado y su voz no peruana me convencen que es un extranjero de otros lares y con un pasaporte nuestro.

Los demás parecen haberlo descubierto, pero se hacen los locos también, sólo saben que la responsabilidad recaerá en mí, sí me equivoco y selecciono un delincuente o quizás un criminal.

“Ya le diré en privado qué significa Chalaco, finalmente quiero que me diga si ha tenido problemas en sus otros empleos... si Ud. está solo en un cuarto y tiene una fruta barata en frente, la agarraría o no... dígame, quiero su respuesta sincera... mire que ya me di cuenta de su situación, pero quiero ayudarlo si Ud. es sincero conmigo”. Lo miro de pies a cabeza, procurando no equivocarme.

“No señor, nunca... no soy ni seré ladrón, puede que Ud. ya haya descubierto que no soy peruano, pero no soy un mal hombre, hace dos meses que duermo en la calle y ya empieza a caer la nieve, no quiero enfermarme, se lo suplico...”.

Ésto me lo dijo casi susurrando para que no se enterasen los otros, luego de ello finalmente me di cuenta que éste hombre no mataba ni una mosca.

La mayoría de veces me ha bastado una mirada y/o un gesto para conocer a la gente y casi nunca me he equivocado, salvo en dos o tres oportunidades.

Pensé que ésta vez también había acertado.

Ahora sentado en la lejanía estoy seguro que no me equivoqué con el “Colocho”, la prueba la tengo en mis manos... su carta, tan humana y sencilla.

“Peruano también ¿no?”... miré su pasaporte, “pero porqué está tan asustado y nervioso?”, es Matsuyama, que empieza a sospechar por los gestos mientras se toca el cabello por los costados como echándose un fijador.

“Acaba de tener problemas familiares señor, pero tiene buena voluntad para el trabajo y creo que se esforzará por trabajar duro...” le respondo con voz suave y una sonrisa intentando tranquilizarlo.

Para terminar su suplicio le hago entrega de su uniforme nuevo talla L, mientras le voy enumerando una a una las normas de limpieza y de conducta en la fábrica y en los alojamientos.

“Dile que se vaya a bañar inmediatamente y se relaje en el ofuro... eso es bueno para los nervios... vamos, dile y ya no le hagas padecer mirándolo como bicho raro” y es el refinado de Amano San, quien interviene para decirle que está contratado y que no se preocupe.

Agarrándole del hombro él jefe, tratando de hacerse entender directamente, pensando que todos los extranjeros lo entienden, le dice en inglés:

“Don't worry... take it easy my friend” (no te preocupes... tómalo fácilmente).

Luego, le coloca un gorro blanco de trabajo y me ordena decirle que espere afuera mientras termino el mismo trámite con los otros.

“Gracias... Muchas gra... cias amigo... Soy chal.... ¿Cómo dijo?”

“Chalaco”, y por favor ahora sí déjame terminar... empiezas mañana, espérame afuera para llevarte al baño y a tu cuarto... junto a los demás”.

Uno a uno, voy terminando las entrevistas y llenando todos los datos en las fichas de trabajo, hasta que llegó al último *brashico*, quien al terminar sólo atina a preguntarme.

“No habría gustado ao senhor haber nascido no lado Brasil y no em Perú. Você e brasileiro mesmo” (Ud. es todo un brasileiro).

“Soy peruano y siempre seré eso con mucho orgullo ¿sabe?...”

Le respondo con una sonrisa. Cuántas veces algunas personas creen erróneamente que es el país el que hace a la persona y no inversamente.

Pero, desde aquel día ese colochó se cubrió de nuestra piel peruana y asumió como tal su nueva imagen, pero aprendiendo sólo lo bueno de lo nuestro, nunca se le oyó hablar una grosería o jerga, parecía un caballero, como acostumbramos llamar a los que son bien educados.

“Ése no es peruano ni de vainas... Es un colochó”.

“Tú tampoco eres Raúl Sato, eres Raúl Mamani y otra cosa, y no eres descendiente y nadie dice nada, pendejo”.

“¿Cuánto le habrá costado su pasaporte y cómo lo compro?”

“Dicen que es fugitivo del ejército de su país y no quiso matar terrucos, ¡qué maricón!”

“Creo que tenía la razón, ¿para qué morir solo como un perro condecorado en la selva?... si podría venir a ser más útil a los suyos desde aquí.”

Desde ese día, la gente chismoseaba mucho a sus espaldas y a veces se burlaba de su extraña situación, pero nunca, salvo uno. El “*Matador*” le faltó el respeto o maltrató en alguna forma.

“¿Quién está jodiendo al Colochito?... el que se meta con él se mete conmigo mierda, lo entienden?”, era el negro Hamilton y la mayoría de los muchachos que hicieron causa común a su alrededor.

Hamilton, no lo podía creer se enteró que su amigo íntimo y paisano. El “*Matador*” era aquel que hostilizaba y maltrataba al “*Colocho*”.

Igual sucedió con “*Witi*”. El otro “*liberteño*” que rompió palitos con su pata y hasta se encariñó tanto con el “*Colocho*” que no lo quería dejar volver después.

Fue en una noche de luna, que ocurrió lo que se venía venir, ambos paisanos se trenzaron en el canchón oscuro y aunque Hamilton era un alfeñique se dice que contó con el apoyo de “*Chacalón*” y de otros dos.

Al último, El “*Matador*” se vio obligado a respetar al “*Colocho*”; y, con el tiempo a emigrar voluntariamente a otra fábrica, porque según decía sólo de boca para afuera, creo: *“Los dos no podemos vivir juntos... uno tiene que irse, pero nunca olvidaré a los traidores”*.

En otra parte de su carta el “Colocho” me decía *“Nunca olvidaré lo que hicieron ustedes para ayudarme y siempre recordaré que nunca me denunciaron ante los japoneses... a pesar que los veía diferentes en personalidades todos coincidían en tener buenos corazones”*, hasta El “Matador” *¿qué le parece?, me encontré con él otra vez en el supermercado y me invitó a tomar algo, diciéndome que no era nada personal, sólo que le daba pica que le dieran más valor a un extranjero de piel blanca y yo en parte le doy la razón ¿sabe?, ustedes se dejan guiar más por la apariencia que por otra cosa y eso está mal, una persona vale por sí misma, nunca por el color de su piel... dice que todavía vuelve al Perú en un año más... le envío un abrazo de él también”*.

Han pasado dos años, desde la recepción de esa misiva y parece que la tierra se tragó a todos, pero siempre reflexiono sobre las frases del “Colocho” y la predisposición de nosotros los peruanos a ver a lo extranjero como algo superior... mientras que otros como los brasileros y japoneses se sienten muy orgullosos de su país y más bien desean incorporar o asimilar nuevos potenciales humanos positivos de su propia etnia o grupos asimilados, pero imponiéndoles sus propias normas de conducta y del trabajo. Mirándolos de igual a igual y no de abajo hacia arriba.

Pero, de una manera u otra también se demuestra nuestra gran humanidad sin fronteras hasta el extremo que llegamos a hacer sentir nuestra identidad nacional, aunque fuese sólo por necesidad a un “milico” colombiano fugitivo que de seguro mientras viva siempre recordará con verdadera gratitud latinoamericana eterna, al grupo de peruanos que lo aceptamos y le hicimos sentir, sin discriminarlo que era parte de nosotros.



El Colocho

(TÓMALO FÁCIL O MEJOR RÍETE DE TÍ MISMO)

TAKE IT EASY

“Vuela y sonríe sobre todas las cosas, incluso penurias y problemas que siempre habrá un nuevo anochecer y un nuevo sol naciente esperando por ti”

Aún lo recuerdo, han pasado más de 20 años de aquellos diálogos en 1995. Todos estábamos sentados alrededor del Jefe líder de sección, *Amano San*, sonreía o trataba de transmitirnos su energía positiva, al fin y al cabo esa debe ser la función principal de un buen *Sacho San* (Jefe de sección en el Japón) ¿no?. Dar ánimo a los subordinados.

Los demás silenciosos parecían querer pasar el rato. “*Goto*” el japonés que parecía haber perdido el don del habla y que no dejaba de atar o hacer algo aun estando en la oficina de coordinación, solo se comunicaba con monosílabos cuando se lo preguntaban y respondía con un gesto, parecía estar aburrido de todo y hasta de sí mismo, pero siempre atento y siempre cazando como arácnido, el menor atisbo de trabajo que apareciese en su camino.

El *oyisan* (abuelo) *Takao*, parecía mostrar en su lenguaje paraverbal algo de sufrimiento imparable dentro de su alma, su mirada siempre buscaba algo como conteniendo el llanto, pero de vez en cuando también sonreía y dejaba mover sus lentes diciéndonos que estaba bien, te dabas cuenta de su tristeza y te hacía una broma aunque fuese absurda para hacerte sentir bien y quizás para hacerse sentir bien él mismo, pero yo no le creía y le intentaba hacer sonreír de verdad en mi japonés con dejo peruano seguro.

El *brasileiro Saito*, siempre mostrando algo de ambos pueblos su japonés marcado y su rostro de samurái, no dejaban de disimular aquel danzante natural de samba en Sao Paulo y Rio, al otro lado del Pacífico y de pronto el más extraño ser que vi en mi vida, casi un robot humano que no paraba de cargar y atar maquinas o piezas, su cabello largo y negro hasta la cintura le daban más ritmo a su labor, parecía decir con sus gestos “*oigan ya dejen de holgazanear... muévanse como yo*”, sus movimientos hablaban y parecían decir soy el trabajo encarnado en este cuerpo, ¡soy un robot y no un ser humano!.

Éramos los únicos hombres, de la sección plagada de más de 500 o mil damas laborando en esa fábrica de *Yamanashi Ken*. Yo por mi parte pretendía observarlos y leerlos a todos por sus lenguajes de cuerpo, además de la lengua que nos unía como canal fraternal, pero quizás no me leía a mí mismo o probablemente alguien me estaba leyendo, sin darme cuenta yo mismo.

La verdad estaba cansado de la rutina diaria de 10 a 12 horas de trabajo diario y los sufrimientos de las mujeres me afectaban también y me hacían sentir a mi madre lejana en el otro lado del Pacífico.

Recordaba cuando todos estos días me chocaba sucesivamente con doña *Isidora Ishikawa*, la brasilera japonesa a quien veía todos los días llorar empujando su coche pesado lleno de piezas de las auto partes que fabricábamos para la Toyota; y, quien me susurraba en portugués: “*Eu sofro muito... Freddy Eu sofro muito*” (*Yo sufro mucho Freddy, yo sufro mucho*), y oírla llorar en medio de las demás mujeres que la impulsaban a seguir en la rutina con gestos a veces hostiles, me dolía y solo podía decirle “*tudo isso vai terminar forza senhora*” (*Todo eso va a terminar, fuerza señora*) y luego

me auto-interrogaba preguntándome: “¿por qué debemos quejarnos nosotros si tenemos trabajo aquí y otros no lo tienen en el mundo?”, “¿queremos vivir cual holgazanes?!!!”.

Me decía con una visión autocrítica, “¿por qué no me acostumbraba a la colmena yo mismo? Si dejé colgados los libros, la política y las teorías allá en Perú, fue porque debía empezar a usar una combinación de manos y cerebro en este país de mis ancestros ¿o no?”. Al fin tendría más dinero, ganado limpiamente.

Estaba en esas meditaciones dialécticas, olvidando las presencias de todos cuando *Amano San*, me leyó y me puso su mano en mi hombro y llamó a todos quienes me comunicaban con sus lenguajes paraverbales todo lo que significaba el trabajo para ellos y nos dijo a voz en cuello: “¡Vengan vamos a tomar té, vengan todos!”, y sonrió muchísimo, él parecía el más lúcido, el ídolo de la película de Hollywood y nos habló en ese japonés ceremonial, culto y calmado que siempre lo hacía destacar entre todos, aun con sus canas de cincuentón que desaparecían con esa mirada de optimismo y la juventud eterna en ese gesto que se me grabó por siempre.

“Oigan todos, tenemos que trabajar y tenemos problemas ¿entienden? Pero así es nuestro país, uno de los mejores del mundo, nos hemos levantado de la guerra con dos bombas atómicas y no tenemos niños muriendo como en África y no vivimos como los palestinos, bajo una ocupación cual ratas hambrientas ¿o sí? ¡¿Se sienten mal aquí?! No señores, aquí trabajamos duro; es verdad, pero eso es parte de la vida tu Nishihara San, me dijo observando fijamente mis pupilas sonrío a la vida, ¿Cómo está tu país crees que mejorara con ese Fujimori? Los infiernos no cambian con una intención

aparente y tu Saito, ¿deseas volver a Brasil a morar abandonado en una favela de Sao Paulo o quedarte y jubilarte más seguro aquí en Japón?”.

“Uds. dejen ya de trabajar”, les dijo a los otros dos japoneses que se movían cual robots humanos por los costados, relájense y tomen té, ¡todo en exceso está mal!! ¿WAKARIMASUKA?” (¿ENTIENDEN?) y al viejo lo abrazo y le dijo: “adelante Takao, tú sabes que tu esposa vivió contigo ya se fue al mundo de los ancestros, pero te espera gambate !!!(¡Animo!!), su discurso tenía fuerza marcial y a la vez tenía un eco de liderazgo, fue un discurso que mencionaba la fuerza de Japón y de cómo debíamos seguir adelante con ese mismo espíritu en nuestras vidas, finalizo con una expresión en ingles nos dijo: “¿saben los americanos cuando tienen un problema dicen “take it easy”, tómallo sencillamente, ¿por qué hacer más problema? Yo discrepo y odio a los yanquis por Hiroshima y Nagasaki, pero creo que en eso tienen razón debemos tomarlo así con sencillez, no con total seriedad, no señores, ríanse de Uds. mismos ¿sí?, ¡vamos!!! ¡GAMBATE!!” (¡ANIMO!!! EN JAPONES)” y echó a sonreír muy sonoramente, intentando transmitir esa energía a todo pulmón; al fin y al cabo, para eso se necesita un jefe en el Japón moderno “¿no es verdad?”. me auto interrogué

Mientras tanto, mentalmente aun escuchaba como fondo la despedida de mama en el Jorge Chávez hace 4 años atrás y la canción preferida de ella: “Un beso y una flor” de Nino Bravo, combinados con melodías en japonés de noches de karaoke y la vieja melodía “Take it easy” de The Eagles (en Ingles) Amano, sonrió y me trajo a la realidad con un brindis de té, chocando mi taza con la suya y así con esa mezcla de sentimientos volvimos a las seis horas que aún nos esperaban en esa gigantesca máquina imparable que devoraba nuestros sueños más profundos de 8 a.m. a 8:00 p.m. de lunes a sábado.

Sonreí y me dije a mi mismo "take it easy" (tómalo fácilmente o mejor riéte de ti mismo)

(Ciudad de Arequipa madrugada del 22 al 23 de Noviembre del 2016)



Tómalo fácil o Mejor Riéte de ti Mismo

EL YAKUZA AMABLE

*“Busca siempre la esencia más allá de
las simples apariencias humanas”*

Fue hace mucho tiempo de esto, pero hoy lo recuerdo y de pronto *Takeuchi Hayashi*, el amable hombre que trabajaba con nosotros en la fábrica y que muchos consideraban como el japonés más inofensivo de la planta de producción de la *Kimuraya Bakery*, con 5,000 japoneses, 200 peruanos y 600 *brasileros nikkeis* entro a los baños y al *ofuro* (equivalente al sauna occidental) todos estábamos en paños menores o desnudos y de pronto todos casi saltan de terror del lugar, incluidos *japoneses, peruanos y brasileros nikkei*.

Su cuerpo, estaba tatuado era un *Yakuza*. Todos se alejaron, algunos salieron corriendo como podían, era como si un tiburón se hubiese metido con nosotros.

Yo me quedé y ni me moví, pues sé que en la *Yakuza* o fuera de ella hay seres humanos. *Takeuchi San*, entonces se me acercó y sonriendo amablemente, como un niño muy ingenuo me dijo: "*¿qué les pasa Nishihara San?*" "*Wakaranae San*" (no entiendo) le dije y le sonreí mientras disfrutábamos del relajo de las aguas calientes luego de 12 horas de trabajo. Entonces, con el único japonés alrededor y dos peruanos y tres brasileros mirándonos de lejos, tratando de hacerse los que no nos escuchaban, solo reflejando sus cuerpos en los espejos mientras se afeitaban me dijo "*¿te gustan los trazos en mi cuerpo? ellos me resguardan del mal ¿sabes Nishihara?*" "*Claro que si Hayashi San lo sé*", le respondí.

Entonces, me contó de su mujer de su hijo y de su trabajo que había sido muy agotador. Me sentí asombrado de su cultura, sabía mucho de Perú e inclusive me dijo en tono muy cómplice:

"Ese Fujimori que han elegido es un simple vulgar ladrón no tiene honor, ya verán, mi oyakata lo decía antes de que me retire de la banda"

"¿sí? a mí también me parece Takeuchi San".

Entonces, se me ocurrió ir más allá y le dije: *"¿por qué trabajas aquí?, ¿eres un yakuza no?"*

Me sonrió amablemente y casi se resbala de nerviosismo cuando se lo pregunte, que hasta ahora me queda su gesto de niño tímido al que le van a someter a una prueba difícil en el colegio frente a decenas de ojos humanos. *"No... no me preguntes eso... yo no soy yakuza..."* Tartamudeo, *"¿y los tatuajes y todo lo demás"* le dije. Entonces me miró como deseando soltar las lágrimas.

"Me han corrido de varias fábricas, yo solo tengo esto, fui Yakuza.....pero no más ¿entiendes? ¡¡no más!!!!"

Le di una palmada y con una mirada le transmití mi solidaridad, mi confianza *"Eso no importa más Takeuchi san ¿waku? (¿entiendes?) Ima anata wa ii hito sore waichiban taisetsuna no coto ¿ne Takeuchi San? (Ahora tu eres una buena persona ¿es lo más importante no Takeuchi?)"*

Mientras el agua hervía el comenzó a llorar incontinentemente y me abrazó delante de los demás. Hice como mi madre me enseñó en esos casos y trate de transmitirle buenas energías, procurando consolarlo.

Entonces, los individuos que estaban alrededor comenzaron a reírse y decir en japonés, portugués o español un mensaje común.

"¿Le hemos tenido miedo a esta basura, a esta lacra cobarde? seguro lo han botado de la yakuza por bruto o cobarde jajajajjjj".

Yo respondí en japonés y les encare diciéndoles con fuerza y a punto de agredirles: *"¡Sonkeishite kudasai ninguen dake desu!!!!"* (Respeten es sólo un ser humano), luego de un bramido que me salió de las entraña por la herencia de mis ancestros del sol naciente, salieron despavoridos y me quedé a solas con el animándolo y diciéndole que todos tenemos el derecho a cambiar y salir adelante en nuestras vidas.

La última vez que le recuerdo, fue cuando brindamos con sake y varias cervezas *"Sapporo"* por Japón, la fábrica y el emperador, el canto para los gerentes de la fábrica en el karaoke *"Sarai"* del famoso dúo japonés, integrado por *Tanimura Shinji* y *Kayama Yuzo*. Espero que Dios le haya bendecido y haya logrado avanzar en la vida, junto a su familia.



El Yakuza Anable

HIROSHI CHAN Y SU VISITA DE AÑO NUEVO

*“No temas encontrarte con el dulce pasado
que un día te hizo feliz
siempre estará allí
y no te recriminara como una madre
jamás lo hará con un hijo”*

Son las cuatro de la tarde y se escucha el altavoz en el *ryo* (cuarto de departamentos de los trabajadores) la voz de *Mutsume San* la encargada de recepción y administración, dice en japonés.

“Tanaka Hiroshi San, su mama ha venido desde las montañas de Nagano ken a visitarlo, por favor venga al vestíbulo que ella le espera con mucho cariño por el año nuevo onegaishi masu (por favor)”.

Al escuchar, iba a ir a buscarlo en el cuarto que el compartía con dos peruanos, cuando sentí su presencia empujando la puerta que me apresure en abrir *“Nishihara San onegai (Nishihara por favor)”* su rostro colorado como el de un tomate y sus cabellos erizados de terror a sus cortos 17 años me hicieron sentir aturdido.

“¿qué pasa mi joven amigo?” pregunte en japonés

“no traduzcas a ninguno de los peruanos ni brasileros lo que has escuchado por favor, que nadie se entere” me responde muy avergonzado y a la vez con un poco de rabia

“¿Nani? ¿Naze boku no wakai tomodachi? Chimpaishinaide kudasai” (*¿Qué?, ¿Por qué mi joven amigo? No te preocupes”*) y le calmó con una palmada, favorablemente para él la mayoría de los extranjeros con los que

vivíamos no entendían nada del idioma nipón, habían salido, estaban descansando o trabajando aun en la gigantesca planta, de la *Kimuraya Bakery*.

A veces siento que, en todos los países hay gente que en vez de apoyar destruye y jamás desarrollara la empatía ni el sentimiento de protección por los más jóvenes.

Nuevamente, el parlante vuelve a invadir el espacio llamando a mi joven amigo *Hiroshi* y él se estremece.

Lo miro está entre pálido y colorado, entonces me atrevo a hablarle “*¿Qué pasa Hiroshi, porque te escondes de tu mama?, si la mía estuviera aquí le daría el cielo en Tokio*”.

Él, me responde mirando al suelo “*¿sabes? Yo, ya quiero ser un hombre y no volver a casa*”.

“*Ah el gran hombre que deja a su mama llorar en año nuevo, después de que esta ha viajado más de 10 horas en tren desde las montañas de Nagano para buscarlo ¿no? ¿eso es un hombre, dejar llorar a una madre?*”

“*Nishihara yo la quiero, pero no me quiero sentir que dependo de ella y de mi padre ¡yo soy independiente!!!*” fue su respuesta

“*Hiroshi ¿quieres ser un obrero trabajando toda tu vida verdad, bebiendo con extranjeros y dejando que tu madre llore por tu orgullo, por estos peruanos con los que vives hace solo un año?*” le digo sintiendo mi corazón

e imaginando a su madre ansiosa en la sala de espera del primer piso de nuestro hotel de dos estrellas.

“Ella quiere que concluya la secundaria y no sé qué más sigue Nishihara....” Me dice sintiendo confusión.

“Sigue la vida Hiroshi, tu aun tienes 17 y tienes a una madre que otros ya no tienen ¿sabes porque el señor Carurosu Shiroma, llora y a veces se embriaga de pena?”

Mueve la cabeza diciendo *“No”*; y le respondo con voz casi quebrada que es por su mama en Perú. Me mira confundido y me abraza como a un padre diciéndome *“Nishihara ¿me llevas contigo, cuando vuelvas a Perú de paseo?”*

“Si, pero anda mira a tu mama, mira yo ya estoy llorando por la mía” le digo con voz sincera imaginando a mi progenitora sonriendo por mi buena acción.

Finalmente, convencido se aleja bajando las escaleras como un niño que salta jugueteando.

Me quedé dormido y al despertar *Hiroshi*, me aguardaba sentado en la silla del costado, como vigilando mi sueño, ya se escuchaba como telón de fondo la voz de *“Chacalon”* diciendo *“Yo lo voy a malear a este ponja, le voy a enseñar a ser pendejo que ya no parecerá japonés puta madre”*.

Yo respondo, con una mirada de furia que lo hace callar, me levanto y lo llevo afuera para conversar.

“Nishihara San, mi mama me trajo un regalo de año nuevo que estúpido iba a ser al no bajar y ¿sabes? Además La quiero mucho y volveré con ella en tres meses luego que termine el contrato aquí”.

“Le he prometido, que concluiré la secundaria y luego veremos qué pasa, dice que mi padre ya no me exigirá trabajar...pero yo volveré aquí a visitarte ¿aquí? ¡y tú debes cumplir tu promesa, iré a conocer el Perú!! ¿es una promesa no?”

“Hai sono mama desho Hiroshi San” (Si así será de esa manera *Hiroshi*). Saqué un par de cervezas *Kirin* en el jardín, lejos de los maleados que nunca me agradaron.

“Kampai shimasho ¿ne? Tanaka San”, (Hagamos un salud Sr. *Tanaka*) ésta vez le llamé por su apellido, procurando hacerle sentir adulto.

Solo fueron dos o tres cervezas por cabeza, casi la despedida de *Hiroshi*, mi joven amigo japonés, recuerdo aun que tres meses después lo ayude a embarcarse en el tren *express* que salía de *Tokio* rumbo a sus montañas. Me volvió abrazar y advertirme que muchos de mis compatriotas peruanos sentían muchísima rabia porque yo les controlaba que no se portaran mal en la empresa y que había escuchado que querían atentar contra mi vida por eso, solo sonreí dentro de mí, pues la hipocresía y la maldad andan de la mano siempre.

Deseo que donde esté *Tanaka Hiroshi San*, mi amigo haya encontrado la vida sin olvidar a sus padres y que sea feliz por siempre. **AKEMASHITE OMEDEOU GOZAIMASU (FELIZ AÑO NUEVO)**



Hiroshi Chan y su visita de Año Nuevo

EN LOS ACANTILADOS DE MIYAQUEJIMA

Por Freddy Ortiz Nishihara

Hoy la Isla de Miyaquejima, no existe más; pues, en un día de Julio del año 2003, fue sepultada por el volcán local, que destruyó todo lo que la mano del hombre había edificado y pensar que hace diez o más años atrás un grupo de trabajadores laboramos construyendo muelles y mejorando la infraestructura turística de esta Isla a 10 horas en Ferry de Tokio y 2 horas en Japan Airlines, nuestra huellas y padecimientos quedaron sepultados para siempre, reapareciendo solo en mi memoria de aquel poblado acompañado de esa música enka tan sentimental en las noches tropicales, acompañados por la preciosas bar tender filipinas o coreanas. El presente relato trata sobre esa Historia del trabajo, protagonizada por modernos héroes laborales de ancestro japonés o no (los que falsificaron su Identidad)

Hayaku... hayaku!” (¡rápido , rápido !) sonó ruda y marcial la voz del veterano jefe de nuestro grupo de trabajo, quien siempre se ufanaba de haber causado muchas bajas a los americanos en la isla de Saipán, disparándoles desde un árbol y haber huido a sus dieciséis años en un bote de madera hasta el Japón , para no rendirse, ni cometer harakiri.

Esta misión ya había sido discutida en el campamento y el ingeniero dijo que teníamos cinco días para armar el nuevo muelle, sucediese lo que sucediese, no había opción, el contratista vendría de Tokio en diez días para inspeccionar.

Todos respondimos afirmativamente en japonés, mientras el tifón soplaba y procurábamos mantenernos bien pegados a la larga cadena de acero para no volar despedidos por el viento monstruoso de la tormenta tropical hacía el Océano, donde nos esperaban los tiburones o las puntiagudas rocas.

Sentí por primera vez, la sensación que deben tener los perros en el verano. Agua por debajo de los impermeables o piel artificial en ese momento, porque sudábamos como caños abiertos y sobre nuestros cobertores de plástico el agua caía con una fuerza terrible.

“Camarada, ... nos jodimos estamos en el infierno; dile al ponja, que paremos un rato”, se quejó amargamente con su rostro desencajado de japonés quebrado del mercado central, Jose Inamine.

Le di una palmada y sonreí, sin imaginarme que nos acercábamos a una de las filiales del infierno y le dije en una palabra que mezclaba el japonés con el español *“Gambate... ya llegamos”* (del japonés *“gambate”* o ánimo)...

El *“Colocho”*, la única persona que tiene hasta ahora la nacionalidad peruana, solo por un pasaporte falso con el alias de *Carlos Miyazawa*, “nacido en el Puerto del Callao”, solo atinó a sonreír y decir con un poco de calma en aquel dejo extraño para nosotros y aquella expresión de hermano evangélico.

“Ya llegamos... ya vieran Uds. en Colombia, avanzábamos igual, pero los guerrilleros estaban aguardándonos en los matorrales, aquí no... aquí no... calma”.

Mientras, el viento soplaba más y “*Goto*”, se había soltado de todos, quizás distraído por su agotamiento y era arrastrado hacía los acantilados por el “*Taifu*” (tifón en japonés), debiendo correr todos desesperadamente para traerlo otra vez a la cadena... de todos modos ya caía cuesta abajo por la pendiente, cuando decidí saltar y asido a la mano del jefe traerlo con un esfuerzo sobrehumano hasta el sendero, sentí que mi brazo era arrancado por el peso de su cuerpo, pero creo que cuando veo a alguien en peligro o enfrentándose a alguien más fuerte, pierdo la razón por ayudarlo, dejando de lado el instinto de supervivencia y despreocupándome por las consecuencias.

“*¡Carajo se cae el cerro!... traduce al viejo*”, gritó desesperado “*Chacalón*”, mientras se venía una capa de lodo, piedras y todo lo que se podía arrastrar.

Parece que, el viejo entendió el gesto aterrorizado e inmediatamente me dijo: “*¡shitsukani! Suiyaku shite Nishihara, asoconi ikimasho, ansenna desu*” (¡calma! tradúceles Nishihara nos iremos para allá es seguro) y efectivamente había otro cerro más alto justo detrás de nosotros... hice la traducción gritando a todo pulmón, porque con el viento no me escuchaban nada... “*Goto*”, sangraba copiosamente por la nariz y gritaba de dolor no sé porqué... corrí hacía él en medio de la niebla creada por el polvo, el viento y las olas marinas.

Una cadena de las que llevábamos le había alcanzado y le había impactado en el rostro dañándole las fosas nasales.

“*!Suguni San Goto wa dame desu... kusuri iru!*” (rápido señor *Goto*, necesita medicina) le grité desesperado al jefe de la cuadrilla, mientras, el

viento nos arrastraba y veía que algunos árboles eran movidos bruscamente del suelo y nosotros nos aferrábamos a las cadenas y todo aquellos que nos mantuviera pegados al suelo.

“*¡Gambate conerro... kowacunaide... core suguni o warimasu!*” (¡ánimo carajo no tengan miedo esto terminará pronto!) bramó nuestro líder en medio de aquel ataque de la naturaleza a nuestro alrededor y con una mirada que transmitía el don de mando nos hizo entrar a una pequeña caverna donde llegamos arrastrándonos.

Allí, acostamos a *Goto*, en una esquina y le dimos un coagulante que cargábamos en el maletín de emergencias, luego como le dolía la nariz, le dije al jefe que podría tener una fractura.

El viejo, reaccionó con un poco de frustración y rabia quejándose contra los latinos por su falta de valor, pero luego comprendió.

Entonces, dijo: “*¡El resto de la cuadrilla a los acantilados!*”, avanzamos un poco traumatizados, pero poco a poco vimos que el sol había vuelto a salir y la normalidad se respiraba en la isla.

“*Goto, no te preocupes ahorita le sacamos la mierda a este viejo hijo de puta y volvemos*”, gritó “*Chamán del norte*” mientras salía del hueco. Luego *Inamine*, le dio una palmada y finalmente yo le dije que le dejábamos algo de *Ocha* (té amargo) y galletas marinas. Él nos contestó solo sujetando nuestros brazos y mirándonos como diciendo “*vuelvan pronto, por favor*”, porque supongo que no podía hablar.

“*¡Mimna san ima daiyobu desu, tenki ga ii... umi de shigoto shimaho!*”
(*¡Todo el mundo ahora está bien el clima, vamos a trabajar al mar!*) Traduje para el viejo y todos marchamos hacía el antiguo muelle, volviendo a cargar nuestros pesados equipos más el de *Goto*, que hoy día descansaría en aquella cueva hasta que lo recogiéramos a la vuelta.

“*Esto no se hace en ninguna parte... es un abuso, puede ser peligroso, viejo hijo de puta*”- argumentó en voz baja *Inamine*, el viejo entonces volteando el rostro me pregunto “*¿nani o ikta cono hito?*” (¿qué dijo esta persona?)
“*Bueno señor él dice que está bien, pero hay que tener cuidado, no vaya a volver el tifón que Ud. nos ha guiado como un buen líder*”, le traduje, entonces el viejo le guiño un ojo a *Inamine*; y, éste me observo extrañado, rasgando más sus ojos.

“*Carajo, lo salvaste a mi compadre Ina... Nishihara*” me dijo “*Chacalón*”, mientras pisábamos la tierra húmeda que había dejado el mar al ser impulsado por el tifón. El mismo viejo se hundió hasta la cintura en una especie de pantano que a simple vista parecía tierra firme, pero irguiéndose trató de hacer una broma con su rostro de bulldog sonriente y dijo: “*Ofuro... ofuro desu... kimochi*” (es baño de agua caliente, que agradable) mientras nos animaba a sonreír y mirar antes de pisar el suelo, para no hundirnos como él.

Finalmente, luego de media hora de caminata, llegamos frente a la gigantesca estructura del tamaño de un edificio de seis pisos, que cual molde debía ser colocado en el océano, para empezar la labor... Consistía en un cuadrado metálico vacío sin más contenido que las planchas de diez centímetros estrechas que la cruzaban de lado a lado, cual puentes en el vacío y las

rampas para trepar con garfios a los que podías quedar empalado, si te descuidabas.

De pronto, se escuchó un potente motor, atinamos a mirar en todas las direcciones, pero no veíamos nada hasta que apareció la gigantesca máquina del tamaño de cuatro pisos del edificio. Era la más grande que he visto durante toda mi vida.

“*¡Mimna san ueni hayaku!! (¡todos arriba de la caseta!) y yo se los traduje, como vino la orden.*

“*Está cojudo el viejo... yo no subo ahí ni cagando...*” intentó, resistirse “*Chacalón*”, mientras los demás veíamos la forma de trepar como el hombre araña, por los recodos sin siquiera sujetadores en este gigantesco cascarón metálico que sería nuestra plataforma de trabajo sobre el océano durante quince o más horas.

A las justas y rasgándonos la piel con los fierros no pulidos, rasgándonos los uniformes coronamos la superficie, desde donde se veían las personas como miniaturas.

“*¡Coloquen la polea con cuidado y amarren las cadenas al medio!*”, gritó el viejo, mientras me apresuraba a traducirlo al español, y el equilibrio se mantenía a duras penas a esa altura sin ninguna cadena de seguridad alrededor de nuestro cuerpos que desde abajo parecerían muñecos balanceándose.

La gigantesca polea, que equivalía al tamaño de un *Volkswagen* se movió bruscamente y por poco nos destroza la cabeza a “*Chacalón*”, y a mí que íbamos a caer al vacío cincuenta o cien metros abajo.

El viejo, se irguió en medio de una de los filos como un acróbata y llamándonos nos hizo sentir el viento de la altura que nos empujaba para uno y otro lado, pero tomando coraje pudimos amarrar la misma en los cuatro costados de la caseta, luego antes que la gigantesca máquina la tomase levantándola y la llevara hacia el océano, el viejo nos ordenó bajar lo más rápido posible a un solo ritmo en menos de un minuto, lo que hicimos frente al temor de morir colgados o lanzados al piso.

Sólo el “*Colocho*”, se enredó la basta del pantalón en una punta de metal oxidada que sobresalía.

“*¡Ayúdenme por favor... Onegaishi masu!* (por favor en japonés), sin pensarlo dos veces subí y junto con el viejo que había trepado con su rostro de león marino lo dejamos libre de aquella trampa en la que cayó y aunque sangraba pudo bajar, justo cuando la máquina empezaba a hacer balancear el casquete y lo movía bruscamente.

Luego, empezamos a correr detrás de la gigantesca grúa que se dirigía al muelle y con asombro vimos como colocaba el casco sobre el mar abierto más cercano a la orilla, apresando a muchos peces, entre ellos algunos tiburones.

Yo pensaba, en el pobre de *Goto*; y, en los dolores que debería sentir abandonado en esa cueva y los bichos que le estarían trepando, recordé que

en las zonas del trópico hay unas moscas que te plantan las crías en un instante y cuando menos te imaginas te salen gusanos, recordé los míos hace tres años de color blanco saliendo de mis pies y moviéndose en la herida aquella mañana de soledad y llanto lejos, muy lejos de casa, pero con el sentimiento de resistir hasta el final y nunca jamás ser una carga para nadie en la vida.

“Ano sumimasen Oyakata tabun Goto san tetsudao iru, ikireba de ii desuka?” (Señor por favor *Goto*, puede necesitar nuestra ayuda ¿puedo ir a verlo?), le dije al viejo, luego de culminar esta primera fase de nuestra labor, el asintió con una mueca que semejaba al perfil de un lobo marino mostrando su indiferencia y ordenó que una cuadrilla de dos me acompañara para traerlo.

Mientras, caminábamos por los acantilados y observábamos la bella naturaleza verde, llegamos a sentir la libertad más profunda al estar sin ningún jefe controlando nuestros movimientos e imaginar que éramos como turistas sin preocupaciones respirando el aire puro, bebiendo refrescos tropicales al lado de una bella compañía, no contando segundos, ni minutos; viviendo una eterna *“Manha de Domingo”* (mañana de domingo), como cantaban los *brasileros Gal Costa y Tim Maia* en el casete de música brasilera que coloque en el walkman que llevaba escondido

“¡Carajo soy libre!, nadie me controla compadre”, dijo *“Chacalón”* mientras se revolcaba sobre la playa y el agua le llegaba un poco más arriba de las pantorrillas.

“ *Vamos rápido!... al regreso con Goto, a salvo nos liberamos más!*”, corto *Inamine*, con su mirada dura como un sable afilado, sin querer poner punto final a esta fiesta de libertad, pero con el ánimo de llegar lo más pronto posible donde el pobre de *Goto*, para cumplir la orden dada por el jefe, que podría castigarnos y sacarnos de la empresa, si demorábamos demasiado.

"Ojala pudiésemos quedarnos en la arena sin ningún uniforme, más que con nuestros desnudos y libres cuerpos, sin nada que nos aprisione, sin tiempos ni jefes que nos observen ¿no?", dije inconscientemente mientras los pensamientos que hipnotizaban el alma se liberaban como las aguas de la catarata que caía al medio de aquel lago de película, a nuestras espaldas.

“*¡Camarada despierta carajo... Goto, está allí sentado... salió sólo de la cueva!*” me trajo a la realidad “Chacalón”, mientras el “Colocho” se mataba de risa.

Efectivamente, nuestro amigo se había desplazado fuera de la cueva y había avanzado hasta acercarse a aquella hermosa laguna de ensueño, parecía rezar el padrenuestro, pidiendo más por su familia que por él, lo dejamos en tranquilidad y procuramos no molestarlo, observándolo desde lejos.

Entonces, al ritmo de un pajarillo silvestre *Inamine*, intervino suavemente “*Goto, mi hermano ¿cómo va esa herida?*”, le dijo, mientras sacaba un poco de alcohol y mertiolate y le colocaba una gasa y esparadrapo alrededor de la herida.

Procurando hacerse entender con los gestos, supongo por el dolor, escribió en un papel, palabras que denotaban temblor de las manos:

“Estoy bien... pensé mucho en mi esposa mis hijos y mi madre, sintiendo la libertad de estar sin nadie que controle todos mis movimientos... gracias por venir”.

Cargamos entre los cuatro a *Goto*, y lo llevamos a la orilla del mar, donde extasiados por el relajo profundo en nuestras mentes y corazones, todos nos revolcamos sin control alguno y nos dimos la libertad total, jugando con el mar, sintiendo la caricia de la vegetación alrededor y sobre todo respirando libertad. Por fin después de muchos meses o años en este país, nos tomábamos un breve descanso para respirar la naturaleza verde y sentir el color del cielo despejado, como visitantes inesperados, liberando pesadillas y rígidos cuerpos.

¡Doshtano nani o suru! Conerro Tachi! (¡Que pasa que hacen pendencieros!), se escuchó de pronto detrás de nosotros, la voz marcial del viejo apareciendo sorpresivamente por detrás de unos arbustos.

La mayoría enmudecimos y nos sentimos descubiertos en nuestra irresponsabilidad, mientras el sol brillante, aunado a esa emoción, nos hacía sudar terriblemente por todas partes.

“Sumimasen San.... (disculpe señor)” dijo *Inamine*, titubeando con el rostro desencajado por el terror, esperando un empujón además del despido

“Nos jodimos... a buscar nuevo trabajo” dijo *“Chacalón”*.

Pero, el viejo se nos acercó raudamente con un gesto de furia, trayendo consigo una caja con algo que parecían clavos o soldaduras en el hombro, la coloco bruscamente en la playa, mientras pensábamos para nuestros

adentros que íbamos a edificar un muelle en esta parte pronto, pero entonces para nuestro asombro cambio de rostro, al ritmo de una carcajada estruendosa que parecía escucharse en toda la isla sus manos diestras en pasar herramientas, fierro de construcción, alambre y equipos comenzaron a lanzar dos latas grandes de cerveza “*kirin*” a cada uno de nosotros, “*Chacalón*”, sorprendido por esta locura fue impactado por una en la pierna y luego agarro la otra a las justas antes que le impactara en el rostro, mientras los demás contagiados, de esa sonrisa, descontrolamos nuestra hilaridad y emociones, compartiendo el lenguaje universal de fraternidad, mientras recibimos en el aire, nuestra ración.

Cuando terminó entonces; él, se quitó el uniforme y con una expresión de amabilidad total que nunca le habíamos visto antes, nos abrazó emocionado uno por uno y fijando su vista en el horizonte, dijo hablando fuerte.

Nishihara Sama, suiyaku shite , mimna wa onaji kyo , ¡Watashi mo jiyu desu!
(Su excelencia Nishihara, traduzca , todos somos iguales hoy ¡yo también soy libre!)

Trajimos a *Goto*, quien mágicamente, comenzó a sonreír, mientras “*Chacalón*”, sacaba de su equipo su potente minicomponente y colocaba música salsa y se ponía a bailar con “*Chaman del norte*”, el “*Colocho*”, que había seguido al viejo se unió a la fiesta inolvidable en la que almorzamos pescado crudo recién salido de aquel vasto océano pacifico y preparado como sushi al estilo japonés.

“*Mimna wa genki to ureshi Oyakata Sama*” (Todos están bien y además contentos su excelencia jefe de cuadrilla) le dije al viejo quien soltando su

mente y cuerpo, me respondió luego de tomar un sorbo largo de la inspiradora bebida.

“Sabes Nishihara?, toda mi vida he sido esclavo... con Uds. los Nikkei aprendí a ser un poco más libre y no me importa que me boten... !yo soy feliz! Ja, ja, ja, ja” haciendo sentir más esta última frase lanzando su lata hasta lo más alto del cielo.

El “*Colocho*”, vino y le hizo varias reverencias, agradeciéndole por todo, quien sabe sería nuestra última misión juntos como cuadrilla en esta isla y luego nos separaríamos en Tokio, para ir a otras partes del Japón, por rumbos distintos.

Sólo recuerdo, que la parranda concluyo cuando el sol se comenzó a esconder en el horizonte y comenzamos a avanzar ebrios cantando en japonés y español, llevando, un grupo a *Goto*, en brazos el herido y el otro al viejo, profundamente adormecido, quien quizás se veía muy joven en sueños aquella vez prefirió huir en una balsa de los americanos, antes que rendirse o cometer “*setpuku*” (suicidio con el sable en el vientre).

Creo que en este bello pedacito de espacio quedara grabado en nuestros espíritus por siempre, repitiendo la misma escena de libertad de una cuadrilla humanizada sobreviviente a la muerte, danzando a ritmo de *Matsuri* (festival del carnaval japonés) en noches de luna llena.



En los acantilados de Myaquejima

EL REENCUENTRO: 80 años, después de la partida
A los 110 años de la inmigración japonesa al Perú

“A pesar de parecer imposible, el encuentro de la misma sangre en dos continentes se hizo posible en el año de saru san (mono)”

Mientras, el tren se acercaba a la estación, sentíamos la presión de la emoción en nuestros pechos, latiendo a cien por hora, era un sentimiento o emoción del retorno, no expresable en palabras, porque no retornábamos físicamente nosotros, era parte de nuestra sangre japonesa la que se acercaba a la tierra del abuelo, sintiendo quizá lo mismo que hubiese experimentado *Nishihara Uishi San*, nuestro abuelo.

Muy probablemente, sería el mismo paisaje verde hermoso, dándonos la bienvenida a medida que nos acercábamos al terruño de los ancestros, los arboles del *sakura*, como mudos testigos del pasado y el presente en el destino de os hombre no leerían quizá la historia.

“Luis estamos llegando a la ciudad de nuestro abuelo” le dije entusiasmado a mi hermano estirando libremente las piernas en el tren semi-vacío, mientras él se mordía las uñas de nervios y solo sonreía como respuesta, observando a través de las ventanas el paisaje de pinos verdes, flores de tan maravillosos colores como nunca había visto en otros lugares y los naranjales por doquier, mientras la voz grave de uno de los tripulantes se dejaba escuchar.

“Mamanaku Hojoo... Hojoo shi, wasuremono shinaide kudasai, kochiu kudasai” (Pronto estaremos llegando a la ciudad de Hojoo, por favor no se olviden nada tengan cuidado al bajar por favor).

Sentíamos en nuestra almas y venas las sonrisas del abuelo, como algo grabado desde nuestra niñez en nuestras almas, porque una parte de él volvía a través de nosotros sus nietos a sus tierras 80 años después.

“¿Crees que nos esperan, nos reconocerán? ¿Se nota que tengo algo de japonés?”, me interrogó Luis, mientras el tren paraba y la escotilla se abría.

“Maya San, nos dijo que había visto nuestras fotos y nos recogerá, claro que tenemos mucho del abuelo, somos su sangre volviendo como él tanto lo deseó”, pronuncié con una sonrisa de esperanza, mientras hacíamos un esfuerzo para sostener nuestras pesadas maletas, viajando con nosotros, desde Tokio a quince horas desde aquí.

Maya, era la japonesa sobrina nieta de nuestra madre y bisnieta del hermano mayor de nuestro abuelo y desde que llegamos al Japón había entrado en contacto con nosotros a través de cartas y postales, pensando que hablábamos y reíamos al revés y al derecho perfectamente el japonés: No sabía que la terrible guerra había desintegrado a nuestra familia ya la había separado de la colonia peruano-japonesa, como a muchas otras familias; debido a la política de persecuciones y aunque ahora hablábamos un japonés casi perfecto, no lo leíamos en un 60%, éramos culturalmente más peruanos que japoneses y quizás ellos se sentirían decepcionados de reencontrarse con parientes que no tenían el estereotipo que ellos suponían.

El pueblo, parecía dormir en la mañana plácida porque en el país del sol naciente entre las ocho de la mañana y las seis de la tarde no se ve a nadie fuera de las fábricas, oficinas o tiendas, salvo a ancianos, discapacitados y

algunos que otros turistas o visitantes, como nosotros. Todos estarían en las fábricas y tiendas.

“¿El abuelo partió de esta estación para cruzar el océano, no hermanito?” se dejó escuchar a Luis mientras miraba las dedicatorias y al fuente antigua a la entrada.

“Creo que sí... y ahora nosotros estamos en su pueblo, él siempre quiso traer a sus hijos aquí desde el Perú, pero bueno nosotros somos su sangre también” le dije trayendo a nuestra mente y sin querer las palabras e imagen de nuestra madre sobre ese deseo tan profundo de volver en aquel barco mágico donde subían y sonreían los entonces niños y sus padres, con el dinero ahorrado a través de tantos años en el Perú.

Recuerdo permanentemente, mencionado por nuestra madre, mientras unas lágrimas resbalaban por mi rostro, recordando tanto sufrimiento y persecución.

“Cálmate Freddy, ya olvida lo triste y sonríe, porque nos esperan después de 80 años”. Dijo Luis, palmeándome el hombro, pero contagiándose un poco de sentimentalismo, sentí su voz entrecortada y emocionada.

De pronto una mirada, una sonrisa y unas manos agitando las manos en una esquina, nos llamaron la atención. Una joven japonesa nos saludaba, junto a la silueta de una señora entrada en sus cincuenta y dos ancianas que paradas en una esquina representaban nuestro pasado y un nuevo presente de nuestra sangre en estas tierras.

“¡*Furedi chan*”, *Ruisu chan!*”, pronunció emocionada mientras se acercaba tratando de acortar los ochenta años de separación , las otras tres siluetas parecían también haber olvidado los años y venían acercando sus pasos a un ritmo juvenil increíble.

Nosotros solo sentimos, como un eco lejano, la voz de júbilo de nuestra madre en nuestros corazones, mientras también apresurábamos la caminata. “*Hojoo shi...yokoso*”(Bienvenidos al pueblo de *Hojoo Shi*), dijeron las cuatro al unísono.

“*Domoo*”(Muchísimas gracias), respondimos en coro.

Luego nos inclinamos lo más que pudimos para saludarnos y de pronto las ancianas se hincaron de rodillas a nuestros pies e intentaron besarlos, Luis y yo tuvimos que levantarlas del piso sentimos que era algo terrible hacer eso a personas de ochenta o más años.

“*Está bien por favor, ya párese abuelita se lo suplico*”, dijo Luis mientras sentíamos internamente la sensación más contradictoria.

“*Uishi volvió ¿no?*”, dijo emocionada una de ellas, mencionando el nombre de nuestro abuelo, mientras las otras se echaban a llorar y rompiendo formalidades nos abrazaban emocionadas.

“*Aquí está su sangre*”, se oyó.

“*Son los Nishihara peruanos ¿no?*”, dijo la joven.

“Si así es, es realmente un placer vernos”, dije mientras nuestras sonrisas y miradas cruzaban tiempos, distancias y pieles a través de las sensaciones mágicas.

De pronto, las formalidades tradicionales se rompieron, mientras una brisa del otoño soplaba, trayendo hojas y removiendo nuestros cabellos.

Luego, echamos a andar, sintiendo que mucho de nuestro abuelo latía más fuerte en nuestros corazones como si sintiéramos su sonrisa en el alma, a cada paso de entrada a éste, su pueblo.

Los sufrimientos, de la guerra y las muertes absurdas, allá al otro lado del Océano flotarían todavía tristes al atardecer de alguna playa invadida por el crepúsculo, pero por ahora, el espíritu del reencuentro le daba vitalidad a nuestros espíritus animados por las sonrisas grabadas de nuestros seres queridos aquí y allá.





*EL REENCUENTRO: 80 años, después de la partida a los
110 años de la inmigración japonesa al Perú.*

SAYONARA FUJI SAN

(ADIOS FUJIYAMA)

*"Más allá de los matoris y sueños al sol naciente
mi corazón siempre llevara grabado
el blanco pureza del Fuji San, como le llaman los japoneses
o Fujiyama como lo hacen los occidentales"*

La sonrisa eternamente juvenil de *Karazawa San*, el japonés que emigró al Brasil con sus noveles veinte años y volvió con medio siglo o más años a cuevas grabados en la piel arrugada y la boca desdentada llamaba como convidando al espectáculo más bello visible desde la montaña al último encuentro y la última foto con el monte sagrado.

"Padre Nishihara, Carlos, Pedro meninas olhen, olhen o fuji San!" (¡Padre Nishihara, Carlos, Pedro, chicas miren al Fujiyama!!!"

Vistiéndonos rápidamente acudimos al llamado ascendiendo a la montaña del *Sky Resort*, mientras la bellísima túnica de nieve invernal caía lentamente transformada en manantiales.

Mi persona, la de Carlos, el otro *Perujín* (peruano) con pinta de iraní, Pedro el *nikkei* brasilero con su par de hijas aún adolescentes sonreíamos y jugábamos como niños en su último día de excursión al *Sky Resort* más famoso de *Tochigui ken*, a unas horas de la capital nipona.

Desde ésta cima y con el brillo espectacular del nuevo sol naciente en el último día del invierno se podía ver al frente la silueta imponente del glorioso monte sagrado que todo japonés debe ver por lo menos una vez en su vida.

Para muchos de nosotros quizás sería la última vez que lo veríamos realmente, pues no teníamos la certeza de volver alguna vez, como buenos *nikkei* o descendientes de japonés sentíamos en ese momento una comunión integradora con el símbolo de vida, de lucha y desarrollo inspirador de nuestros ancestros que partieron hacia nuevas tierras en América.

"Totemo kirei desune" (totalmente bonito ¿Verdad?) se escuchó sorpresivamente la voz de un extasiado *Fumio Yamamoto*, japonés que se jactaba de ser uno de los mejores *itamaes* (chefs) del archipiélago y de descender directamente del jefe de la flota imperial que atacó Pearl Harbor, quién había llegado a la cima imperceptiblemente subiendo por otro flanco sorprendiéndonos a todos los latinos.

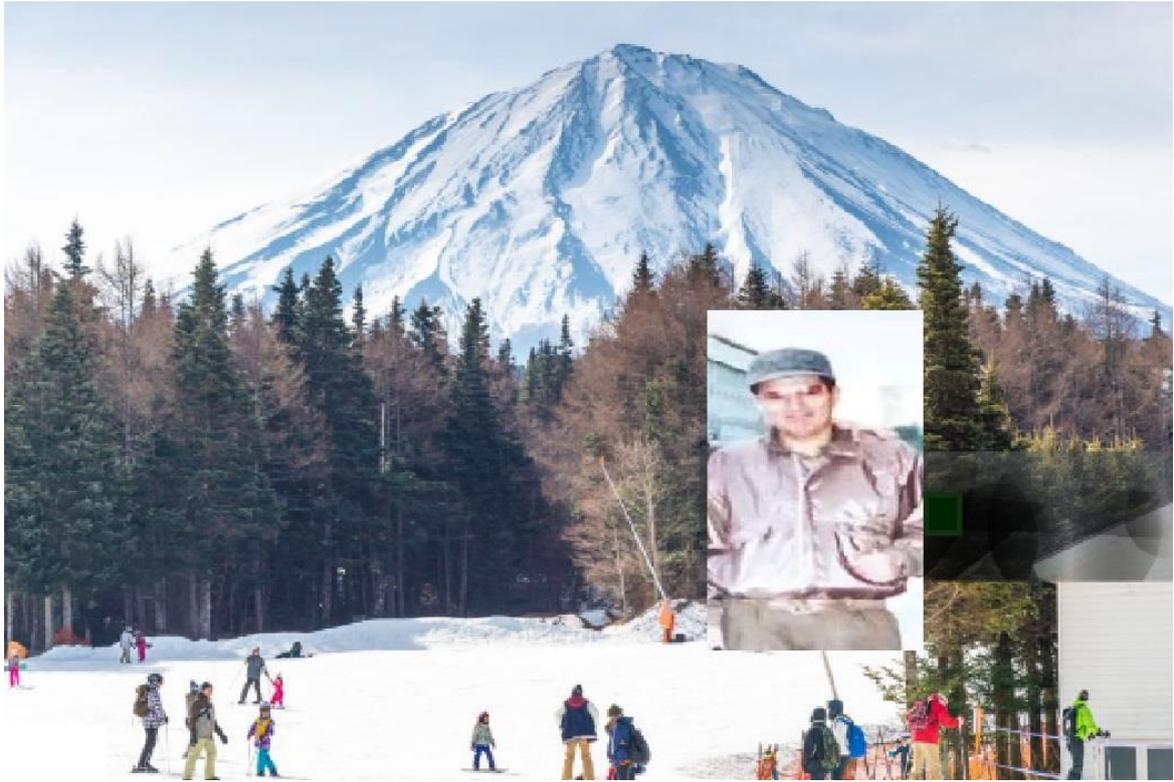
La magia de ese momento compartido, en el cual en éxtasis total de los sentidos contemplábamos la imagen más bella, impresionante y sagrada de la madre naturaleza ha quedado grabada por siempre en mi retina y como recuerdo inmortal a través de los años en mi corazón. *"Ti kimochi desune Yamamoto San"* (que bien se siente ¿No Yamamoto?) me brotó espontáneamente de los labios.

Era además, el último día de despedida de aquel trabajo temporal de invierno en la montaña luego descenderíamos a la urbe en búsqueda de un nuevo empleo y separaríamos nuestras vidas, tomando cada uno su propio camino.

Fue uno de los más bellos, contactos con la naturaleza que tuvimos y estoy seguro que llevaremos por siempre las imágenes de los malabares de los ases del *Sky* al ritmo de *Dream lover*, la melodía de moda de *Mariah Cahrey*, u otras del *Japanese Pop*, que en eran la cortina musical de las escenas de malabaristas en vivo al ritmo de la luna y las estrellas, hablando en tres o hasta cuatro idiomas al mismo tiempo: japonés, inglés, portugués y nuestro español nativo.

Se guardarán por siempre en el baúl de mis recuerdos de aquella blanca montaña los amores platónicos que tuve con *Yumi*, la japonesa más bella que conocí, así como las propuestas candorosas de la “*coelhinha*” una niña brasileña de solo 16 años, quien fue la única mujer que me cito para encuentros amoroso en la nieve, pero que yo jamás acepte por un pulcro respeto a su edad ¿adónde estará ahora esta menina de nombre *Claudia Yamazaki*?

Así como también, recordare por siempre mi primera caída desde la montaña al intentar aprender a esquiar y perder el equilibrio al resbalar, rodando desde una altura de 30 metros, pero sin mayores consecuencias y solo con un susto increíble, mientras ahora que escribo siento que los huesos se me han vuelto muy frágiles y siento dolor solo recordando ese terrible momento.



Alios Fujiyama

PALABRA DE VILLANOS

Durante mucho tiempo, en los comienzos de la migración muchos malos peruanos se comenzaron a aprovechar de sus compatriotas a quienes esquilaban con falsas promesas de trabajo, previo pago de cierta cantidad de moneda americana que fluctuaba entre los quinientos y dos mil dólares, una jugada maestra que solo se basaba en el clásico palabreo dirigido a los incautos y desesperados hombres y mujeres migrantes afectados por la recesión. Algunas veces nunca se recuperó ese dinero debido a la forma mafiosa en que protegían su delito, enfrentándose inclusive a la policía en los casos más graves, matando o violando a quienes se atrevían a reclamarles. Esta es una historia real que aconteció en 1993 en la ciudad de Tokio (Japón).

La noche, se tornaba luminosa a ritmos de trenes y jóvenes “gaijines” (extranjeros) que caminaban en forma compacta de un lado a otro de la estación procurando demostrarse que eran los guerreros de las mil sangres que olían el dinero por doquier avistando a los compatriotas que necesitaban trabajar.

“Oye compadrito mira ese lorna allí, ¡allí!” Alertó el “Chiclayano” mirando a un peruano que bajaba del tren con la apariencia de estar cansado y buscar trabajo varios días, cargando su mochila por los viajes realizados. Mientras que pensaba; que, con su cabello cortado al estilo japonés y la mirada que intentaba cerrar más, se estaba mimetizando con el ambiente, con una segunda piel japonesa.

“Es mío son mil o dos mil dólares ya los siento en mi bolsillo”, retrucó el “Chavo” con una sonrisa que hacía brillar más su mirada de buitres

descuidado que solo tomaba baño y se perfumaba para ir a las discotecas a bailar con las colombianas, los viernes por la noche.

Avanzaron a ritmo acelerado e intentando cambiar sus apariencias, sonrieron “amablemente” y se relajaron para no ahuyentar a la presa, mientras caminaban al ritmo peruano que les permitía engañar a las presas *peruchas* que caían en su red. Pero una tercera silueta que apareció por arte de magia, los detuvo al llegar primero cerca al objetivo humano “¿Peruano?, oye *compadrito... estamos para ayudar*”, dijo muy convincentemente el “*Pituco*”, quien se había adelantado con las dos piernas que le abrían más el gabán de lujo que usaba, a cada paso que daba con su cabello pintado de rubio, lo que complementado con los lentes de contacto verdes, la sonrisa cínica y su aliento a *macoña* disimulado le mostraban como un diablo de carnaval puneño disfrazado en forma muy moderna hablando con un aparente o real dejo de arribista engañoso que conquistaba chicas en *Miraflores o San Borja*.

Ello tomó de sorpresa a los otros dos *perujines* (peruanos en japonés) que ya habían afirmado posiciones en medio de las miradas extrañadas de los japoneses que sentían algo que no comprendían.

El abordado, pensó que por fin luego de sentir varios días de hambre y frialdad encontraba una esperanza de “ayuda nacional” (mal cálculo).

“*Necesitas chamba compadre... ya la tienes, yo trabajo con los mejores contratistas de todo el Japón*”, ellos son mis asistentes, dijo presentando a las dos figuras a sus espaldas, era la jauría que atacaba de nuevo, disfrazada de ángeles cholos, mientras la noche se disipaba lentamente al ritmo de los

neones de la estación y el frío se hacía casi insoportable fuera de los lugares donde no había calefacción.

“Si iste por favor yo tengo seis meses en Japón, soy di Huancayo tromi, ¿puedes ayudarme? Yo tingo algo de platita”, respondió el compatriota acosado.

Los lobos, arremetieron con más voracidad, frente a esa confesión ingenua de la presa rodeándola con un falso manto de confianza y no esperando más se lanzaron con las fauces abiertas y las sonrisas más hermosas que pudiese imaginar una chica en un hombre guapo enamorado, solo que esta vez la víctima era de sexo masculino.

En sus mentes, pensaban como lo dijo una vez el *“Pituco”*: *“un serrano de mierda que rico”*. Era la falsa unidad nacional desbordándose en tierras extrañas, los complejos y los traumas de la conquista, mezclados con la crueldad y la discriminación más sinceras de un poco de escoria costeña que era capaz de atrapar si fuese necesario y fuera de la vista de los japoneses a una niña y violarla sin ningún remordimiento en los arrabales de la ciudad.

Porque ellos, no tenían nada de complejos *“como los Cholos”*, eran gente de acción y despreciaban a todo el mundo, porque sus viejos les habían metido en el cerebro que: *“en este mundo solo sobreviven los pendejos”* y si había que chocar con los *ponjas*; u, otros extranjeros se tenían los revólveres y las chairas bien escondidas, para casos de emergencia, pues en Japón no vale ser *“rochoso”* y hay que seguir el modelo nacional de *“cortesía delincuencial”* que clava un puñal con una sonrisa amigable y palabras cariñosas.

“Compadrito... que suerte la tuya, nosotros trabajamos con varios contratistas que te ponen en las mejores chambas, con apato (departamento en Japonés) de primera y trabajos huevos, ganando 1, 500 yenes la hora... justo acá tenemos las listas y las direcciones de los contratistas más chéveres de Tokio y otras partes de Japón”.

“Los contratistas, son nuestros patas cholito así que si quieres ir a la oficina, podemos organizar una visita a la fábrica y si la chamba te gusta al toque te instalan en tu futura mansión ¿ah?“, Remató el “Chavo”.

Cansado y desesperanzado al ermitaño, le brillaban los ojos con una especie de hambre por el dinero y la falta de chamba, pensó que ahora sí había llegado su buena hora, acarició su barba larga y encanecida en algunas partes y sintió más profunda la picazón en los pies.

Lo que denotaba, que era el momento de hallar un trabajo y justo en ese momento se le vino a la memoria el rostro de su pequeño hijo llorando en una casucha miserable, en el pueblo de *Iscos*, al otro lado del Pacífico, de donde vino con documentos falsos.

“Vamos hermano decídete ya necesitas, un baño, una chamba y en la noche yo te llevo a un karaoke”. Dijo con su sonrisa hipócrita el “Pituco”, mientras que un cuarto personaje hacía aparición en escena, como cuando en los documentales de la *National Geographic*, la presa está rodeada y aparte de los leones, aparecen los merodeadores carroñeros, buscando su parte. Era un tipo moreno de apariencia nortea típica y con una sonrisa pícaro que le mantenía congelado el rostro.

“¡Oye chochera da gracias a Dios que te has encontrado con gente que no te quiere joder, sino ayudar no seas pendejo y pon tu billete por la colaboración!”; dijo, mientras trataba de mostrar un puño amenazador a veces estos amigos mezclaban un conjunto de técnicas psicológicas de presión que adormecían al más despierto en circunstancias normales.

“No le hagas caso a este vago por ellos es que nos miran mal en el extranjero, nosotros solo queremos ayudarte” dijo con una falsa y cínica sonrisa el “Chavo”.

Tal y como estaba, el hombre y con las tripas que le resonaban, los ojos que se le salían de antojo por la bebida helada que había comprado un japonés en una de las máquinas expendedoras automáticas, se animó a preguntar: *“dime ¿Cómo puedo hacer amiguito?!”*, mientras se entregaba directamente a las fieras humanas que estaban dispuestas a comérselo con zapatos y todo.

“Fácil chochera, ¿sabes? Tenemos que hacer una reservación de tu chambita ante la empresa, nos das tu pasaporte, y en tres días a lo más nos llamas, ya te tenemos el empleo”.

“Por el servicio solo te pedimos cien mil yenes (cerca de mil dólares americanos) que con tu primer mes al toque lo recuperas cuñadito” complementó el “Pituco”.

La “Hiena” observaba, desde la escalera cercana al andén que llevaba a una de las líneas del tren subterráneo, su sonrisa burlona retumbaba en el viento, como un eco de maldad en la jungla de cemento, al mismo tiempo que golpeaba una baranda metálica con el puño.

“*Vamos a nuestra oficina yo te ayudo*”, dijo el “*Chavo*”, mientras hacía el simulacro de querer ayudarlo a llevar su pesada mochila.

“*Buino puis muchas gracias buinos piruanos he encontrado*”, dijo el paisano, mientras se dejaba llevar por los tres que le habían rodeado y lo hacían avanzar como la pieza que ya ha sido cazada.

Abordaron un tren dos andenes más abajo, luego de cruzar una escalera. Los rostros de los japoneses eran muy distantes y los miraban con una forma especial de desprecio y a la vez de temor.

Eugenio Baldeón Coyotupa o “*Eugenio Sasaki Coyotupa*”, como sonaba su alias de falso descendiente, había salido de su natal *Iscos*, un pueblo en la sierra central ubicado cerca de la famosa Chupaca, con muchas esperanzas para escapar de la pobreza que le aprisionaba en ese sueldo miserable de operario de fábrica de tercera o cuarta categoría sin seguro, ni bonificaciones, trabajando 12 horas por solo el equivalente a 5 dólares americanos al día.

El gobierno de *Alan*, ya había descontrolado todos los precios y no se conseguí ni siquiera arroz o azúcar, aun pagando el doble de su precio oficial, desesperado porque el hambre mordía y sus tres guaguas pedían más y más.

Tomó llorando incontinentemente la decisión al ritmo de las melodías del “*Picaflor de los andes*”, repitiendo una y otra vez la tonada “*Mi chiquitín*”, pero cuando llegaba a la parte que decía “... *sirve a la patria*” no entendía como le podía encomendar a su hijito mayor servir a esta “*patria*”, representada por las autoridades, quienes luego de sus bonitos discursos solo les tiraban comida malograda una o dos veces al año cuando estaban reunidos

en grupos de quinientos para que la gente se termine peleando ebria, mientras ellos sonreían y se llevaban a las profesoras más guapas a la fuerza al carro oficial, era peor que cuando ellos les tiraban los huesitos que sobraban de las pachamancas a sus perritos, pero procurando darles por separado y nunca se les hubiese ocurrido juntar más de dos canes, porque diosito castiga.

Así al ritmo de los saxos y melodías viriles decidió ese día salir para ser rico en ese país de los “*chinos japoneses*”, pero como no tenía nada de dinero durante más de una semana debió agachar la cabeza y suplicar para recolectar entre sus viejos, familiares y notables del pueblo un préstamo de cinco mil dólares para emprender la larga jornada con ese apellido comprado.

Estaba en ese trance, donde recordaba y maldecía su “*suerte*”, cuando una voz fuerte lo trajo al presente en este país de los “chinitos buena gente” que siempre ayudan a los pobres.

“*¡Llegamos “Cholo”!*” le dijo el “Pituco” cambiando sus gestos y sus aparentes buenos modales por una mirada que no llegaba a entender, pero que demostraba sus verdaderas intenciones.

“*Bajemos, aquí es donde vinimos, ahora te toca dar tu parte, carajo*”... le dijo el “Chavo”, mientras le empujaba lentamente.

“*Lligamos dondi istá la empresa tromi...*” dijo él, mientras intentaba comprender la situación que se había creado alrededor suyo, empezando a sospechar que iba a ser agredido, en medio de los arrabales de la selva de cemento.

Mientras caminaban, empezó a sentir la sensación del novillo que va a ser sacrificado, notó que la forma de hablar de sus anfitriones se tornaba descontrolada y agresiva, como la gente maleada de Lima.

“Pobre *“Cholito”* no sabe lo que le espera ja, ja, ja” se dejó sentir sin ningún desparpajo la *“Hiena”*.

“ *Cuando dirigía mi columna de infantes de marina, todos éramos costeños, carajo salvo un huevón que era sentimental y era cholo, entramos al pueblo y metimos bala a todos los indios, para que sirven aunque no sean senderistas...*” contaba el *“Pituco”* con mucha sinceridad al mismo tiempo que se quitaba el gabán y se arrancaba algunos vellos del pecho.

“*¡Ya carajo deje de hablar mi teniente!*”, dijo el *“Chavo”*, sacando una chata de ron que tenía escondida en la casaca.

Entonces, la cortesía se acabó, mientras alguien gritaba *“¡Gracias papá Galan, por habernos sacado de las huellas de los terrucos!”* y le daba a Eugenio un brutal empujón.

“*Siéntate “Cholo”, ahora el billete primero y luego la chamba ¿sí?*” dijo el *“Chiclayano”*, echando al aire una colonia de probable origen francés, como diciendo este *“Cholo”* apesta. Los demás solo se rieron e hicieron el ademán de taparse las narices y reírse estruendosamente.

“*Si hubieses estado con mi teniente Termo, en achomaruca o huatayao; hubieras sentido, como apestaban esos indios de mierda para mí lo mejor que podían haber hecho los españoles era acabarlos*”, dijo el pituco

masticando su ignorancia, mezclada con la cocaína que le destrozó el cerebro gracias a su papi consentidor.

Eugenio, mientras tanto con su mirada perdida sintió finalmente que era el venado acorralado por los pumas y quiso esfumarse cerrando los ojos, pero no pudo.

“*¡La plata sobre la mesa “Cholo!!* Dijo el “Pituco”, mientras que la “*Hiena*” se acercaba peligrosamente y le tocaba el hombro con rudeza, sintiendo que el apretón de sus dedos le causaba un dolor terrible en todo el cuerpo.

Pensó, firmemente en escapar y con una frase engañosa trató de convencerlos “*Tromi me recordé que mi hermano hoy llega de Perú, voy a recogerlo y vuelvo*”.

“*A ver sargento de pelotón, ¡revisen si el “Cholo” miente!*” dijo el “Pituco”, recordando tiempos idos en la larga lucha contra los terrucos, mientras los otros sujetaban a *Eugenio*, y lo empujaban contra la pared, dos sacaron sus verduguillos y uno un revolver, pero el huanca que sabía de la dura resistencia de su bravío pueblo serrano frente a los chilenos en peores condiciones, como nunca antes lo hizo ningún otro peruano, se liberó con dos trompadas al pituco y una patada a los genitales del “*Chavo*”.

Ello cogió por sorpresa a esta gavilla de ex milicos, un cholo enfrentándolos con fiereza. Mientras en la mente de *Eugenio* solo se reflejaba su recuerdo del águila atacada por los cernícalos en el cielo azul de su pueblo.

“¡*Caraju, son una mierda!*” les espeto saltando felinamente sobre la mesa y procurando mantenerse alejado del ataque simultáneo de sus cuatro oponentes. Mientras en todo el ambiente las mentadas de madre y las groserías se escuchaban con un eco ensordecedor que solo era callado de rato en rato por los sonidos, originados por los golpes de cuerpos que caían sobre los muros y los gritos de alguien sintiendo al que le habían golpeado una parte sensible interna o le habían quebrado algún hueso.

El escenario, se convirtió en un ring de *Cachascán* de verdad de 4 individuos armados contra uno que resistía y que logró herir a todos en varias partes del cuerpo especialmente al chiclayano, hasta que lo agarraron sangrando luego de media hora y la hiena le clavó lentamente, como señal de gracia y con la rabia de ser un degradado en la escala de la evolución, su puñal en el ojo mientras los demás buscaban y encontraban la plata en un bolsillo secreto cosido por su madre en la basta del pantalón.

El terrible grito de *Eugenio*, fue sofocado por un trapo que le colocaron en la boca, para que no escuchara ningún entrometido, por los alrededores en estos sembríos a las afueras de *Tokio*.

“*Misión cumplida teniendo el “Cholo” ya es una baja, se jodió*” dijo el “*Chiclayano*”, recordando algunos de los caseríos de la sierra ayacuchana por donde pasaron.

“*Tírenlo lejos, cuando pase el shinkansen (tren bala) de las 4*” dijo el pituco imaginando que tenía todavía el uniforme de la gloriosa infantería de marina peruana, ordenando luego el embriague general.

“*Viva el Arpa...viva Galan... carajo*” dijo la “*Hiena*”, mientras todos sonreían al costado del desangrado cuerpo de Eugenio y uno le lanzaba un escupitajo.

Trajeron a la puerta el vehículo con placas falsificadas que conducía el “*Chiclayano*”, mientras cargaban como un paquete a *Eugenio* y se lanzaron luego a toda carrera hacía el cruce más lejano de la vía férrea con los sembríos de cebolla.

“*Ahora te mueres por rebelde cholo, deberías haber sido educado y respetuoso*”.

“*Mi teniente pobre “Cholito” ¿no?... ja, ja, ja,ja*”, rió la *Hiena*” mientras le hincaba con su llavero en las heridas con un sadismo aprendido en las “*escuela de las américas*” de Panamá, los gritos lastimeros y terribles no los compadecían, sino les hacían sentir una euforia psicopática aún más profunda, en sus almas negras.

Finalmente, en su estado desfalleciente escuchó que hablaban que el cruce mortal con la vía férrea estaba más cerca, el “*líder*” dio la orden de meterlo en el costal, pero quizás milagrosamente en ese momento el chirrido de las llantas de un auto deportivo color sol naciente, de último modelo al frenar y detenerse bruscamente, cortándoles el paso, fue una señal de “*Taita Shanti*” (papito Santiago).

Del vehículo Sedan *Mitsubishi* cerrándoles el paso descendieron, 4 japoneses con apariencia de *Yakuzas*, por los lentes oscuros, las casacas de cuero y los peinados cortos.

Uno de ellos llevaba un revolver y lo apuntaba moviéndolo como jugando a los blancos, directamente a la altura de la cabeza de los “*perujin tachi*” (peruanos).

“*¡Anata! ¿Nani o suru cochi conerro tachi?*” (Uds. ¿Qué hacen hijos de mala madre? Dijo el de más edad, mirándoles con furia, mientras se tocaba los bigotes.

“*¿Qué dice el ponja? ¡Ahorita nos matan carajo!*” preguntó el “*Pituco*”, al “*Chiclayano*” que parecía ser el único que entendía un poco de aquel aun extraño idioma para ellos.

“*Vocé peruano o sacho san falha ¿que fazen vocês filô da puta?*” (Ud. Peruano el jefe dice ¿qué están haciendo Uds. Hijos de puta?), dijo soltando una sonrisa el *nikkei brasileño* que les servía de intérprete.

“*No entiendo fala en portuñol, pero no somos hijos de puta*” dijo nervioso el “*Pituco*”.

Aprovechando la confusión y el nerviosismo de sus agresores, *Eugenio* salió como pudo del costal al presentir que debía aprovechar este momento, sus verdugos se quedaron quietos y solo atinaron a mirar adelante hacía los *ponjas*.

El japonés, apuntó con un revolver a la pierna del “*Pituco*” y disparó “*Totemo warui ne bakana? ¡Anata gata ni iranai...keisatsu wa itsumo cochi dakara*” (totalmente malos ¿no? Estúpidos no les necesitamos, por eso la policía siempre para por aquí”).

El *brasileño*, tradujo lo demás “ *No falhen filios de puta o morren todos emtenden vagabundos? Voces fodem noso trabalho, por iso la pólizia sempre fica aquí*” (“No hablen hijos de puta o mueren todos ¿entienden vagabundos? Uds. joden todo nuestro trabajo...por eso la policía siempre para por aquí”).

Subieron a *Eugenio*, a su automóvil mientras el “*Pituco*”, caía adolorido al suelo y los demás se tiraban de rodillas para implorar por sus vidas, temiendo lo peor, el japonés ordenó entonces que a cada uno de ellos los golpearan en el ojo como lo habían hecho con *Eugenio*.

Luego el automóvil arrancó sus motores a toda velocidad y enrumbó hacia la ciudad, dejando el paraje lleno de quejidos de dolor y mentadas de madre en español, al tiempo que el sol se ocultaba en el horizonte, como el padre de la vida que parecía haber protegido al huancaíno, en este bello paraje, sembrado de vegetales, como también brillaría en las verdes chacras ubicadas en la lejana comunidad de *Eugenio*, al otro lado del Pacífico.

Pasaron muchos meses desde que *Eugenio*, me terminó de contar su historia, mostrando misterioso el ojo tuerto que le habían dejado los indeseables como huella por atreverse a reclamar, se me salieron las lágrimas, porque soy bastante sentimental y justo en ese momento recordé que a mi hermano menor *Luis*, se le presentaron unos tipos con las mismas características de los villanos en la estación del tren de *Shin Sakae*.

Si me preguntas ¿Por qué mis historias son tristes y si son reales? Sabrás que la vida es un conjunto de sorpresas, cada uno debe enfrentar un destino, hago

un alto, pues ahora ha oscurecido en *Quito* y aún recuerdo esos tiempos no tan lejanos, solo sé que marché como un guerrero sin comando, pero con una gran bandera pintada en el corazón, porque siempre fui un hombre sencillo y mis hermanos practicaron lo que siempre nos enseñó nuestra madre querida y creo que lo seguiremos haciendo como *samuráis* de corazón.

“No te metas con gente como esa, los bambeados son peligrosos... tú sabes cómo actúan...” le dije, recordando la anterior historia durante una conversación que tuvimos, cuando nos encontramos en un invierno tokiota, de esos fuertes donde la nieve lo ha cubierto todo y el frío te congela hasta el alma, pero él estaba desesperado por *la para* y *el desempleo*, realmente fue una discusión muy acalorada, fraternal y añorada, porque terminamos en el suelo, luego que rodaran nuestros cuerpos y solo frente a la llamada de atención de su esposa, nos levantamos como cuando nuestra madre nos separaba en las peleas caseras.

“¡Eres cobarde le tienes miedo a todo así nunca vas a seguir adelante carajo!”, me respondió con la voz característica de su inexperiencia y rebeldía conjugadas permanentemente.

A veces me pregunto, porque los hermanos somos tan diferentes y tenemos visiones distintas de la vida y porque Luis, no ha reconocido que siempre estuve dispuesto a apoyarlo en todo aun a costa de mi vida en diferentes circunstancias, quizás nunca lo sepa jamás.

Me pidió acompañarlo a la estación, para ver a unos supuestos “contratistas” y así lo hice, pero me bastó una mirada para reconocer a los tipos que habían dejado minusválido a nuestro paisano huancaíno, creí que tomaría en cuenta

mis recomendaciones, pero un mes más tarde el me llamaba urgentemente para pedir que le ayudara a recuperar sus mil dólares y su pasaporte entregados a esta banda de mal nacidos.

“Luis, no te preocupes dime la dirección y los recuperamos... ¡vamos apúrate, carajo!” le dije delante de su esposa que nos miraba con temor, pues yo estaba decidido a todo, porque cuando veo la injusticia, siempre estoy dispuesto a darlo todo, inclusive varias veces rocé el sendero de la muerte y ni me interesó.

Se debía ir en tren hasta *Sakae* y luego tomar un desvío como yendo al Norte, hacía la zona de *Gunma Ken*. Aún recuerdo que el tren era de color naranja con franjas negras y cuando subimos, solo estaba interesado en llegar lo más pronto posible y en pensar que se me podría ocurrir para rescatar el dinero y el pasaporte de mi hermano.

Ni me fije en los rostros, ni en los cabellos pintados de los iraníes que me ofrecían sus tarjetas telefónicas clonadas, ni siquiera me capturó la atención, la norteamericana o inglesa desinhibida que con una minifalda roja coqueteaba con todo el mundo desde que abordó el vagón.

Quizás buscando encontrar una aventura o conseguir un cliente nuevo.

“Shin kuroi desu Shin kuroi desu”. Solo la voz en japonés me hizo parpadear y salir de mi ensimismamiento, al mismo tiempo que le decía a mi hermano, llegamos ¿no? Y el mirando su papelito, me decía si, entre nervioso e indeciso.

El tren, se detuvo lentamente y bajaron algunos pasajeros con nosotros, parecía una estación muy silenciosa, para esa hora de la tarde, En la que usualmente se suelen mover las mareas humanas de *salary men* (oficinistas), estudiantes y los trabajadores de las fábricas, además de los nuevos habitantes de este Japón cibernético que envejecía cada día, más y más.

Entonces, salimos al lugar de la ciudad que se hallaba, fuera de la pequeña caseta de ingreso y salida, Lugar adonde como en todas las estaciones se arremolinaban una gran cantidad de bicicletas de todos los colores y todos los tamaños.

En ese momento, algo extraño en el ambiente me hizo advertirle “*vamos Luis enséñame donde queda el sitio, esto parece un poco peligroso*”.

“*Es por allá*” me señaló mientras avanzábamos en silencio y luego de caminar unos diez minutos, le hice detenerse tocándole el brazo con una mano para conversar en privado. Cuando ya se suponía que estábamos a dos cuadras de la mencionada casa de los delincuentes, le dije “*procuremos no fallar, este es el plan.: Tocamos y les dices que has venido a reclamar tu documento y tu dinero, el resto me lo dejas a mi ¿okey?, cuando yo diga Luis sal, tu corres a toda velocidad. Yo te cubriré hasta el final y me dejas, pase lo que pase ¿entiendes?*”.

El asintió otra vez con cierto nerviosismo.

Cuando llegamos, tocamos la puerta con mucha precaución e intuimos que se hallaban descansando, el apato (departamento) era uno de primera y fuera parecía estar estacionado un vehículo muy moderno de su propiedad.

Se demoraron en abrir y al momento de hacerlo, un tipo de similares características a la “*Hiena*” me abrió sonriendo con una carcajada “*si chino ¿Qué quieres?, no vienen muchos descendientes por aquí o eres brashico?*” me dijo.

Le mostré con suma rapidez, uno de mis carnets de estudios internacionales que se parecía a una placa de policía. Entonces el plan cambió 180 grados. “*Compadrito ¿Dónde está tu jefe o quieres problemas con la policía? ¿Sabes? Yo podría hacerte detener. Anata wa hontoni totemo warui ne?* (eres totalmente malo ¿no?)” *Devuélvele los documentos a mi hermano y te ahorras problemas*” le dije, mientras le mostraba un revolver de juguete de apariencia real que me había comprado en una tienda de juguetes en Tokio, hace un par de semanas.

Parece que hice lo mejor, por inspirarme y recordar mis lejanas clases de actuación en el taller teatral de *Victor Carranza* en la Lima de los 80.

Abrió la puerta y me dijo “*No hagas chongo tombito nosotros somos milicos, pasa*”, dijo mostrando algo de nerviosismo en su rostro y salió afuera como yendo a comprar cervezas o whisky.

Al entrar el espectáculo era de una parranda con salsa, trago y voces de mujeres asiáticas de compañía en sus habitaciones. El que parecía ser el jefe reposaba en otro ambiente abierto.

La pistola con apariencia de verdadera, nuestra parte japonesa que afloró en ese momento, el valor que compartíamos y el instantáneo factor sorpresa nos hicieron imparables.

“¡Carajo, habla donde está el pituco tu jefe, lo conozco bien y ahorita los jodemos a Uds. y a ese concha de su madre” les dije mientras les mostraba el revólver y mi hermano intentaba hacer aparecer su celular como otra arma camuflada debajo de la casaca. En ese momento la cobardía y confusión los dominó, ellos temieron que fuésemos *nikkei* miembros de la policía y aliados de la *Yakuza* o algo similar.

“*Nanda conerro shorui to okane agete... Anata no boss wa doko?!*” (Vamos hijos de puta traigan el dinero y la plata donde está su jefe!) les dije, bramando como uno de los *yakuzas* japoneses y al ver el terror en sus rostros, me di cuenta que me salía natural por mi origen japonés.

El “*Pituco*”, salió desesperado de una habitación, envuelto en una toalla y solo atinó a verme con cuidado y decirme “*Anata wa?* “(¿Quién eres?)
“*¡Watashi wa Nishihara*”, devuelve el pasaporte o quieres que lo traduzcamos otra vez en japonés con las pistolas!” grité, mientras le apuntaba directamente a la cabeza.

“*¿Dónde está el Chavo?*” preguntó con voz chillona, mientras el aludido, descorría una cortina, para mostrar que estaba ocupado en su romance y solo atinó a cerrar su puerta aterrorizado.

El “*Chiclayano*”, quiso correr a traer algún arma, pero al ver acosado a su jefe y no contando con el “chavo”, estando fuera “la hiena, no quiso hacerse más problemas, simplemente se paró en seco y volviéndose lentamente se puso al lado de su jefe.

“Anata wa nihon jin ¿Eres peruano, brasilero”, dijo confundido en tono muy dubitativo y temeroso, parece que los hijos de putas, solo mostraban la fuerza con los débiles.

“Está bien... señor policía no nos joda el negocio, pero nosotros si le vamos a conseguir un empleo a su hermano ¿sí o no Pituco?”, me dijo el *“Chiclayano”*

“Sólo espere unos días y vera nuestra eficiencia” nos mencionó, mientras en el fondo las mujeres que tenían gritaban más que aterrorizadas y yo me hacía el matón para decírlas.

“¡Carajo, no hay trato si no devuelven los documentos ¡ahora!”, mientras *Luis*, me complementaba:

“¡Conerro, bakatare!”, no hagan más trampa, ahora están jodidos, ¡devuélvanme mis documentos y mi dinero, ya mismo!”

“Pero, no tenemos más el dinero y el pasaporte sería lo único que podemos devolver ¿sabes?” respondió el pituco, con cierto cinismo.

“Lástima que tengamos que joder tu negocio compadre” le dije, mientras *Luis* me tanteaba la espalda al ver que alguien había entrado por la puerta trasera y se escondía detrás de las cortinas de la última habitación en el pasillo.

Gesticulé con una muestra de afirmación, mostrando el puño y entre dientes mandé a *Luis*, al carajo diciéndole que se comiera su miedo.

Pensé, por intuición que la “*Hiena*” había vuelto con más refuerzos, y solo imploré a Dios que los delincuentes no se hubiesen dado cuenta de nuestras “armas”. En ese momento no sé cómo, pero milagrosamente mis ojos detectaron en uno de los cuartos una ruma de pasaportes y mucho dinero, sobre una mesa, entonces pregunté señalando al jefe de éstos grupos de miserables.

“*Y eso compadre, ¿quieres que me quede con todo?*”. El “Pituco” volteo sorprendido y me dijo, “*ya no jodas*” y se dirigió a todos los que nos intentaban rodear.

“*Por un pasaporte y mil dólares yo no jodo el negocio, ya vieron el cuarto, se los voy a devolver*” dijo mientras avanzaba resignado seguido por nuestras armas falsas.

Le alcanzó a mi hermano uno de los pasaportes y mil dólares en billetes de cien y cincuenta.

“*¡Cuenta rápido, huevón!*” ordené a mi hermano, con un poco de nerviosismo, viendo nuestra real situación y saliéndome un poco del papel a la cruda verdad.

Contó, pero con paciencia y cierto titubeo, había 10 billetes de cincuenta y cinco billetes de cien dólares.

“*Si me das un billete chueco, estás jodido compadre, te buscaré y jjontoni anata ni o koroshimasu!*” (¡y verdaderamente te mataré!), le dije mientras

miraba con fiereza de *Samurai* al “*Pituco*”, mientras mi hermano hacía el simulacro de controlar al “*Chiclayano*”.

“¿*Contento?*”, me dijo el jefe de la organización, mientras mi hermano se ponía el dinero y el pasaporte en el bolsillo.

“¿*No quiero problemas para salir así es que ordena el despeje!*” le grite a todo pulmón como respuesta.

Como habíamos quedado *Luis*, me obedeció y empezó la retirada primero, me parecía que el “*Chiclayano*”, ya había notado el truco, con el movimiento demasiado rápido que hizo al dejar caer el celular, aunque intente cubrirlo rápidamente, pero felizmente ya llegábamos a la puerta de la calle y no había dudas ni murmuraciones en nuestras acciones.

Al salir, caminamos unos pasos simulando tranquilidad, como lo habíamos planificado y sólo al ver que salían tres siluetas detrás de nosotros, le di una palmada a *Luis* y me acuerdo que grite “¿*Vamos hayaku (a prisa) corre Luis!*”, mientras, yo me quedaba al final apuntando y los hombres se tiraban al piso.

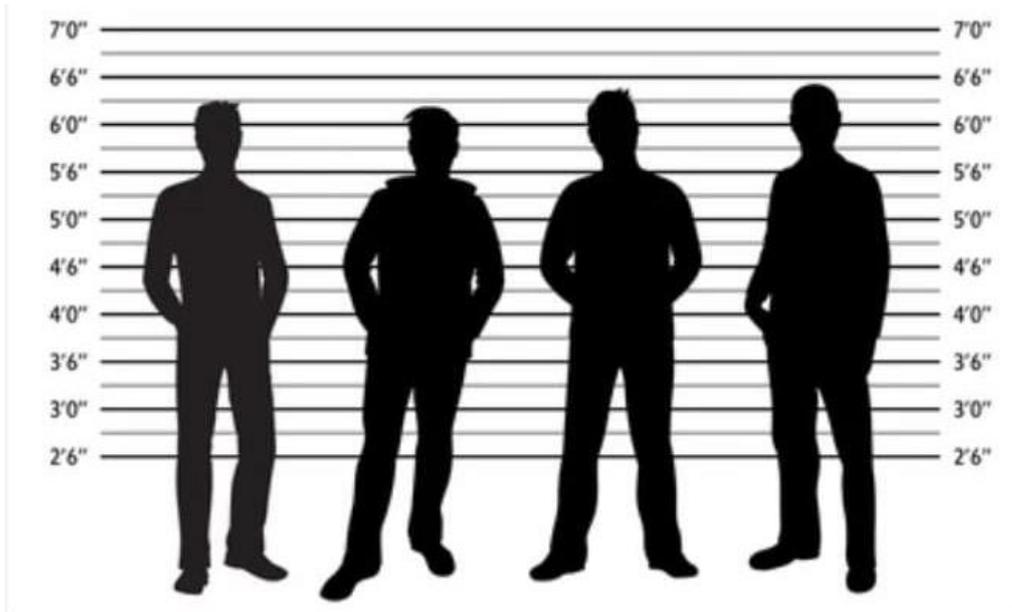
Luego, comencé a correr apuntando con el juguete, pensando sólo en lograr el objetivo mientras retrasaba a los tipos y mi hermano había avanzado lo suficiente, momento en el me dejé llevar por la inercia y no paré más, solo volteando de rato en rato el cuello para calcular la distancia a la que se hallaban y escuchar en el viento las voces impotentes de nuestros perseguidores, quienes no podían disparar por ser de día y el temor que tenían a policías y *yakuzas* japoneses, solo limitándose a gritar:

“*¡Nos han engañado carajo, alcáncenlos!*”, esas mismas voces nos amenazaban y mentaban la madre, pero yo continuaba concentrado en hacer que mi hermano tuviese una ventaja de una cuadra con relación a mi persona, recordando quizás a nuestra madre, que desde cuando éramos niños siempre me había pedido protegerlo en toda circunstancia, esa imagen de nuestra progenitora se me proyectaba entonces en el corazón con su voz inolvidable, mientras el aire parecía írseme y quedaba exhausto en esta carrera inacabable por la vida, hasta que llegamos a la estación y entrando a la boletería, le hice ingresar primero al andén, diciéndole al controlador que un pariente nuestro estaba muy grave y que debíamos llegar rápido.

El hombre solo atinó a mirarnos asustado y decir “*hai*” (*si*) y darnos paso libre al tren que llegaba, el mismo que abordamos por la primera puerta que se abrió, para luego caer sudorosos y jadeantes en los primeros asientos que rozamos, mientras gentes de este país del sol naciente de todas las edades, solo atinaban a mirarnos sorprendidos, viendo nuestros gestos.

“*Hermanito... lo logramos, muchas gracias*” me dijo Luis, mientras yo solo sonreía, perdiendo toda noción de puritanismo y me secaba más el agua que me brotaba de la piel en una mezcla de calor y sudor frío indescriptibles en la frente, la espalda y las manos.

Ese recuerdo fluye en mi mente a través de tiempos y distancias como algo imborrable y real como ese instante que siempre vivirá en mí y espero también en mi familia, hermanos y sobrinos; no será pues la simple tradición oral, sino este relato que acabas de leer el que mostrará una parte de nuestra vida en la tierra de nuestros ancestros, donde afrontamos también el riesgo.



Palabra de Villanos

DIAS DE FABRICA: GENEROSIDAD Y FRIALDAD

“Sucede que muchas veces los seres humanos somos un poquito diferentes sucede que cuando estas en las buenas todos te alaban y cuando te llega el Invierno muchos te desprecian o te ignoran”

Me hallo ahora en la ciudad de *Quito*, Sudamérica diez años después de lo acontecido y realmente sentí nostalgia al imaginar su gracioso y querendón tono de voz en portugués, como un eco en mi alma.

No quiero, que su historia quede anónima como la de muchos que pasamos por la tierra de nuestros ancestros allende el Pacífico en el país del sol naciente. Mi amigo quizás aún se encuentre allí o se halle caminando en otra senda que nos escribe el libreto de la vida.

Era un día de verano, cuando los sonidos de nuestra bicicletas retornando en tropel haciendo comentarios y *“brincadeiras”* (bromas) se detuvo en seco en el patio de la zona de apartamentos temporales o cubículos donde nos ubicaron los japoneses.

“Oí você é peruano não...¿gostaria de escutar música brasileira?”, la voz me sorprendió era la de un muchacho que me había estado observando desde que salimos de la fábrica, pasamos por el andén del ferrocarril *de Suzaka Shi*, abordamos el tren y bajamos en la siguiente estación, para luego emprender la larga bicicletada.

“Muito obrigado cara você é novo ¿no?” (muchas gracias amigo tú eres nuevo ¿no?) Le pregunte con una sonrisa, mientras los demás se retiraban a las duchas y solo Murayama se quedaba para observarnos.

En la penumbra, de las luces artificiales del patio, su rostro casi tan nuevo como el de un adolescente que se estrena como hombre no era el de un típico descendiente de japonés, no tenía ojos rasgados y parecía más bien un brasileiro neto , cuya mirada reflejaba solo inocencia.

“Você conhece a todo mundo na firma ya? (¿Conoces a todo el mundo en la empresa?) Le dije con un gesto de confianza porque siempre me gustó tratar bien a la gente y sobre todo si era amable como este muchacho novato.

“Ainda ãao, só alguns mais olhe que o senhor e uma boa pessoa” (todavía no, solo a algunos, pero creo que Ud. es una buena persona)

“Obrigado“, le agradecí mientras avanzábamos y el me seguía con Murayama para poder tomar las duchas.

A la mañana del día siguiente, que teníamos un descanso, por ser una festividad budista tocaron a mi puerta muy cortésmente, me levanté y deje el texto que estaba escribiendo y abrí la puerta, frente a mí, el muchacho me extendía dos discos compactos con música de samba brasileira contemporánea.

Le miré asombrado, no porque otros no me hubieran ofrecido con gran solidaridad y cortesía cosas que nunca pedía para hacerme sentir más

cómodo, sino, porque era la primera vez que alguien tan joven y que conocía poco me transmitía una sonrisa de humanidad y palabras tan fraternales.

“Você fica sózinho não? imagino que o senhor precisa de nós, ah... você fala e brinca como brasileiro mesmo, ainda não conheci a outra pessoa igual...”

(Ud. Vive solo ¿no? creo que Ud. Nos necesita, ah... pero Ud, habla y bromea como si fuese brasilero, aún no conocí a otra persona igual).

“Muito obrigado cara” (muchas gracias hermano) a veces soy tan sensible frente a estos gestos que rompen fronteras, formalidades y nos hacen sentir que somos solo una misma variedad que siento realmente que la integración es vida, son hechos concretos y que las palabras sobran cuando habla el corazón.

Poco a poco me enteré que Paulo, se había convertido en benefactor y proveedor colectivo de cosas que nos faltaban. Si alguien no tenía víveres por no poder ir al mercado o no tener dinero ahí estaba el, si alguien quería diversión ahí estaba Paulo llevándole su equipo de sonido o su monopolio, si alguien no tenía con que planchar allí estaba ofreciéndonos, inclusive antes que se lo pidamos su plancha y finalmente si a alguien se le agotó el dinero ahí estaba Paulo, diciendo *“quanto precisa você cara”* (cuanto necesitas hermano) sacando su billetera.

Pero, de repente este afán por querer dar todo se convirtió en algo muy extremo, comenzó a regalar sus cosas o a prestar y no pedir devoluciones, un día me sorprendió aún más con un gesto más que generoso

“Oi Paulinho você me presto sua plancha muito obrigado” (Paulito me prestaste la plancha.... muchas gracias) y él me contestó:

“Fredao você precisa mais que eu iso, fique con ela” (Freddy Ud. la necesita más que yo, quédese con ella) me sentí desconcertado.

“Mais Paulinho eu Acho que ire manha a la cidade y comprarè uma” (Pero Paulito creo que mañana voy a la ciudad y compraré una)

“¡No señor iso e de você!” (¡No señor es suya!), pensé que no podía rechazar su voluntad y que él tendría otra, pero luego me enteré que no solo era conmigo había regalado cosas a todos; llegando al extremo de quedarse casi sin nada.

Una mañana de invierno, que iba a salir a trabajar con la nieve envolviéndome como un manto blanco hasta las rodillas y ese frío tan profundo que a veces te hace sentirte arrepentido de haber venido a estas tierras le vi con la mano vendada y sin uniforme de trabajo, me preocupó mucho.

“Paulino que aconteceu con você? Curto la mao. Você esta ferido.... posso fazer algo?” (Paulito ¿Qué te pasó te has cortado la mano, estás herido? ¿puedo hacer algo?), el solo sonrió y respondió con tono de brincadeira: *“foi um acidente nel trabalho ¿sabe cara? Na segunda feira eu me hallaba na mia maquina, quando ela quebro enton eu machuque y corte você olhe..... muita sangue, por iso os chefes faloron para mi tomar um descanso alguns dias”* (fue, un accidente de trabajo ¿sabe amigo? El dia Lunes, estaba em mi máquina cuando ella se destrozó entonces me aplasté la mano y me corte

mucha sangre, por eso los jefes, me dieron permiso para tomar descanso por algunos días).

“Bom Paulinho mais você ainda fico vivo, seu braço no foi em bora no? falo” (Bien Paulito, pero aun está vivo y no perdió el brazo, chau) le dije cuando me despedí de él, en tono jocoso.

Aquel día recordé las muchas oportunidades en que había tenido heridas en diversas partes del cuerpo, con tantas quemaduras y pérdida de sangre que aquí en Japón ello no parecía tan importante ni preocupante como cuando ello te hubiese sucedido en tu país.

Se me vino a la mente el primer día que trabajé en la fundición subsidiaria de la Toyota y la máquina explotó, dándome una bienvenida de fuego al frente del trabajo de verdad, que resisten solo los “*machos*”, como decía “*Chacalón*” y pese a estar bien cubierto de pies a cabeza, como un guerrero *samurai* con su coraza, un poco del aluminio que volaba por los aires cual lava de volcán, me alcanzó en el pie izquierdo, perforando la bota de acero y haciendo un hueco de entrada y salida.

Pese a ello, me mordí los labios y no me quejé del dolor, miré alrededor y agradecí que nadie me hubiese visto en ese momento tan doloroso, porque aún no tenía seguro y si se enteraban de ello, mi familia tendría que pagarle a la mafia *Yakuza*, que me trajo porque como debía mi pasaje a lo que sumarían una carga de deudas inventadas y costos de tratamiento médico, la mafia me triplicaría y estando en trámite mi visa como descendiente me hubiesen declarado incapaz y devuelto al Perú.

Por eso, no dejé de asistir ni un solo día, pese a las quemaduras, fingí naturalidad al caminar, trepar, bajar de las máquinas sonriendo y rápido como si nada me hubiese pasado. Fue normal que continuara corriendo, para ayudar a traducir del japonés al español, arrastrándome sobre el petróleo y los restos de metal sin ningún reparo.

Por eso no recibí ningún tipo de tratamiento médico, tuve que invocar al cielo y esperar tres meses para ver cicatrizar la herida usando solo mentol y agua hirviendo (consejo de mamá que siempre me acompañó), lo más terrible fue ver salir esos gusanitos blancos, a los que mataba sintiendo el dolor del agua caliente sobre la piel.

Recordé, también la vez que vi rodar la cabeza de aquel japonés decapitado por la guillotina del acero, debido a un error en la línea de armado de los vehículos terminados y finalmente la sangre fría de aquel que perdió el dedo por un error de cálculo, a quien solo suministraron coagulantes y analgésicos, quien como si nada cogió su dedo lo metió en una bolsita y sonriendo dijo que volvería en dos días. Pensar que todo ello sucedió apenas a fines del siglo XX.

Mi abstracción sentado en la banca que daba al patio central fue interrumpida por unos pasos acelerados que me trajeron al presente, *Murayama* y los demás se acercaban bromeando “¡Oí *Murayama*, que aconteció con o *Paulao!*” (Oye *Murayama*, que le pasó al *Paulon*) pregunté con cierta preocupación.

Entonces, uno de los que trabajaba en la sección, me respondió como mezclando la burla con la dureza

“Fredao, seu amigo sempre foi doente, ele fodio todo loco de merda...ja, ja, ja” (Freddy, su amigo siempre estuvo enfermo. El jodió todo... un loco de mierda...ja, ja, ja) y apresurando su bicicleta se alejó bajo el brillo de la luna.

“A verdade e que ele no aprendio ben o servico cara, sempre ficaba nervoso y fodia o vidro” (La verdad que él no aprendió bien el trabajo... siempre estaba nervioso y malograba el vidrio) hablo mirándome con cierta tristeza Nakanishi.

“¡Mais cara tudo o mundo fodia a ele! o mesmo brasileiro que era o assistente do chefe japones no ensino ben y tudo o mundo chamaba a ele de louco, bobo ...iso foi” (Mas todo el mundo lo jodia, el mismo brasileño asistente del jefe japonês no lê enseñó bien y ademas, todo el mundo le decía loco, bobo, por eso fue...) Falo Murayama.

Lo que había sucedido, es que aquel día los brasileros que se burlaban y lo molestaban *manha, tarde e noite* (mañana, tarde y noche), habían decidido la broma final, colocando un tipo de combustible para vidrios más gruesos en su máquina, desapareciendo el tipo “Y” que debía usar para los más delgados.

Según dicen tuvo una ligera sospecha, antes de encender los controles al notar una sonrisa extraña en el operario de la máquina más cercana pero frente al tiempo que pasaba lo colocó.

El resultado nefasto, 10 minutos después la máquina se detenía estruendosamente, lanzando al aire todos los vidrios quebrados, explotando en añicos los moldes.

En su desesperación *Paulinho*, cogió un pedazo de vidrio y corrió al baño. Ésta era supuestamente la décima vez que hacía lo mismo, yo no podría afirmar como Murayama, que lo sabotearon desde antes, pero la diferencia era que ahora si se notaba la trampa. Los compatriotas suyos fueron en masa a buscarlo, movidos por el “líder” de la sección.

En ese momento parecía que todos, hasta los bolivianos “cambas” cazaban a una fiera o un delincuente para lincharlo. *Pauliño*, solo atinó a esconderse en los baños y cortarse las venas.

Cuando los jefes japoneses, vinieron a preguntar qué pasaba, el encargado brasilero y los demás, le dijeron que se había equivocado otra vez y que no servía para nada, que lo sacaran lo más pronto posible.

No se acordaban cuantas veces ellos habían cometido el mismo error, es que era tan delicado trabajar rápido y al mismo tiempo no equivocarse con la visión al aprovisionar las máquinas con el combustible adecuado para cada tipo de vidrio, pues no eran tan diferentes los colores necesarios para pulir una pantalla de computador, un reloj de cuarzo o piezas de uso químico.

Ellos argumentaban, que no podían seguir soportando ver a alguien tan torpe que les desconcentraba. Yo me preguntaba dentro de mí si se habían olvidado de los regalos que les hizo, de los préstamos o del refresco y las cervezas que en varias oportunidades pagó para todos con su dinero *Paulinho*.

El jefe y el estado mayor japonés, se dirigieron entonces a los servicios, ordenando volver al trabajo a los demás.

Solo *Roberto Matsumoto*, quien era colega mío Licenciado en Administración de Sao Paulo, una persona muy preparada les dijo que Gerson, era el verdadero responsable al cambiar la posición del combustible “*Io kankenai*” (está bien no te metas), fue la respuesta seca del segundo jefe de sección.

Dicen que golpearon la puerta por cerca de quince minutos, pero como no quiso abrir la puerta y oír su llanto de niño a punto de ser molido a golpes, finalmente el supuesto “líder” brasilero de sección pidió permiso y de un puntapié rompió la puerta , justo cuando empezaba a cortarse la yugular.

Los jefes, se reunieron con él y con un tío suyo, le dijeron que prescindían de sus servicios y solo le daban dos semanas para recuperarse.

Desde entonces, comenzó a esconderse de todos, convertidos en lobos crueles que querían devorar su alma y terminar destrozándolo psíquicamente con sus burlas e insultos directos.

No sé, pero a veces me arrepiento de haberme quedado callado y mirado a otro lado, cuando me miraban a mí como amigo y lo observaban a él como un leproso, pero yo si tuve el coraje hasta el final de acercarme, saludarle, bromearle y animarle.

“*Você sabe a verdade no fredao?*” (¿Tu sabes la verdad no Fredon?), me dijo un día con el rostro mostrando como telón de fondo dos enrojecidos ojos por el llanto.

“Paulino Eu se que ellos fodieron a você caralho” (Paulito yo sé que ellos te jodieron... carajo) le dije, mientras le invitaba al bar del karaoke, donde atendían aquellas más que generosas filipinas, encantadas de sentarse en las rodillas, besándote y acariciándote cuando cantabas bien.

No sé cuánto tiempo estuvimos emborrachándonos y llorando por su partida, solo se me viene a la memoria el canto de los pajarillos cuando nos retiramos *“sabe que depois de amanha Eu vou em bora no se adonde cara mais no podó ficar aqui, os japoneses falaron”* (Sabes que pasado mañana me voy... no sé adonde hermano, pero no me puedo quedar... los japoneses dijeron...)

“Deus sempre vai ficar con você ah lembre Paulinho eu tengo na carteira um endereço de uma empreiteira da construação donde você pode ir a procurar emprego” (Dios siempre va a estar contigo... ah recuerdo que tengo una dirección de una empresa de construcción, donde puedes conseguir empleo) le dije recordando en mi borrachera que hace un tiempo conocí al dueño de una constructora, quien me dio su tarjeta, invitándome a trabajar en construcción.

Entonces empezó a sonreír como un niño ilusionado , diciendo que era bueno trabajar al aire libre y no encerrado que como no había muchos brasileros en construcción, solo trataría con japoneses que ellos si eran honorables y respetuosos, como nos habían enseñado los mayores en nuestra patrias antes de venir a sus tierras yo solo sonreía, pero me dolía engañarlo confirmando sus ilusiones con mis gestos , pues sabía también lo que era trabajar a menos 20 grados centígrados en la nieve o trepar sin equipo de protección a la altura de un edificio de veinte pisos, soportando los gritos de locura marcial de

aquellos jefes que sentían estar tratando con soldados en el frente , teniendo al tiempo como el enemigo invisible al que se debía vencer.

En la tarde, de ese mismo día los golpes insistentes en mi puerta y las voces chillonas en portugués me despertaron para enterarme que había regalado toda su ropa y así en paños menores, envuelto en una toalla se había ido al supermercado a pedir que le fiaran algunos víveres y el dueño había llamado a la fábrica.

Murayama y yo, nos sentimos como si nos hubieran noqueado el alma, *Endo*, demostrando su nobleza, nos sacó del letargo y dijo que debíamos avisar a su tío.

Nos imaginamos que había enloquecido. Pero el dueño de aquel pequeño supermercado era realmente uno de los más comprensivos japoneses que conocí.

Cuando llegamos le había regalado una camisa y un pantalón que a simple vista parecían nuevos.

No hizo caso a las viejas, ni a las jóvenes que hipócritamente pedían que lo llevaran al puesto policial por sátiro.

“Lo que acontece es que hache um japonês muito pobre enton eu di a ele mia ropa e o poquinho de dinheiro que ainda tenhìa” (lo que pasa es que encontre a um japonês muy pobre, entonces le regale mi ropa y el poço dinero que aún me quedaba) nos explicó Paulinho, sobre su conducta.

“Você pense mais em sua vida no fique doido por tudo o mundo” (Tu piensas mas em tu propia vida, no te vuelvas loco por todo el mundo) le traté de explicar como a un hermano menor.

“¡No sea mais bobo o vai em bora a Brasil, Eu fico envergonhado por você caralho!!” (No seas mas tonto y vete al Brasil, yo tengo que pasar tantas verguenzas por ti ¡carajo!). Me cortó su tío en un tono muy agresivo y que coincidía con la mirada tan rencorosa en el rostro.

Preferí no despedirme, porque confieso que soy muy sentimental de decir adiós a un amigo que está en una situación muy difícil que no puedo remediar con solo palabras, hable con su tío y le dije que lo mandara a Brasil con sus padres, de pronto necesitaba algún tipo de tratamiento, pero el solo atinó a decir: *“que vai a fazer uma besta como ele ala....”* (qué va a hacer una bestia como él allá).

Sólo preferí pensar más en Dios y en las injusticias que comete al darnos más sufrimientos a unos más que otros. Al no hacer comprender a los demás sobre lo que hacemos y que se demuestra más en obras que en simples palabras. Pasaron dos meses y yo siempre procuraba rezar por él y por todos los seres que sufren en la tierra, le preguntaba a todos donde estaba trabajando solo *Murayama*, me dijo que estaba en la empresa de construcción que le recomendé.

Doña Cecilia, la brasilera que administraba el comedor, nunca me informó de sus llamadas telefónicas, según ella para no molestarme, hasta que *Murayama*, me contó que imploraba como un niño para ubicarme y decir que me necesitaba a su lado para darle valor, pues yo era como el hermano mayor

que perdió una vez de niño. Sólo tuve tiempo de salir del comedor y me vencieron los sentimientos mientras caminaba por los pasadizos y me dirigía a mi habitación, el llanto se venía incontenible, como la lluvia de verano que empezó a caer...

Lloré, si lloré mucho, por mi pequeño hermano en aquella noche del Invierno de 1995, lástima que la Empresa ya me había colocado en la nómina de los que se irían a trabajar a la filial de *Hawai* en los *Estados Unidos* y luego pasaría un mes de vacaciones allí antes de volver al *Perú*, con un gran dolor, pero también con una gran esperanza de que el hallara otro hermano mayor que también le continuara ayudando como yo... han pasado tantos años ya no soy el joven de entonces la vida me golpeó mucho , las arrugas empiezan a cubrirme, pero siempre veo en mi mente aquel rostro infantil sonriente , envuelto de esa aureola de verdadera inocencia y generosidad fraternal, diciéndote: “ *Precisa de ajuda meu amigo?.. .* ” (¿Necesitas ayuda mi amigo?).





Días de Fábrica: Generosidad y Fidelidad

BIENVENIDA AL REINO DEL ALUMINIO ARDIENTE

(Sucedió en Octubre de 1990 en Nishio Shi- Aichi Ken, Japón)

*“Muchas veces llegamos a un nuevo infierno en vez de
llegar al paraíso soñado”*

Mientras, decenas de cuervos negros de todos los colores croaban y se posaban por doquier en esta campiña muy verde junto a los cultivos de maíz y de arroz, para observarnos cual extraños intrusos en sus tierras, los gatos pasaban por nuestro lado, haciendo tintinear sus collares de aparente color oro.

Como marco del Japón, desconocido de carne y hueso que nos esperaba, el nuevo día se reflejaba con un tenue sol, cuyo brillo nos hacía sentir un renovado optimismo en nuestros corazones, obligando a desterrar toda mala idea, como algo que era cuestión de vida o muerte para cada uno de nosotros.

Hoy sería, el primer día de trabajo en estas tierras de los ancestros y debíamos estar preparados para entrar en acción en la empresa de fabricación de autopartes “*Heikikai koki*”, cerca de *Nagoya* (Prefectura de Aichi Ken) el día anterior los dos japoneses de enlace desde nuestra llegada al aeropuerto internacional de *Narita*, nos visitaron y me hicieron traducir que todos debíamos estar en pie a las 6.30 A.M, para preparar el desayuno y no demorar la salida en los buses de la empresa.

Desde temprano, me encargue de despertarlos, tocando puerta por puerta y de recordarles su deber, todo el mundo parecía entusiasmado y listo para salir

a jugar con las computadoras y robots imaginarios que constituirían su idealizada visión de trabajo en el Japón de los noventas, suponiendo que en el país del sol naciente todo estaba automatizado, por ser un país desarrollado y líder en tecnología.

“Yo voy a ser gerente carajo voy a dominar, este país” decía Carlos, destacando su estatura de 1.80 o más y el color de su piel pálida, mientras compartía una sonrisa inacabable y demasiado soberbia con su esposa Sonia, quien lucía en su cabeza ese eterno sombrerito de copa, que descubriría luego que guardaba un secreto, extraño en una mujer joven, pero que no me haría nunca perder el respeto por ella sino apreciarla más.

“Aquí el billete se hace solo dí?, las maquinas trabajan solitas...solo tienes que sentarte a esperar que el robot termine su trabajo...concha de su madre!, no es como en Perú”, dijo el supuesto *Nomura*, con una sonrisa que delataba su origen en algún peligroso arrabal de la norteña ciudad de *Trujillo*.

El “gato *Ishikawa*”, quien como alguno de nosotros que éramos una minoría parecía no haber comprado un apellido, por sus rasgos de descendiente verdadero, solo sonreía silencioso con la cabeza gacha, quizás presintiendo algo diferente a lo prometido por los contratistas japoneses.

De pronto, fueron apareciendo en el horizonte las siluetas de dos camionetas Toyota de color blanco, que silenciosamente se estacionaron, descendiendo de ellas los dos uniformados nipones que de ahí en adelante serian nuestros guías, amigos y también en algún momento nuestros adversarios o enemigos más terribles.

“*¡Traduce... traduce!, diles que nos vamos rápido...no es un paseo!*” me dijo observando con su mirada de águila *Kamiya San*, el más delgado y veterano japonés juerguero y veloz que halle en estos Lares.

Mis compatriotas, me miraban como intentando traducir lo que me había dicho, con sus ojos demasiado abiertos que denotaban un espíritu provinciano, presente en muchos capitalinos.

Cuando contaron el número de trabajadores, que debían conducir se dieron cuenta que faltaba la pareja de los *Fuchida*,... me miraron con cierta rabia, pensando que no había cumplido con su encargo de pasarles la voz a todos, pero fingieron porque sabían que nos necesitaban y a mí en particular como el único que les entendía para mover a esta gente que hablaba en una lengua que nunca habían escuchado ni hablado ellos en su vida dentro de esta provincia japonesa de *Aichi Ken*.

“*Diles a los que falta que se apuren! vamos no hay tiempo!*” me dijo el gordo de *Mori San*, el más alto y relleno como un sumo.

“*¡Sr Lucho, Sra. Gladys nos vamos!*” les dije a todo pulmón y entonces ellos salieron como peleados entre si de una de las habitaciones y abordaron dos vehículos diferentes, parecían haber tenido una discusión, a veces me pregunto si tengo ese don de entender a las personas por un gesto, una mirada o sus simples movimientos.

“*Por favor rápido... suban cinco por camioneta...no lleven comida, allá se la darán a la hora de almuerzo en el comedor*” traduje al español lo que decían los japoneses, esforzándome de hacerlo al ritmo muy rápido de ellos

“Todos los días deben estar listos a tiempo para no llegar tarde...les darán una bicicleta a cada uno para que puedan desplazarse para que se movilizan por sí mismos, solo hoy día les hemos venido a visitar y recuerden que deben salir a tiempo, traduce Nishihara san!” Concluyó Kamiya, mientras me palmeaba.

“Diles también que hoy les presentaremos a los jefes, se les instruirá sobre las normas de trabajo, convivencia y seguridad en la planta, deben estar muy atentos, porque se les dará una lección para que manejen las máquinas de elaboración de piezas de automóviles... diles que el trabajo es muy bueno y estarán bien”.

A su costado *Mori San*, parecía contener una carcajada.

Así se los traduje inmediatamente al español y luego abordamos las dos van, sonriendo y bromeando a todo dar con el espíritu de los colegiales que van a la escuela el primer día, mientras la bella campiña japonesa nos pintaba de un verde esperanza el alma, pues todos los lugares por donde pasamos invitaban a quedarse a dormir junto al río aquel lleno de peces de colores y gansos oteando el horizonte.

Pero los *Fuchidas*, se mostraban fríos y distantes entre ellos, ahora después de muchos años lo logro entender con una confesión que me hizo uno de ellos, después de más 20 años.

Hasta que comenzamos a divisar un gigantesco complejo industrial que con las letras *kamllis*, *hiraganas* y *katakanas*, escritas junto a aquella cruz verde parecían darnos la bienvenida en ese día de octubre de 1990 que aún recuerdo

Cuando los carros se detuvieron en el estacionamiento y los japoneses sonrieron con un gesto demasiado amable para ser verdadero.

“¡Yoshi cochi desu.... mimna san basu o orite kudasai hayaku! (bien... aquí es... todos bajen del bus... rápido) me pidió traducir Kamiya San, a todos.

Todos bajamos sonriendo y desplegando nuestras ilusiones, mentalmente preparados a enfrentarnos a las máquinas de fantasía suponíamos existían y nos esperaban dentro, pasando el umbral, como en las modernas plantas japonesas, tal como vimos en los documentales.

Todavía siento esa sensación de esperanza al entrar a las oficinas administrativas y ser recibidos por los ingenieros de planta e ingenieros, las sillas y muebles que parecían ser un puesto de mando y las pizarras alrededor con símbolos de producción, números e ideogramas del alfabeto japonés.

El jefe de la planta, me pidió preguntar por las tallas de los trabajadores en camisas pantalones y zapatos así se los pregunte y me respondieron.

Cuando fueron trayendo los uniformes, vimos que eran color caqui, además de otras piezas adicionales y muchos se preguntaban si era muy frío adentro y debíamos abrigarnos tanto.

“¡Qué es esto, para que utilizar zapatos de acero que pesan una cagada!” dijo una de los supuestos “Nomura”, sintiendo el peso de las botas industriales de acero que debíamos utilizar.

En un momento determinado, contratistas e ingenieros salieron dejándonos solos en los ambientes, entonces percibí un extraño movimiento de aquellos “hermanos”, quienes se colocaban corbatas que traían escondidas en los bolsillos y corrían de un lado a otro de estas oficinas.

“*Ya pe’ carajo, ahora voy para allá, toma la foto*” dijo uno de ellos y se sentó en el escritorio del jefe, mientras el otro registraba la escena en su cámara. Luego se colocó en la pizarra y agarrando el puntero le pidió una nueva foto “*! Ya huevón has quedado como un gerente en Japón!*”, dijo el otro.

“*Así cuando me pregunten concha de su madre, dónde estuve, pues como gerente en Japón, trabajando*”, dijo, mostrando su sonrisa de malandrín.

“*Por favor, respetemos el orden señores estamos en una empresa de Japón, ya vuelven los jefes*”, les dije un poco alterado, pero tratando por vez primera en el mismo nivel a estos antisociales, la Sra. Fuchida, les llamo más la atención con groserías y gestos muy chalacos, mientras los demás se reían o adoptaban una actitud de indiferencia... en ese momento se abrió la puerta y todos corrieron a las sillas donde nos habían ubicado en un inicio, pero el Jefe de planta me interrogó sobre lo que estaban haciendo, porque los veía extraños, solo le respondí “*curioseando señor, ellos no conocen mucho de las plantas y su trabajo*” y el solo atino a sonreír con su metro ochenta y su cuerpo atlético.

“*! Entramos en cinco minutos que se cambien allá todos los hombres!*” señalé al servicio higiénico de los hombres- “*allá las mujeres, vamos traduce rápido!*”, indicando con la otra mano una oficina cerrada y vacía.

Todos corrimos y nos pusimos los uniformes y los sobretodos además de las botas de combate.

“Dile al japonés, que estamos listos para ir a la guerra” me dijo José, el esposo del matrimonio Fuchida.

Entonces, el japonés nos miró profundamente y con un gesto que mostraba ingenuidad y lastima por nosotros y pronuncio una sola palabra “*síganme*”, mientras caminaba a una entrada que parecía una puerta al otro mundo, aun lo recuerdo a pesar que han pasado muchos años, levanto con su guante blanco una cortina verde olivo y sentí la sensación de entrar al campo oscuro que recorría el tren fantasma en mi niñez, pero que esto iba ser verdad y no íbamos a salir ilesos en cuerpo y/o alma, en realidad era la puerta al infierno.

De pronto, una ciudad metálica fantasmal, que siempre seria eternamente nocturna se abrió frente a nosotros.

Sólo luces artificiales iluminaban aquella enorme planta industrial, selva de maquinarias y equipos encerrada por unos gigantescos muros equivalentes a 5 o más pisos de un edificio, lo que la hacía semejante a una prisión al tiempo que el calor más elevado jamás soportado de 50 o 100 grados centígrados en el ambiente se impregnaba terriblemente en nuestra piel y quizás nuestras almas, junto a aquel olor de aluminio y acero fundido y quizás algo de carne humana, como lo entenderíamos después con la nuestra propia ; los fuegos ardientes como volcanes lanzados al aire por todos lados.

Las máquinas de todos los tamaños como cazas de combate estacionados en tierra, operaban sus brazos mecánicos robóticos para abrirse y cerrarse chirriando infernalmente, mientras sudorosos operarios, presionaban

botones, manipulaban palancas, cogían con alicates, martillaban y colocaban en canastas las piezas automotrices para la *Toyota*. Otros no paraban de gritar subiendo y bajando piezas de aluminio con mucha prisa.

Los aparentes jefes o supervisores (por una, dos o tres rayas en los gorros) miraban relojes y planos incansablemente y también apresurados entraban cada cierto tiempo a martillar, reparar o soldar en los puestos de trabajo.

Los vehículos montacargas pasaban a toda velocidad casi atropellando a quienes circulaban entre los pasadizos.

Nuestros rostros cambiaron y estaban sintiendo el pánico más terrible, pues nunca jamás imaginamos venir a este lugar de locura, donde el trabajo era a cien por hora, en medio del calor terrible que abrazaba nuestras pieles, entonces el japonés se dirigió con una sonrisa de jefe a todos nosotros transmitiendo confianza y energía, para calmarnos.

“Es el primer día, todo se aprende, es sencillo ¿entienden? Yo también estuve como ustedes”

Viendo que no variaba la expresión o lenguaje de nuestras miradas y cuerpos se impaciente, alzando las manos pregunto *“Que pasa, están bien? Tradúceles!”*

“¡Si señor!”, respondí entre confundido y temeroso, parecía hasta que estaba olvidando el idioma japonés en medio de ese ambiente de ruidos infernales por todos lados que no te dejaban escuchar claro nada. Recordando mis

tiempos de dirigente estudiantil, al iniciar un mitin con la gente apática, me dirigí a ellos:

“Amigos, amigas, todos hemos venido a cumplir una meta, trabajar duro para ganar, ahorrar y volver a Perú, todos demuestren que empiezan con optimismo, vénzanse a Uds. mismos, sé que no es lo esperado, es la realidad, el japonés desea vernos motivados, podremos dominar esto, solo deben decir ¡si lo podemos... ganaremos!, volveremos como triunfadores a Perú!

Cuídense, somos un equipo si precisan algo me tienen para traducir” me emocioe tanto y mi corazón se abrió totalmente con una sonrisa mezclada con algo de llanto escondido, todos empezaron a sonreír y abrazarme.

“¡Te vas con el Jefe Saito, primero! interrumpió gritando el jefe; ¿y, les traduces a estos 5, como operaran sus máquinas OK? luego llevas a los demás adonde el segundo jefe Inoue y haces lo mismo!”.

Me fui con los diez marcando el paso en columna de uno, el piso estaba lleno de lodo negro mezclado con restos de aluminio, nuestras botas nuevas se mancharon en un instante, hasta que llegamos a la unidad de trabajo de Saito San, quien les saludo, dándoles la bienvenida, mostraba en sus gestos rudeza y perfeccionismo absoluto al mismo tiempo.

Luego, me pidió escoger a uno y dirigirlo a una máquina que parecía una torre de mando con muchos botones, así lo hice, comenzó entonces una veloz instrucción de cinco minutos, fue lo más rápido que he podido ver en toda mi vida, me faltaban palabras, tenía que correr con los términos y forzarme en traducir, pues era vital conocer los 20 comandos de la máquina, el uso del robot y lo que debía hacer con las manos y el martillo, como abastecer de

combustible el motor y como reparar de ser necesario, hasta ahora me pregunto si pensaron que éramos como ellos.

Así lo hice, uno por uno por cada persona con relación a la maquina asignada hasta que terminé con los hombres, estaba tan mareado y confundido por el ritmo de esta labor que nunca me fue remunerada; felizmente para el lado de las mujeres había una compatriota peruana nuestra y varias argentinas que hablaban español.

Entonces, finalmente y como último acto me dirigieron a mi hacia la maquina más antigua y peligrosa existente, pensando quizás que como hablaba japonés podía afrontar el reto tan difícil que no se lo dieron a los otros, calculo errado, porque ser hábil con las palabras no significa también ser hábil con las manos y de pronto me halle allí al lado de ese enorme monstruo metálico, color verde metálico que iba a ser un silencioso y terrible compañero de mis dolores y desventuras durante más de un año... y también me las iba a causar.

Aquel nipón, no se dio cuenta del cansancio realizado en mi labor como traductor e inmediatamente comenzó a explicarme rápidamente todo sobre los treinta botones del tablero escritos en *ideogramas kamllis, haragana y katakana*.

Queriendo demostrar ser rápido como ellos, con un falso orgullo y temor conjugados a la vez. No pregunte sobre muchas cosas que debía y calle. El supervisor de apellido *Ono*, una gran persona que llegaría a estimar y recuerdo mucho, me dejo confiando en que, al hablar el idioma, estaría bien en el puesto palmeándome y sonriendo se alejó diciéndome “*bien, tu podrás... ya regreso*”.

Me sentí atado, inmediatamente a la responsabilidad y comencé a operar la máquina, en mi mente resonaban las palabras de mi madre: “*siempre ojo y oído hijo*”, no sé cuánto tiempo pasaba, pero el olor del aluminio líquido y el calor de más de 60 grados centígrados conjugados me comenzaron a marear y quería vomitar todo, pero la máquina no paraba de arrojar sus piezas al rojo vivo y soltando humo al roce con el agua de las mangueras que se habían instalado para bajar inútilmente un poco la temperatura, lanzando más bien sobre nuestros rostros ese vapor ardiente que torturaba nuestra piel cada cinco minutos y en medio de toda esa confusión debía seguir recordando los botones claves para operar la máquina.

En un momento determinado, los controles empezaron a mostrar un giro inesperado, que indicaban algo extraño, entonces porque Dios, siempre fue mi guía en momentos difíciles y guiado por el instinto, salte de la máquina, justo cuando esta comenzó a lanzar proyectiles ardientes del tamaño de piedras de un volcán en estallido.

Me desconcerté, en ese momento no supe que hacer, era mi primer día y me habían colocado en un área aislada.

Corrí y me aleje de la máquina mientras ello sucedía e iba a llamar a los jefes, todo se tranquilizó repentinamente y pensé que todo había pasado, para tomar otra vez los controles, cuando de pronto se produjeron dos estallidos más, una esquirla de aluminio ardiente me alcanzó en uno de los pies, perforándome la bota, sentí la quemazón más profunda, que te perfora, carne, músculos y huesos.

Me retorcí por unos instantes de dolor, pero cuando sentí que las cuadrillas venían junto a grupos de japoneses con el jefe de sección y mi instructor.

Decidí, antes que vinieran a mí que debía aparentar que no me había pasado nada, de lo contrario me subían a un avión y me volvían a Perú como deudor, debiendo asumir ello mis padres, yo no lo podía permitir, nunca acepté que otros asumieran obligaciones mías y menos ellos. Me erguí como pude y me comí mi dolor, soportando como un samurái las quemaduras de tercer, cuarto o quinto grado que usualmente provoca el aluminio ardiendo a más de 300 grados centígrados

“¿Qué paso Nishihara? Todo esta bien?”

“¿Estas bien...no estas herido?”

“si estoy bien....no me paso nada señor”

“Jontoni? Shinjirarenaiyo.... Uso desu” (de verdad? No lo creo... es falso!) dijo uno de los jefes, quizás desnudando mis movimientos y sonrisa actoral que disimulaba una quemadura grave en el pie.

“Shinjite San.... iiii desu, watashi ni mite...” (Créanlo... estoy bien... mírenme) les dije sonriendo, mientras el dolor más terrible me invadía por la grave quemadura, mientras sangraba por debajo de lo que quedo de la media).

“Anda descansa allá un rato” me dijo el jefe, señalando un punto a dos metros donde había una banca, sabía que era una prueba para observarme y entonces puse mi mejor talento histriónico, aprendido en aquel grupo teatral dirigido por Víctor Carranza en Lima, fingiendo que debía actuar como si

estuviese más que sano completamente para que no se dieran cuenta, pues los japoneses son muy observadores.

Me senté, bebí un poco de té que me ofrecieron y luego de diez minutos que se convencieron de mi aparente buen estado de salud, volví a mi puesto, actuando como nunca antes, fingiendo más dinamismo.

Desde ese momento, debí caminar, subir y bajar las enormes moles industriales, permanecer horas de horas como un robot humano, recibiendo las pesadas piezas ardientes que salían del vientre de la máquina, soportando en el rostro y las manos la tortura de la temperatura ardiente del vapor, al cogerlas con el alicate al rojo vivo y martillar rápido para sacarle los relaves colocándolas con el gran esfuerzo final en los depósitos metálicos, mientras el terrible dolor en el pie herido combinado con el calor provocado por el fuego ardiente me hacían tambalear.

Además, de cuando en cuando alguien llamaba y debía estar preparado para correr de ser necesario para llevar y traer repuestos o ir a apoyar en alguna traducción, teniendo como marco el maldito olor a aluminio.

Al final del día, con ese pie hinchado debía entrar a las duchas y al *Ofuro* caliente y ahí es donde debía disimular y esconder como sea la quemadura para que no se diesen cuenta, porque ellos tenían la costumbre de bañarse todos juntos en el mismo ambiente, mirándose de reojo, en los espejos, ello era más terrible y doloroso que soportar la propia quemadura, pues el ambiente estaba lleno de japoneses, y nikkei peruanos y brasileros, así como chinos o malayos.

El corazón, me palpitaba y debía procurar poner ponerme una banda elástica y si preguntaban les decía que era un corte y no el hueco abierto por el aluminio que llegaba hasta el hueso visible solo para mí.

Para retornar al *apato* (apartamento), debía abordar la bicicleta y pedalear, sabía que dolía mucho, parecía que el pie se iba a abrir por el estiramiento de ese trozo de carne chamuscada e infectada durante los 20 minutos a media hora que nos tocaba llegar hasta el lugar que nos habían designado como departamento.

Un día, dicha sensación se profundizo más añadiéndosele un calor e hincón profundo extraño en el pie y comprendí que estaba empezando una gangrena, sin siquiera verme la herida, llore mucho a solas, lamentando este coraje estúpido, por el cual debería volver sin un pie o sin una pierna, pero ningún compatriota se enteró, además solo tenía conflictos con muchos de ellos que hurtaban mis cosas personales, especialmente los alimentos, eran peores que enemigos, solo confiaba en algunos agradecidos amigos que demostraron lealtad y agradecimiento por lo que hice para traducirles gratis o ayudarlos de otro modo. Pero reflexionando ahora que empiezo a ser un adulto mayor creo que la gratitud es lo menos que debes esperar cuando haces un favor.

Un día, alarmado por el color entre negruzco y morado que iba tomando la pierna, observé bien la herida en un lugar oculto, donde nadie pudiese verme e informar a algún japonés y entonces descubrí de manera extraña la nueva vida que surgía en mi piel, eran decenas de gusanos entre blancos y amarillentos que sacaban sus cabezas de la herida cual pajarillos del nido de un ave cuando van a ser alimentados por la madre.

Me sentí derrumbado, pero inmediatamente actúe y en medio del llanto silencioso recordé las palabras de mamá:

“cuando estés solo, si no tienes alcohol ni medicinas, agarras agua bien hervida y la colocas en la herida...soporta, eso matara a los microbios, muérdete los labios”.

Así lo hice, durante varios días y noches en forma muy personal, alejado de todos y finalmente le gane la guerra a esta infección, sin medicinas, ni descanso alguno; tanto ore a Dios que creo, fue un milagro.

Pero no sabía que este era solo el primer bautismo de fuego y sangre que debería afrontar en este mí paso por el archipiélago de los ancestros, aun me esperaban varias pruebas similares, a la vera de este camino lleno de sorpresas y vértigos por doquier.

Sólo puedo añadir que, ese primer día del accidente secreto que sufrí, cuatro de los compatriotas que llegaron conmigo a trabajar hasta las ocho de la noche huyeron a las 05:00 P.M. de la fábrica invadidos por una mezcla de sentimientos que iban desde el horror conquistando sus mentes, el falso presentimiento de la muerte en la sucursal del infierno o al cansancio profundo, al sentir un ritmo uniforme casi infinito en medio del peligro ardiente.

Quizás, no quisieron intentar ser robots humanos por primera vez en sus vidas. Esta había sido la bienvenida que nos dio el aluminio ardiente en aquel lugar llamado Nishio Shi, cerca de la ciudad de Nagoya, en el otoño de 1990, del año del caballo.



Bienvenida al Reino del aluminio ardiente

LA LLEGADA A LA NUEVA TIERRA

“Remontando los sueños y solo con las palabras de mi madre he viajado a tu pasado y te encontré en un tiempo lejano abuelo Uishi”

“Perú... Perú desu San... ¡” (Es el Perú...es el Perú) el barco entraba ya al puerto y se veían las esperanzas grabadas de un futuro mejor en las pupilas brillantes y los cánticos de esperanza, de hombres jóvenes, algunos ancianos, mujeres y niños, cuyos ojos se rasgaban más, mientras sus sonrisas, imparables y demasiado optimismo, se liberaban como potros salvajes en alguna montaña; mientras la sirena de vapor sonaba presagiando muchos futuros de primavera y otros de invierno en estas nuevas tierras de América *“Mimma San ibanzai! Perú... yokoso!”* (¡Viva el Perú! ¡Bienvenidos al Peru!) dijo el capitán, de la nave levantando los brazos y soltando una carcajada que le liberó por unos momentos de la gran responsabilidad de haber traído trecientos emigrantes en esta nave del emperador, mientras él y los marinos lanzaban al aire sus gorros marineros y las gaviotas revoloteaban o se posaban en las barandas del *“Akira Maru”*, con sus blancos pechos.

Para la mayoría el arribo a este puerto significaría el inicio de la nueva vida apacible en este extraño y diferente país, al que sólo conocían por *Perú...gin kuni* (Perú el país del oro) luego de muchos días de una jornada por el Pacífico.

La misma que estuvo plagada de tempestades, conflictos, enfermedades, mareos y nauseas terribles, donde parecía que se le salía todas las entrañas del alma. *Uishi Nishihara*, se paró en una de las barandas, al tiempo que escuchaba a lo lejos la voz ruda del capitán ordenando parar las maquinas mientras los demás se preparaban para descender en los botes mirando la

costa de estas nuevas tierras, el intentaba penetrar el velo de misterio que le aguardaría en el futuro, mientras tomaba el poco de tierra que había traído de los cultivos de naranja de la familia en Hojjo Shi (prefectura de Ehimeken en la isla de Shikoku); y, que su madre le dio sollozando al salir de casa, las lágrimas empezaron a caer entonces como una tempestad solitaria de su alma haciendo contacto con el océano del país extranjero, mientras recordaba en la lejanía la voz de su *okaasan* (*madre*), deseándole suerte durante aquel último carnaval en el pueblo, donde él cargó durante un tiempo la andas y danzó como los demás jóvenes por última vez, aquel ritmo tradicional que les hacía liberar sus emociones.

Lamentaba secretamente, no haber sido el mayor y haber nacido como segundo hijo de la familia y por ello de acuerdo a la tradición japonesa tenía que salir afuera para conseguir por sí mismo sus propias tierras, sino optaba por seguir como integrante del glorioso ejército imperial. Escuchaba todavía a lo lejos los cañones vomitando fuego y sentía la sangre caliente de los soldados rusos enemigos que debió matar en combate, mientras algunos de ellos lloraban.

Por eso se prometió, nunca más volver al ejército, ni combatir a nadie y optar por la migración como único camino para su incierto futuro, en un continente lejano, donde la única esperanza era el oro y la plata o su única misión volverse rico, para retomar a la patria en algún milagroso día.

Observaba la distancia, que separaba al navío de la costa peruana, cuando del pasado vinieron sin querer los ecos de las voces de sus compañeros de correrías que le desafiaban a cruzar el estrecho de la franja costera a la isla de los venados *Kashima*, que se hallaba frente a *Hojoo Shi*, su pueblo natal.

“*Oye Uishi, te apuesto a que no llegas a la costa a la isla*” creyó otra vez escuchar en la lejanía, tantos años después de tal hecho.

Mirando cómo se movían las olas en este extraño mar, recordó entonces el pasado.

Después de unas braceadas que batían el océano y mostraban cuerpos batallando contra la corriente durante 15 a 20 minutos aproximadamente uno a uno las siluetas humanas fueron arribando a la otra orilla “*Watashi wa shima de, mite san!, mite san... Yata san*”(estoy en la isla, miren llegué primero, gané) retumbó la voz de *Uishi* en el eco de la quebrada, donde se escondían los ciervos salvajes y como por milagro, en menos de veinte minutos le había entumecido la sonrisa de burla a *Sasaki*, su rival de competencias, que todavía padecía por vencer a la corriente marina con sus brazadas, mientras él se tiraba a descansar tranquilamente en la arena de la isla y *Goto, Nishimura* y otros llegaban luego y se extendían también al sentir las caricias del dios sol.

“*Oye chino, ya deja de soñar... ¡Bienvenido al Perú carajo*”, al escuchar las palabras volteó para ver quien se dirigía a él en *supein go* (español) el idioma desconocido de ésta nueva tierra, era un ser de piel negra, de los que había visto siempre en sus libros y revistas, pero que ahora le hablaba con una voz amistosa, en el idioma extraño que el solo entendía por la sonrisa y los gestos.

“*Yo nihon yin*” (yo japonés) fue la extraña mezcla de idiomas que le dio como respuesta al lugareño. “*No te entiendo chino, sígueme o te vuelves a Japón con el barco*” le dijo esta persona a la que sólo podía ver bien por su sonrisa. Entendiendo los gestos de sus manos instándole a bajar del barco,

pues la mayoría ya había descendido, él lo siguió con la mirada atenta, acompañada de la sonrisa y las reverencias de agradecimiento, que siempre le enseñó su madre como una forma de comunicación universal, más aún ahora que no entendía un idioma extraño como el español, lo siguió por fin y abordó el bote que lo llevó a la costa.

Apretó más la tierra de su madre, proveniente de las chacras de la mejor “*mikan*” (naranja del *Japón*) y volvió a soltar unas lágrimas junto a las costas de *Huarmey*, pero en la distancia la imagen de su progenitora proyectada imaginariamente sobre ese fondo de rocas y desierto y las palabras de ella en su corazón resonaron como un eco poderoso frente a la montaña desconocida que le daba la bienvenida más allá del puerto de entrada.

“Itsumo oboete ne Uishi Chan? Anata wa chicara mochi itsumo guenki de imasu gámbate, dokodemo ikireba watashi no cao cocoro ni motete”
(“siempre recuerda no Uichisito siempre estarás bien... fuerza, donde estuvieras, donde fueres siempre llévate mi rostro grabado en el corazón”)

Cuando el bote llegó al muelle, algunos de los japoneses, luego de descender, a tierra firme, entre ellos *Uishi san* besaron el suelo y pidieron mentalmente la bendición del sagrado *Buda*, para regresar triunfantes algún día a casa.





**UISHI
NISHIHARA**



La llegada a la Nueva tierra

COMO AMBULANTE EN HAMAMATSU SHI

“Sucedee que a veces la vida te enseña o te obliga a ser pez en el agua para sobrevivir”

Narro este episodio en mi vida, recordándolo como algo tan entrañable de mi contacto como vendedor ambulante callejero con nuestros hermanos japoneses, era 1994 y por obra del destino y la dura presión norteamericana para reducir la venta de autos japoneses en *EE.UU*, tan demandados por los yanquis, se prohibió su exportación en un 60%. Bush dijo en un discurso *“Los americanos somos patriotas y por eso compramos solo made in USA, no japoneses”*. Coaccionó al gobierno japonés a no embarcar carros, instalar en Japón tiendas pagadas por el mismo y con empleados japoneses para vender *Fords, General Motors*, toneladas de carne, naranjas y manzanas de California, Florida embarcados forzosamente hacia Japón. (la respuesta de los japoneses y mayormente extranjeros en su mayoría fue solo comprar el 2% de los carros, el resto debió ser reembarcado, el 80% de los vegetales putrefactos fueron desechados a la basura). Esa era la *VOZ JAPONESA* de respuesta a las pretensiones de *Mr. Bush*. (*El Japan Times* y los periódicos japoneses de esa época lo narran).

Debido a esa baja en la producción y crisis a muchos trabajadores se nos dieron vacaciones forzadas e impagas, hasta volver a los niveles de producción anteriores.

El tren se detuvo en la estación *“¡¡Shin Hamamatsu, Hamamatsu desu”*(¡ciudad de Hamamatsu, Hamamatsu!!), baje cargando en una mochila las artesanías que había traído de Perú , para emergencias como esta,

tenía varias bolsitas llenas de *tumis*, *huaquitos* llamitas de llaveros, collares hechos con semillas de la selva mi hermano menor y mi cuñada estaban conmigo y dado que esa fue la única semana en la que el hambre apretó les guié a *Hamamatsu* ¡a vender los “*peru jin omochas!* ¡ *peru jin puresento*” (Como saben *Omocha* es juguete y *puresento* es presente o regalo en japonés).

Colocamos nuestra manta de color rojo intenso teniendo como fondo al gran *Tumi dorado*, en una calle por donde transitaban muchos peatones la gente comenzó a rodearnos desde jóvenes estudiantes de largas trenzas con el uniforme marinero del coco (secundaria) a padres jalados por sus hijos y ancianas sonriendo su curiosidad, entonces comencé a gritar instándolos a acercarse y comprar “¡*Mimna san irasshai!* ¡*Doozo mitte kudasai Peru cara, inca codomo no omocha to puresento san!!! Katte kudasai!!!* (Todos son bienvenidos, por favor miren los juguetes y los regalos incas que trajimos desde *Perú* ¡compren por favor!!!), mientras los niños curiosos de todas las edades se agachaban a observar cada uno de los objetos extraños como llamitas y cóndores que quizá veían por primera vez y les decían a sus papas o mama con esas miradas y sonrisas que no he olvidado hasta ahora “¡*Core hoshi otochan!!!* (¡quiero este papíto!!).

“*Ikura desuka?*” preguntaba entonces el papa sonriente *200 yen dake San*, (solo 200 yenes señor) y me dio un billete de 1000 yenes diciendo que se llevaría 5, al volver en ese instante por mi hermano y su esposa, para envolver la venta, vi que habían desaparecido avergonzados o no sé porque, yo mismo agarre la bolsita y se los envolví, el señor me compro cinco.

“*¡Yoku mite core wa inca no puresento!!*” (¡Miren bien es un regalo incaico!) me volví sonriente a unas chicas que miraban curiosas uno de los tumis grandes que lleve “*Peru? Sore wa Minami America ne?...* (eso está en Sudamérica ¿no?), dijo una, “*Hai so desu onechan*” (Así es hermanita) le dije expresando mi satisfacción con el rostro y las manos.

“*La otra sonriente solo decía “sugoi Chan... (genial, increíble), y luego agarrando uno pregunto “¿ikura onisan?” (a cuanto hermano), 500 yen dake chan (sólo 500 yenes).*”

Juro que, me faltaron manos y apoyo, pero a veces los temperamentos humanos son diferentes y pensé en ¿Por qué no estaban allí mi hermano y cuñada?

Una *obaachan*, con un gorrito azul marino muy gracioso que aún recuerdo me trajo a la realidad al agarrarme la mano y decirme:

“*Anata wa Nihon Jin , Peru , burashiru jin nikkei?*” (¿Eres japonés, peruano, brasileño nikkei?)

El calor del mediodía, se empezaba a sentir en todo el cuerpo y con una sonrisa le respondí: “*Boku wa peru jin obaasan ¿Nani o kaimasuka?*” (Yo soy peruano señora ¿Qué compra?)

“5 llamitas por favor” me sorprendió en su perfecto español, “*si aquí tiene onesan , Ud. habla bien el español*”, le dije mientras rápidamente le envolvía en una bolsita su compra y pensaba asombrado como había logrado ese dominio del idioma sin deo o si era una peruana *nikkei*, “*Hai so desu yo viví*

en Cuzco 5 años de joven!” sacando al tiempo que hablaba 1000 yenes, más una moneda adicional.

Se inclinó con una reverencia y me dio 1,500 yenes, “*¡Zen yen dake obaasan!*” (¡son solo 1000 yenes señora!), pronuncié mientras la miraba confundido, devolviéndole 500 “*Daiyobu ii desu, es mi voluntad joven*”, me respondió mezclando japonés y español y con una sonrisa se despidió y se alejó rumbo al centro de la ciudad subiendo a un lujoso Honda que le esperaba a unos metros.

Venían más clientes y ya tenía cerca de 29,000 yenes y me preparaba a vender más, cuando de pronto dos policías de elegantes uniformes azules se me acercaron caminando lentamente, mientras que por mi costado izquierdo Un joven de cabellos largos y pintados color rubio me pidió un collar hecho de semillas de la selva “*Onegaishi masu, core wa ikura desuka?* (Por favor cuánto cuesta esto).

“*1000 yen dake onichan*” (solo 1000 yenes hermanito), pago y entonces los policías se detuvieron frente a mí con un gesto amable, pero firme, diciéndome que me retirara, dándome 10 minutos para envolver todo e irme.

Me incliné reverencialmente y les agradecí por no decomisar lo poco de mercancía que aún me quedaba Al frente algunos japoneses protestaron ante los agentes, diciéndoles que me dejaran seguir vendiendo que era un *nikkei* honesto y necesitaba trabajo, pero los agentes no se dejaron intimidar y continuaron su labor.

Con la sonrisa en los labios y sintiendo simpatía en las miradas amables de la gente, pues algunos hasta me dieron la mano, me fui retirando hacia la estación buscando con la mirada a mi hermano y cuñada, mientras tarareaba la canción “*Kawa no nagareno Youni*” (*La vida es como un río*), de Mizora Hibari.

(Lima, 9 de Febrero del 2021)



Como ambulante en Hamamatsu Shi

HACIA LO DESCONOCIDO: MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS

(Sucedió en el invierno de 1991)

“Atrás de las montañas a veces hay un desafío, algo muy desconocido que puede ser una sorpresa inesperada”

Estaba preparándome, para probar mi *katsudon ovento* (delicioso menú japonés que aun 32 años después siento en el paladar: carne frita de cerdo en huevo arrebozado con arroz), el frío nocturno se colaba a través de las rendijas de la habitación y la canción *Ue o muite aruko* (conocida como *Sukiyaki* en todo el mundo) acaba con el silbido de *Kyu Sakamoto*.

Encendí la estufa y me preparaba a frotarme las manos, cuando de pronto una figura alta y desgarbada apareció en la ventana. Me fije bien, se trataba de Carlos, quien inicio el dialogo *“Cholo, ¿se puede?”*.

“Doozo” (adelante en japonés) le respondí con los ojos iluminados de curiosidad. Después de todo necesitaba platicar. Atrás el *“rata san”* (apodo que le habíamos puesto a un compañero no confiable, vocablo mezcla de español y japonés que significa señor rata) fingía no darse cuenta, pero nos miraba de reojo.

Carlos continuo: *“Quiero pedirte un favor... un gran favor ...*

Tú hablas bien el inglés y el hihongo (japonés) ¿no?.

Por ello te pido acompañarme para recoger una encomienda en un pueblo llamado Nanakubo, localizado en no sé dónde. Salimos el lunes por la mañana y estamos de regreso a la hora del combo”.

Dudé un momento, pero él siguió con un argumento convincente: “*este territorio lo recorreremos en un abrir y cerrar de ojos. Todo está cerca, además te paseas con todo pagado*”.

Me entusiasme con esta última propuesta. Podría desintoxicarme, dejar la rutina y alejarme por unas horas de los hornos fundiendo aluminio para los motores de la *Toyota* a 200 grados centígrados, del esfuerzo cotidiano, de estar corriendo y manejando los robots con la tensión permanente de que cualquier botón mal pulsado podría significar una quemadura grave o la muerte mientras el sudor incontenible no cesaba y debías continuar luego con la labor de martillar a un ritmo muy rápido los relaves de la piezas recién salidas del horno que aunque mojadas con grandes cantidades de agua emitían un quemante vapor insoportable sobre nuestros rostro y a las que debías coger a un ritmo de tren bala con el alicate al rojo vivo, luego seleccionar piezas y acomodar las que estaba bien en contenedores, proceder abriendo la puerta del infierno: hacer la limpieza de impurezas de los gigantescos hornos con metal ardiente cual lava de volcán.

“*Está bien*”, respondí.

Después de pasar varios días rutinarios, por fin llego el día “*D*”.

Lloviznaba persistentemente, cuando iniciamos la jornada que aparentemente iba a ser corta, pero que nos traería muchas sorpresas y aventuras.

Así de pronto pedaleando a toda velocidad nuestros caballos metálicos entramos a la zona ciclista del parqueo. Estábamos en la estación central de *Nishio*. “*Pregúntale al de la ventanilla*”. Me codeo *Carlos*.

Entonces, inicié el diálogo un poco dubitativo: “*Ojayo gozamaisu, ano sumimasen Nanakubo no machi wa doko desuka (Buenos días, por favor ¿podría decirme donde se halla la ciudad de Nanakubo?)*” con un gesto amable respondió: *wakaranae... chotto mate kudasai*” (No lo sé un momento por favor), regreso con el rostro un poco entristecido, pues no conocía el lugar, pero entonces su cortesía natural se mostró otra vez moviendo los brazos al tiempo que gritaba a voz en cuello “*Ito san Chizu oneashi masu!*”, y de improviso cual fantasma salió un viejo con cara de bulldog, trayendo consigo un mapa gigantesco, el cual comenzó a revisar con el primer empleado, mientras Carlos, los seguía con la mirada atenta, y yo me impacientaba. Un “*coco wa*” (aquí está) me trajo a la realidad súbitamente, ahí se hallaba sobre un punto pequeñísimo, visible solo con lupa, alejado de todo lo conocido. Pero sin pensarlo Carlos dijo: “*Ikura desuka*” (¿Cuánto cuesta?) preguntando por el precio de un pasaje. La respuesta: 2,420 yenes por ticket dejó a Carlos, con una sensación de estar volando a mil metros del suelo y sin paracaídas, pero con un movimiento de cabeza afirmativo y sincronizado con la “V” de la victoria en su mano pidió dos boletos.

Consultamos los cronómetros, era casi la hora de salida del tren y mi amigo salió disparado gritando: *jel tren se nos va, corre!*. Cuando lo alcancé fumaba su cigarro al lado de una máquina automática de sopas instantáneas; avanzamos hacia el andén y subimos a nuestro tren estacionado. No había mucha gente, pero los pocos pasajeros que subieron eran muchachas japonesas muy bonitas con faldas muy cortas pronto; y, entonces; Carlos, me codeo y me dijo a voz en cuello “*De pronto conseguimos un plan con una de estas costillas tu sabes que les gustan los americanos*”.

El creía parecer yanqui porque era blanco como todo “Cholo cajamarquino” y durante el viaje no se cansó de repetir en su masticado inglés “*jelou*” (*hello*) y su “*jauar yu*”. (How are you) a toda chica que se le cruzaba.

Al elegir donde sentarnos nos ubicamos estratégicamente al frente de dos chicas muy maquilladas y con unas sonrisas inacabables. *Carlos*, dijo: “*Es la nuestra Nishi, no te chupes y háblales algo, no sé cómo decirle que me gustan*”.

Las muchachas comprendieron nuestras miradas y gestos entendibles a nivel universal, se sonrojaron coquetamente. Entonces les hablé: “*Por favor podrían decirnos cuanto falta para la estación de Nanakubo*”.

Solícitamente, sacaron un mapa guía y comenzaron a buscar, mientras dialogábamos, una de ellas acostumbrada al lenguaje gestual con los extranjeros se fijó en *Carlos*, quien no hablaba casi nada de japonés, pero a ella no le importo mucho, pues ambos sin comprenderse lingüísticamente se miraron, sonrieron y gesticularon más de media hora.

La otra era una parlanchina neta y quería tener un interlocutor que la entendiera y por ende se fijó en mí, así durante el viaje, me contó sobre su familia, sus estudios y me pregunto sobre mi ascendencia japonesa, estudios, etc. Solo luego de satisfacerla pudimos saber la distancia que nos faltaba. Se entristecieron o fingieron hacerlo y moviendo la cabeza respondieron: “*toy sore*” (Esta lejos eso).

El tren, aumentaba su velocidad contra el tiempo y poco a poco cruzamos los arrabales de lo que parecía ser una ciudad medianamente moderna. Los

altavoces se dejaron escuchar “*okasaki desu ... okasaki* (Estamos en *Okasaki*, estación de *Okazaki*) y cuando pensábamos llevar más adelante esa bonita relación con nuestras amigas, estas se pararon y se despidieron haciendo varias reverencias y diciéndonos antes de bajar que en una próxima ciudad llamada *Toyoba*, debíamos hacer un “*norikae*”.(cambio de tren) mire mi reloj habían transcurrido 5 horas desde que salimos, me animé a hablar a Carlos y un poco fastidiado le dije “*son la 1:00. PM. y ni siquiera hemos llegado a la mitad del camino*”.

Los uniformes de marinero y la sonrisa de los “*kodomo*s” (niños,) bajando y subiendo comenzaban a inundar al tren a esta hora en la que muchos escolares vuelven a casa.

El *flaco*, me respondió sonriendo entonces: “*no te preocupes Cholito si no regresamos a tiempo te reconozco el jornal de hoy*” (hasta el día de hoy estoy esperando que me pague).

Por fin, llegamos a la ciudad de *Toyoba* que estaba a la mitad del camino, descendimos confusos del tren mientras el viento frío chicoteaba nuestros rostros con fuerza en dicha ciudad donde nunca antes habíamos estado y al ver los *Kamllis* (caracteres japoneses), de pueblos diferentes me desconcerté aún más, pues el camino parecía continuar infinitamente, mientras el sol empezaba ya a esconderse entre las montañas verdes.

Mientras caminábamos, por la estación el delicioso aroma de una sopa *ramen* y de un *katsudon* (una especie de carne de cerdo arrebozada con huevo acompañada con una generosa porción de arroz nos condujeron a un restaurante de comida rápida, donde una multitud de *salary men* (oficinistas

o empleados) degustaban parados y muy rápido los deliciosos platillos que ahí se ofrecían.

“*Dozo Iratshaimase*” (Adelante bienvenidos), nos recibió con una amplia sonrisa el *itamae* (chef) que preparaba y vendía con increíble agilidad y solo con la ayuda de un niño, sus propios platos.

“*Katsudon onegaishi masu onisan*” (Un *katsudon* por favor hermano) le dije, mientras Carlos me miraba como un ratón hambriento señalando con un dedo a un plato que le gustaba para que le hiciera el pedido.

“*Boku no tomodachi ni yakitori onegai*” (para mi amigo un pollo frito al estilo nipón por favor).

“*Hai, Hai, choto mate kudasai*” (sí, sí, un momento por favor) dijo mientras como un pulpo recogía un plato de otro cliente y ordenaba al niño a despachar 2 platos para otros esperando en la barra.

El niño, miraba curioso el rostro de Carlos, pues parecía que no habían venido muchos extranjeros por aquí.

“*Oyisan cono gaijin wa doko cara?*” (señor ¿de dónde es este extranjero?) me pregunto

“*Peru Minami America de ¿Shiteru?*” (De Perú en Sudamérica ¿lo conoces?)

Nambei ne? (Sudamérica ¿no?) Pregunto mientras yo le respondía afirmativamente y volteaba el rostro al sentir la mano de *Carlos*, quien burlonamente solo atinó a decir “*¿Qué te preguntó ese marciano?*”.

Entonces, miré el reloj y empecé a comer más rápido mientras le respondía y de pronto el micrófono de la estación empezó a avisar que el tren con rumbo a la ciudad de *Nanakubo* iba a salir en unos 10 minutos que nos preparamos a embarcar.

Al ponerse en marcha el expreso, el paisaje se tornaba cada vez más verde intenso oscuro y pronto nos fuimos dando cuenta que ascendíamos y poco a poco llegábamos a la cumbre de la montaña al atardecer y poco a poco se fue haciendo noche, mire a las estrellas y escuche la voz de mi padre en la lejanía de mis recuerdos hablando de las constelaciones, mientras intentaba hallarlas , la nostalgia me invadió y comencé a recordar mi infancia en aquel pueblo andino del Perú, similar a este lugar rural montañoso.

“*¡Mamanacu Kita yama desu, kita yama!*” (*¡próxima estación montaña del norte, montaña del norte!*) la voz de uno de los conductores me trajo a la realidad y poco a poco las luces de un poblado se dejaron ver, mientras el tren bajaba la velocidad y finalmente se detenía, muchos bajaron y solo dos *nikkei* hablando en Portugués subieron. Entonces nos sentimos muy emocionados pues quizás ellos podrían darnos más información de *Nanakubo*, “*Hola Me entienden ¿no?, ¿Conocen Nanakubo amigos?*” les dijo *Carlos*.

“*Oi ¿tudo bem peruanos? Sim mais nao emtendo o que falha o senhor*” respondió el más alto y el otro solo movió la cabeza sonriendo con burla

“Falhe português por favor”

Entonces, viendo algo de soberbia en ellos les dije: *“Boa noite amigos ¿voces conhecen um povo de nome Nanakubo? Saben Nois viemos de Aichi ken e muito longe. Vamos ver se voces poden nos ajudar por favor”*.

Me miraron con el rostro color tomate, avergonzado y diciendo que me entendían perfectamente nos indicaron que el mencionado pueblo se hallaba a dos estaciones más adelante.

Carlos, los miro indignado y solo les dijo: *“Cojudos, no me entienden, pero yo tampoco entiendo su porquería de idioma”*

Algo entendieron los *brashicos* y me dijeron que pasaba, solo les dije que mi amigo estaba cansado y nada más cuando agarre mi equipaje y le dije a Carlos que íbamos a llegar y dejara de conflictuar.

No entiendo, porque entendiéndose en aproximadamente un 50 por ciento algunos individuos de ambos grupos lingüísticos, decían no entender nada o realmente no comprendían y a mí me parecía extraño pues era lo más fácil del mundo y por ello aprendí rápidamente el portugués.

“Boa sorte peruanos!!!” escuché que nos decían

“Muito obrigado amigos” respondí con una sonrisa

Se abrieron las escotillas y pusimos pie en tierra, pero al llegar solo el silencio más terrible y una estación vacía totalmente nos aguardaban.

Alrededor, se oía el soplo del viento, los cantos de los grillos y solo se apreciaban muchos cultivos de cebolla y naranja; nos sentimos como si hubiésemos llegado a un pueblo lejano de los andes peruanos entonces empezamos nuestra busca frenética de alguna persona, vehículo o vivienda cercana, pero nada y ya estábamos listos para irnos con la desilusión más grande cuando de pronto un vehículo *Nissan* deportivo moderno entro a toda velocidad y se cuadro frente a nosotros descendiendo dos jóvenes con los cabellos punk psicodélicamente pintados de rubio, inmediatamente pregunte en japonés si conocían el lugar y ellos nos dijeron que nos habían estado esperando para llevarnos. Mientras *Carlos*, solo atinó a decir:

“Diles a estos marcianos que nos lleven rápido me caigo de hambre y sueño”.

Como entendiendo la impaciencia en sus gestos me dijeron que no nos preocupáramos y que habían estado esperando hace algunas horas *“nosotros los llevaremos”* dijeron al unísono y nos invitaron a subir al coche con una reverencia.

A medida que avanzábamos pudimos ver algunas casitas y escuchar ladridos de muchos perros *akita* (raza canina natural del Japón).

Nos fueron explicando que aquí solo habían quedado los mayores dedicados a la agricultura y los jóvenes habían bajado a las ciudades a trabajar en las fábricas u otros oficios y a estudiar en las universidades.

Luego de veinte minutos conduciendo a través de un bosque muy verde apareció algo así como una nave espacial gigantesca en medio de toda esa

naturaleza, las potentes luces se encendieron como por arte de magia y la gigantesca puerta se abrió automáticamente como si se tratara de la nave “*Enterprise*” de la serie “*Viaje a las estrellas*” y a medida que nos acercábamos comprendimos que se trataba de una pequeña ciudadela con un diseño muy futurista que nos asombraba más y más; al fondo se notaba un nombre que resplandecía mágicamente en caracteres *Kamlli* y en *romaji* (alfabeto latino) “*Teruya Painto*” o fábrica de pinturas *Teruya*.

Estaba iniciándose el turno de noche o *yatkin* y antes de descender nuestros gentiles conductores nipones nos informaron que debíamos ir a las oficinas administrativas y agradeciéndoles nos bajamos, ingresando al edificio y para sorpresa nuestra todas las instalaciones tenían subtítulos en español muy grandes debajo de los caracteres en japonés, las voces en los pasillos se oían estruendosas como en cualquier localidad del Perú y sin conservar la rigidez de otras plantas fabriles en *Japón*.

Se nos acercaron un grupo de estos peruanos, una de ellas una dama se identificó como una pariente de la esposa de *Carlos* y le entregó una encomienda voluminosa.

Los jefes y supervisores japoneses, parecían silenciosos y sonrientes mostrando flexibilidad hacia sus empleados quienes actuaban con total liberalidad:

“*Oe Nishihara, creo que me quedo aquí*” me codeó Carlos, mientras coqueteaba con una chica de hermosos rasgos nortños.

Animado por la liberalidad, me acerqué a un jefe japonés a indagar sobre su planta, quien muy solícito me informó que los peruanos eran 250 de los 400

trabajadores y que era un trabajo muy leve y que pagaban buen salario, pero la única limitación era que no podían bajar a la ciudad frecuentemente, pues lo hacían solo cada tres meses, pero dentro tenían todas las comodidades y alimentos posibles.

“Además ahorramos bastante, pues estamos como monjes y monjas enclaustrados aquí en la montaña” me dijo el traductor *nikkei* que se me acercó sonriente.

El mismo personaje, nos invitó a las cómodas suites de sus aposentos que semejaban a un hotel de cinco estrellas con su propio *ofuro* (poza tradicional de baño con agua hirviente muy relajante) interno incluido en cada habitación y nos dijo que podíamos descansar hasta mañana ahí, mientras la tempestad infernal con rayos y truenos estallaba afuera y aquí nosotros parecíamos haber hallado un refugio casi nacional en las altas planicies japonesas alejadas de las grandes ciudades; al día siguiente bajaríamos de estas montañas dirigiéndonos a las grandes ciudades urbanas, pero siempre llevare en mi recuerdo este lugar único en Japón donde se vivía un ambiente total de flexibilidad laboral, comodidad y relajó, donde el español había sido adoptado como segunda lengua de comunicación escrita algo que no vi en ninguna otra planta durante los años que pase en el país de mis ancestros.





Hacia lo Desconocido: Más Allá de las Montañas

E MUITO EXQUISITO DONA CECILIA

“Y resulta que un dulce halago a la culinaria se puede convertir en la más terrible ofensa en otra lengua muy parecida”

Habían pasado muchas lunas, desde que llegué a la empresa *Nitto* en las montañas más frías e invernales que conocí en Japón, era la Prefectura de *Nagano Ken*.

La verdad venia de trabajar en el trópico más caluroso rodeado de japoneses y de mis compatriotas peruanos, así llegue a una de las zonas con la nieve más abundante y helada en invierno, rodeado de personas *falhando so em portugues e japonés* (solo en portugués y japonés).

Siempre, tuve la facilidad de incorporarme a los nuevos grupos en los que participe, es que partí de la visión de tender un puente intercultural procurando ser uno más entre todos, pero descubrí que más allá de ello están los temperamentos y caracteres individuales diferentes que trascienden el idioma y las formas culturales que tú puedas adoptar para ser considerado como casi nativo o aculturado.

Pero, la clave es que siempre me gustaron las culturas brasileña y japonesa, sus músicas y formas de expresión que casi siempre gozaba en mi rol de brasilero y de casi japonés (aunque en este rol se requiere de más profundidad).

Primero fue la curiosidad de todo este grupo humano de 500 brasileros *nikkei* y también de los japoneses, pues no habían trabajado con un peruano o “*Peru jin*” (peruano en japonés) *nikkei* y fue así como todos se arremolinaban para verme en acción: caminando, comiendo, saludando, trabajando como si fuese un extraterrestre y hasta alguno se me acerco a preguntarme si yo era humano como todos ellos hablándome en un portugués rebuscado, pero como le respondí perfectamente y con lógica en su propio idioma con su propio acento que en ese tiempo dominaba a la perfección, primero quedo sorprendido y luego todos los presentes que atestiguaron ese hecho echaron una carcajada para burlarse y me dieron una palmada de aceptación. *Julinho Ishi*, solo pudo decir:

“*Você e brasileiro mesmo!!*” (¡Ud. es como un brasilerero!), mientras echaba a reír.

A partir de aquel día fui uno más de ellos compartiendo todos los momentos diarios, desde el trabajo, los diálogos sobre la vida a las “*brincadeiras*” (bromas).

Hasta se llegó a especular sobre mi nacionalidad, pues algunos llegaron a decir:

“*Você nao e peruano Fredao, Voce e brasileiro, porque peruano e muito burro e voce e muito inteligente*”.

Pero había algo que aun yo no aceptaba al volver del trabajo y era por razones más prácticas que por otro motivo; debíamos trabajar de 8 A.M a 8 P.M y por ello, luego de salir de la fábrica se iniciaba la competencia por llegar primeros a los departamentos de la empresa, pues solo había pocas duchas para tomar el baño y era preferible hacerlo antes que los demás. Por ello salíamos corriendo a tomar el tren que partía exactamente a las 8.15 P.M y no volvía a aparecer hasta las 8.30 P.M.

Ése, era el primer obstáculo, luego de 15 minutos llegar a la estación del pueblo, coger las bicicletas y partir en una larga carrera hacia los alojamientos, pero además para irme a descansar yo acostumbraba a comprar la cena en el camino, parando en un supermercado y luego me iba a bañar y posteriormente a cenar y descansar en mi habitación, al tiempo que miraba alguna serie o las noticias, gozando de mi privacidad.

Pero, algo no les cuadraba a algunos de meus amigos brasileiros, empezó *Murayama* y luego continuo *Ishihara*.

“Que acontece com você e Fredao nao gusta da comida brasileira?” (¿Qué pasa contigo Fredon no gustas de la comida brasileña?)

“Você nao gosta de batir o papo com brasileiros cara” (¿No le gusta platicar con los brasileiros?) Es que era una costumbre de todos ir al comedor a cenar y colectivamente compartir los sucesos del día como viejas chismosas hasta antes despedirse e irse a sus habitaciones.

“Fredao a comida brasileira e muito gostosa e dona Cecilia cozinha muito bom”. (Freddy la comida brasilera es muy deliciosa y doña Cecilia la cocina muy bien).

Entonces, sentí tanto la presión de los seguidores de la *“verde amarelo”* y de pensar que consideraban que yo despreciaba su comida al mismo tiempo que no era sociable con los brasileños que después del trabajo un día decidí irme a registrar en la lista de la cena con doña Cecilia en aquel comedor *“no segundo andar”* (en el segundo piso) ella se sorprendió mucho de verme y me agradeció como su nuevo cliente y comensal.

Entonces, al verme ingresar y compartir con ellos ese ambiente cesaron los rumores y me aceptaron muchos más, pero a costa de ello sacrifique mis tiempos personales y las comedias japonesas de humor en la TV japonesa, el descansar más temprano y me pregunte todo lo que puede hacer la presión social.

Pero, no siempre una persona puede dominar el idioma a la perfección, siempre hay algo que no sabías en el idioma que se suponía dominabas perfectamente y ese día llego.

Pero, debo señalar que no me arrepentí de haber ingresado a aquella pensión de *doña Cecilia*, era una comida de un sabor que aun siento en los labios al momento de escribir este relato 30 años después de haber probado mi última cena en aquel lugar, el sabor delicioso de la variedad de comidas brasileras, todas con frejol negro y arroz de fondo, eran como decimos los peruanos de “*chuparse los dedos*”.

Me sirvió como de costumbre, con esa sonrisa y esa amabilidad tan propias de ella, mientras escuchábamos música brasiler de fondo con el volumen muy bajo, era el mismo frejol y arroz con una especie de hamburguesa con “*batatinhas*” (papas) y una ensalada deliciosa, que al terminar el plato me dirigí hacia ella con el ánimo de halagar su arte culinario:

“*Dona Cecilia, e muito exquisito seu jantar*”

Lo que quise decir era que era muy deliciosa la comida que había preparado ella.

Pero el efecto fue contrario me miro con la boca abierta y se le frunció el ceño y los demás comensales que escucharon mi voz alta mencionando aquello se levantaron y me dijeron amenazadoramente a punto de lincharme

“Que falho Você!!!!” (¡Qué dijo Ud.!)

“Oi Fredao voce fico doido ou que?” (¿Oye Freddy te volviste loco o qué?)

Eran como 20 brasileros fornidos de todas las edades avanzando y entonces Murayama, me pidió una explicación con la mirada triste y la voz baja:

“Porque você ofendeu a dona Cecilia?” (¿Por qué ofendió a *doña Cecilia*?).

“O que Eu fiz para ofende-la, so Acabei de dizer que a comida dela estava exquisita” (yo que hice para ofenderla solo dije que la comida de ella esta exquisita) le respondí.

“Você falho que sua jantar e extranho, uma porqueria, e muito ruim....iso e exquisito” me miro sombrío Ishihara.

Entonces decidí hablar a voz en cuello para todos:

“Dona Cecilia, irmaos e colegas tudos peço mil desculpas, em Espanhol exquisito e muito gostoso muito delicioso, Eu estava errado quando falei. Eu so queria dizer que seu jantar estava delicioso”. (Doña Cecilia, hermanos y colegas todos pido mil disculpas, porque en español exquisito es muy delicioso, muy rico, yo cometí un error al hablar, solo queria decir que su cena estaba deliciosa).

Me miraron bien y recordaron que no era brasilerero sino peruano y sonrieron a voz en cuello haciendo brincadeiras y doña Cecilia, se acerco a darme un

vaso de agua de azahar con una mirada comprensiva por lo palido que estaba y hasta Shiraishi San, un japonés que gustaba de la comida brasileña me trajo una copa de sake y les dijo a todos mezclando el japonés con el portugués:

“Nishihara san wa Peru jin nikkei ¿wakaru? Nao e Brasileiro e peruano ele falha supein go dakara machigaeta” (Nishihara es un peruano nikkei ¿entienden?)

No es brasileño, es peruano y habla español, por eso se confundió

Todos empezamos a hablar y a bromear en japonés olvidando el portugués entonces brindamos con *sake* y cervezas *Kirin* y *Sapporo*, como al día siguiente era un feriado en Japón decidimos celebrar y empezar el karaoke iniciando la primera ronda doña Cecilia con la canción *“Aijin”* (profundo) le seguimos luego sus comensales cantando las mejores melodías enka y pop del país del sol naciente.

Shiraishi San, se reía a cada rato “brincando” (bromeando), brindando y diciendome en portugués *“Nishihara san voce e muito exquisito jajaja!!!”* o en japonés *“Nishihara San anata wa ocashi, minicui ninguen desune?”* (Nishihara eres un ser raro, extraño, feo jajajaj) mientras los demás solo sonreíamos a todo pulmón recordando que en aquella noche casi linchan a un inocente por decir en portugués, que la comida de *doña Cecilia*, era rara, extraña, horrible (cuando quiso decir en español que era una delicia, que estaba muy deliciosa).



É muito exquisito dona Cecilia

PERFECCIONISMO JAPONES

A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

“El país del sol naciente te empuja a la perfección y tú mismo luchas en tu ser interno por lograrlo, pero hay algunos demonios que van mucho más allá de dicha dialéctica y te abren las puertas del infierno o el suicidio”.

Siempre he pensado que el temperamento japonés muy amable casi siempre, se transforma en uno exigente y violento en aras de lograr la perfección plena, tanto en lo personal como en lo laboral, esta vez no iba a ser la excepción.

Sucedió hace más de 30 años en una planta de fabricación de autopartes ubicada en una ciudad industrial llamada Nishio, a unas dos horas de Nagoya.

Luego de tantísimas enseñanzas, gritos y hasta empujones, yo el intelectual miope que en Perú sólo dominaba su cerebro leyendo e interpretando textos complejos, redactaba poemas, exponía perfectamente en clase y daba discursos encendidos en las movilizaciones políticas, era ahora un experto rápido con las manos operador diestro de complejísimas, enormes y peligrosas máquinas de fundición que operaban con brazos robots muy anticuados y peligrosos que te podían carbonizar con un poco de aluminio fundido a 500 grados; quien lo iba imaginar ahora subía y bajaba como el hombre araña de alturas elevadísimas bordeando el fuego fingiendo falso valor.

"*Nishihara, tú le enseñaras lo que sabes y el será más perfecto aun ¿me entiendes?... se llama Honda Ishiro*", fue la voz que me sorprendió parsimoniosamente y con esa sonrisa introductoria a veces hipócrita que tenía Nakamura San el pequeño, pero perfecto jefe japonés que teníamos (a veces diabólico a veces angelical), frente a mí se paró saludándome casi marcialmente un nuevo tipo de japonés, un muchacho muy alto, como de 1.85 y con modales muy finos, se notaba que no era obrero, parecía otro ratón de biblioteca como yo, por sus lentes gruesos de carey.

"*Es un placer Nishihara san, Ud. enséñeme por favor*" y se inclinó reverencialmente ante mí.

"*Si así será*" le dije, mientras le sonreía y trataba de transmitirle confianza con mis gestos (ahora sé que eso ayuda importantemente en la capacitación) luego voltee al sentir una de las alarmas de mi maquina sonando.

"*¿De qué parte de Japón es?*", me preguntó observando mis movimientos desplazándose sobre los controles manuales y los botones.

"*Watashi wa peru jin nikkei desu Honda san*" (yo soy nikkei peruano Honda) le respondí sin mirarlo, concentrado en las operaciones que realizaba rápidamente con los dedos ágiles para dinamizar el robot.

El terrible calor de casi 100° grados que inundaba el ambiente al salir las piezas fundidas del horno empezaron a aterrorizar al japonés recién venido, ello se incrementó al ver que caían muy rápido por la balanza en cantidades de 30 a 40 en menos de 5 minutos y pese a ser mojadas por el chorro de agua, se mantenían al rojo vivo mientras yo las iba sujetando inmediatamente con

un alicate y golpeaba fuerte y rápidamente los relaves con un martillo de madera, soportando la quemazón en mis manos y en mi rostro, durante otros 10 minutos.

“*¡Nishihara San, jigoku desu!!!*” (¡Nishihara es el infierno!!!) Gritó desesperado, con el terror iluminando su rostro y el cuerpo que le temblaba totalmente.

“*¡Cálmate hermano, espera un momento voy a terminar!*” le dije, luego de diez minutos en que me contagio lo que expresaba su rostro aterrorizado y el sudor que le emanaba de todo el cuerpo, entonces le invite a empezar por la parte más agradable de la lección, salte de la máquina y le invite a ir a las congeladoras que permanecían abastecidas de té verde amargo helado en cada esquina de la planta, como oasis metálicos para evitar la deshidratación.

“*¡Kampai shimasho!*” (¡hagamos un salud!) le dije, mientras intentaba sonreír estruendosamente para quitarle el terror que yo mismo sentía y le daba una copa con el líquido verde amargo salvador y yo tomaba una.

Pasaron muchos días y horas de enseñanza con la máquina y sus comandos, tal como me lo enseñaron a mí en su momento, lo cual el logro rápidamente por ser japonés y entender fácilmente todas las palabras escritas en el endemoniado kamlli (caracteres chinos), lo difícil vino después con el alicate y el martilleo, primero debían salir 10 piezas cada cinco minutos y luego ascender hasta 20 y finalmente lograr 40 como yo, que debías colocar con un movimiento mecánico repetitivo para colocarlas finalmente como si estuvieras en una competencia contra ti mismo coordinando mente, visión y músculos del cuerpo en los depósitos metálicos.

Poco a poco me fue contando en el momento de almorzar que era un estudiante universitario de ingeniería que por razones económicas había dejado los estudios y por ello entro a la fábrica; con el paso de los días su desempeño fue mejorando noche a noche y ello me hizo sentir muy bien como su guía orientador del aprendizaje.

Como su nivel académico era bastante elevado en los escasos tiempos libres que tuvimos charlábamos en japonés e inglés de literatura, economía, historia sobre todo en los amaneceres anónimos, cuando el ritmo era más lento que en el día.

A las 10 P.M de un día lunes, luego de dos semanas apareció Nakamura, con mal carácter y exigiendo ver al nuevo operario.

“¿Ha aprendido Nishihara San?, “Pregunto curioso con el rostro de roedor que le caracterizaba y hasta ahora me hace soltar una sonrisa cuando estoy solo...

“Si, ahora lo hace al mismo ritmo que yo, 40 piezas en igual tiempo”

“ ¡¿Nani?! (¡¿Qué?!) Fue el bramido del desquiciado jefe.

“¡Nishihara, arriba a revisar combustible!!! ¡Déjame sólo con el!”

Subí hasta el quinto nivel, parecía una casa de seis pisos y desde ahí, mientras revisaba los tanques lo presencie todo.

“¿Qué siendo japonés solo puedes hacer 40?!!!” “¡Vamos quiero verte!!!!”

“Si jefe Nakamura”, respondió sonriente el estudiante universitario.

Lo contemplo solo unos minutos, luego empezó la golpiza.

“¿Haces la misma cantidad que un nikkei? ¡Tú eres japonés no descendiente de japonés!!! ¿Tu debías hacer más entiendes?” gritaba descontrolado Nakamura, mientras con su pequeño tamaño se lanzaba cual endemoniado duende maligno sobre Honda, quien no atino a reaccionar ante los puñetes y patadas que recibió.

“¡Lárgate incapaz!!! ¡Eres igual que un nikkei!!!”

El muchacho parecía sollozar, me miro arriba y me hizo una señal de despedida, yo también procuraba contener las lágrimas sin entender nada de lo sucedido... parecía que todo iba a terminar así, pero algo me llevo la vista otra vez abajo. Era la voz del nuevo postulante.

“¿Tú quién eres bastardo obrero que solo usas tus manos cual esclavo eterno? ¿Me odias porque vivirás toda tu vida junto a la máquina y yo no?” el joven universitario se había erguido y luego de tomar en sus brazos al pequeño jefe estaba a punto de lanzarlo al horno para que se fundiese como el aluminio con el que fabricábamos las autopartes.

El jefe gritaba por ayuda, pero los demás estaban muy concentrados en sus propias máquinas y no lo escuchaban, otros sonreían entre las sombras mientras esperaban su terrible muerte.

“*¡Nishihara detenlo por favor, páralo!!!*” gemía el pequeño jefe.

Bajé rápido y en inglés, idioma que ambos dominábamos perfectamente, le dije a mi ex pupilo.

“*My friend leave this rat, keep your hands clean, please*” (Mi amigo deja a esta rata, mantén tus manos limpias por favor.)

Entonces, violentamente lo soltó, Nakamura miraba aterrorizado en silencio y susurraba solamente “*Gracias, muchas gracias Nishihara*”.

“*De nada, voy a conversar con el señor*”, dije en respuesta a su agradecimiento.

Entonces, ambos salimos sonriendo a carcajadas de aquella fábrica sucursal del infierno por la puerta de escape sin ver atrás, pensé dentro de mí, que quizás era momento de buscar nuevos horizontes en el archipiélago del sol naciente...

Freddy Ortiz Nishihara (Enero, 17 del 2017)



Perfeccionismo Japonés a las Puertas del Infierno

Patrocinadores:



ASOCIACIÓN PARA EL DESARROLLO INTEGRAL UYAI

在ペルー日本国大使館
Embajada del Japón

Lima, 25 de noviembre del 2,002

Señor
Freddy Ortiz Nishihara
Vicepresidente
Asociación de Abogados de
San Juan de Lurigancho
Presente.-

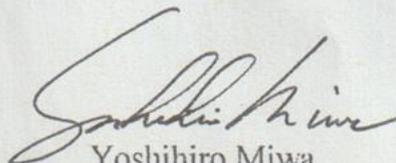
Estimado Señor Ortiz Nishihara:

Tengo el agrado de dirigirme a Usted a fin de saludarlo muy atentamente y a la vez agradecerle la entrega ejemplares de las obras: "La Conciliación Extrajudicial" y "Relatos del Sol Naciente".

Al respecto deseo expresarle mi mayor consideración por la importante labor de difusión de la culturas peruana y japonesa que viene Usted realizando manifestándole asimismo nuestro convencimiento que esta contribución fortalecerá los lazos de unión y amistad entre ambos pueblos.

Sin otro particular y reiterando mi agradecimiento, me despido de Usted.

Atentamente.



Yoshihiro Miwa
Primer Secretario

Constancia de Colaboración

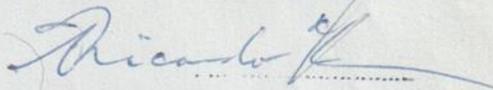
Por la presente certifico, que el licenciado en administración **FREDDY ORTIZ NISHIHARA**, viene colaborando con nuestro Diario desde el mes de junio de 1992, hasta en la actualidad.

Los artículos del Sr. Ortiz, se refieren a la vida en Japón donde estuvo, tratando temas sobre costumbres, administración, organización de sus sistemas y otros más. También sobre temas del acontecer nacional.

Se extiende la presente constancia para que pueda ser utilizada para los fines que estime conveniente.

Lima, 25 de Junio de 1997

EDITORIAL PERU SHIMPO S.A.



RICARDO HIGA UYEHARA

Director Redacción Castellana

19852312号

ORTIZ NISHIHAMA FREDDY ISHIMOTO ペル
LIMA

1964年04月12日 男M LIMA

長野県須坂市大字小洲原4094番地
ネット・顧客センター

ORTIZ, F.F.V 本人

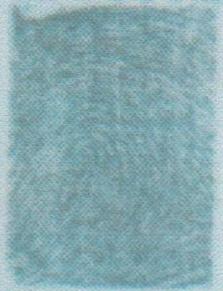
電子通関業務従事者
株式会社ネット
長野県須坂市大字須坂350番地

定住者
1996年01月13日

次回確認(切替)申請期間
RENEW WITHIN 30 DAYS OF
2000年04月12日

長野県須坂市長
木井 博昭

1995年01月04日
1996年10月15日

8/14(四)1996.1.4~1997.1.10
1996.1.12(火)E 3149-9(印)

交付年月日

7.7.5

長野県 須坂市 関税課



FREDDY ORTIZ NISHIHARA

西原

Nació en la ciudad de Huancayo - Junín, el 12 de Abril de 1964.

Nikkei por parte materna, representa el típico injerto desarrollándose en la realidad peruana. Supo asimilar valores de trabajo, superación constante y respeto. Es Licenciado en Administración de la Universidad Ricardo Palma y Abogado egresado de la UNMSM (1982-1987). Fue miembro de la Asamblea Universitaria de la Universidad Ricardo Palma (1986), Presidente del Centro Federado de Ciencias Económicas de la Universidad Ricardo Palma (1987) y Asesor de Tesis y Proyectos. Ha publicado el poemario Un peruyín en Sipango (1992) y el libro La Conciliación Extrajudicial (Editorial San Marcos, 2000).



El paso del tiempo y la modernidad no pueden soslayar la importancia y el universo que encierra la aventura de contar. De lo simple y cotidiano que en la pluma sabia de un autor puede trascender y ser sùblime. En el principio un lenguaje elemental permitía la transmisión de un conocimiento útil, con los años fué un mecanismo de rasmsipon ordinaria que con el devenir de las generaciones permitió historiar y fantasear. El pasado está en el frente, como en el mundo aymara, lo que nos permite verlo y estar siempre en contacto, fuente permanente de experiencia.

“La vida ordinaria parece la envoltura de lo extraordinario”, nos afirma Henry Lefebvre cuando explora desde la sociología la importancia de lo cotidiano; donde lo extraordinario puede ser efímero y la vida sólo puede ser entendida desde el mundo de los hechos cotidianos.

Los migrantes son siempre una fuente de conocimiento y sensibilidad, abrir el cofre de sus recuerdos es ser inundado por un mar de vida cotidiana. Alegrías, aventuras, miserias y anécdotas pueblan como arena en el mar el contenido de esos cofres.

Como un arco de tiempo los testimonios que me honro en presentar, nos envuelve y traslada geográficamente a miles de kilómetros, como cien años antes algunos de sus familiares debió narrarlo y permanecer en la memoria del tiempo; y, que como vasos comunicantes llegara al autor. Japoneses que acomoañaban en sus frágiles baúles todas sus ilusiones y voluntades; el presente en de peruanos que viajan al Japón con las mismas necesidades y aspiraciones, que se expresan en nuevas posibilidades narrativas conservadas en modernos baúles.

Seremos testigos singulares del presente de un país de oportunidades, de milenarias tradiciones y de posibles desencuentros. Cómo tamizar y confrontar otras costumbres ; y, que las nuestras puedan ser también comprendidas, acercarse a ellos y construir el nosotros. Lo individual y lo colectivo, lo que portamos y lo que intercambiamos.

El observatorio será orientado por la pluma del autor Freddy Ortíz Nishihara, que en su particular versión nos abrirá el cofre de sus recuerdos, como una manera de dialogar con la realidad de quienes migran por trabajo; y, pretende ser un aporte en el poco explorado mundo de los pasajeros de un sueño”.

JUAN TOKESHI G. S.
Director de Cultura
Centro Cultural Peruano-Japonés

